
Canale~Etcheves~Freijo
DE FUEGOS
Y FLORES
Historias de poder,
pasión y muerte
Planeta

De fuegos y flores
Historias de poder, pasión y muerte

De fuegos y flores
Historias de poder, pasión y muerte

Florencia Canale
Florencia Etcheves
Florencia Freijo

Índice de contenido

Canale, Florencia
De fuegos y flores / Florencia Canale ; Florencia Etcheves ; Florencia Freijo. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-8713-0
1. Biografías. 2. Mujeres. 3. Historia. I. Etcheves, Florencia II. Freijo, Florencia III. Título
CDD 808.883

Edición a cargo de: Ana Wajszczuk

Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

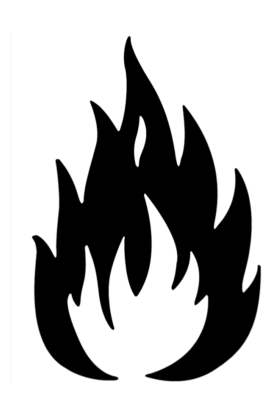
1.ª edición digital: mayo de 2024
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-8713-0

PARTE I

Aquellas malas lenguas

(Florencia Freijo)



Prefiero una libertad peligrosa
a una servidumbre tranquila.
MARÍA ZAMBRANO ALARCÓN

¿Quiénes contaron la Historia? ¿Quiénes contamos la Historia? ¿Quiénes somos cuando nos definen, cuando nos narran? ¿Qué dice el mundo de nosotras, las mujeres? Y, sobre todo, ¿qué se ha elegido no contar?

Resulta al menos llamativa la cantidad de libros que proliferaron en estos últimos tiempos sobre lo que conocemos como «la historia de las mujeres». Biografías, cuentos para niñas, mujeres en la historia del arte, mujeres en la tecnología. Mujeres por todos lados. Pero ¿estos libros están realmente dialogando con lo que conocemos como Historia Universal? ¿Aportan realmente a conocer la Historia como un todo? ¿Por quiénes son leídos? ¿Son libros que condensan la voz de las mujeres, sus contextos y logros? ¿Estos libros son recibidos en las academias o institutos educativos? ¿Se incorporan a la producción y reproducción del conocimiento y aprendizaje para todas o todos? ¿O son libros escritos por mujeres, que buscan ser leídos solo por mujeres?

Lamentablemente la —mal llamada— «historia de las mujeres», nos plantea una situación: nuestras voces siguen sin amalgamarse al discurso colectivo, solo llegan a quienes con intención salimos a buscarlas. Una historia reservada para nosotras, pero que parece se escinde de la historia universal.

Existe una idea muy potente, y socialmente acordada de manera tácita: la idea de que las mujeres estamos construyendo y aportando a los acontecimientos históricos de forma muy reciente, digamos en los últimos setenta años. Pero en esta lectura faltan al menos unos 10.000 años de historia. Hoy sabemos, por ejemplo, que las mujeres también cazaban, o que la primera representación de una imagen religiosa fue femenina. Gracias a los avances de la neurociencia, se descubrió que el tamaño del cerebro —algo que se utilizó para justificar la supuesta inferioridad cognitiva de las mujeres— no

tiene nada que ver con la inteligencia y las conexiones-mapeo neuronales. También se descubrió que hemos tenido un rol activo en los primeros intercambios pseudo comerciales que se hacían en comunidades del neolítico tardío, que en la Edad Media trabajábamos, que formamos parte de todos los procesos bélicos existentes, y que, de hecho, en la Primera y Segunda Guerra Mundial formamos parte de la carrera armamentista, del sector de las telecomunicaciones, y que incluso fuimos reclutadas como espías. Llegamos a la Luna y —volvimos a salvo— gracias a las proezas de una matemática, Katherine Johnson. Y así, vastos ejemplos, que siguen sin reconocerse, siguen siendo datos que no forman parte del saber colectivo como un todo.

A las mujeres se nos ha ignorado como figuras de autoridad y trascendencia, y en ciertos momentos históricos fue muy agudo el silenciamiento y el descrédito hacia nuestras «malas lenguas» para definir a las mujeres que hablaban.

Se ha considerado desde la Antigüedad que las mujeres guardamos en nuestras bocas el veneno que encarna el desorden, y por esa razón nuestras producciones han merecido el olvido, la censura y la cancelación. Representaciones en el arte, en la mitología y en las leyendas cotidianas lo señalan: una mujer que pone límites con su voz, tiene lengua de serpiente, y por ende es venenosa.

Dentro de esos momentos donde nuestra participación en la historia fue borrada, podemos encontrar como ejemplo los textos que deciden recuperarse después del incendio de la biblioteca de Alejandría. Esta recuperación no tendrá en cuenta las producciones de las mujeres filósofas, matemáticas o dramaturgas. El sexismo que crecía a la par del desarrollo de cristianismo, y de una vida monástica, terminó por invisibilizarnos de un soplido como filólogas. Existieron prohibiciones sistemáticas: a que pudiéramos discutir en público —en las famosas querellas públicas— o a que publicáramos nuestras ideas en libros. Fuimos perseguidas, detenidas, quemadas, torturadas, por dedicarnos a la filosofía, la

medicina, o rebelarnos a lo impuesto desde la Edad Antigua a la Edad Media.

La prohibición de producir, trabajar y además manejar dinero se acrecienta hacia el siglo XVIII y XIX —algo que ya tenía un antecedente con la caída del sistema feudal—, también el impedimento al acceso a la educación formal y a las universidades. Si llegábamos a lograrlo, no podíamos ejercer ciertas profesiones. Podemos sumar a todo esto, a partir de los años 50 del siglo XX, la construcción de narrativas de la industria publicitaria sobre una naturaleza femenina cuasi estúpida. La cantidad de ejemplos que podemos encontrar son notorios, atraviesan los principales momentos de la humanidad, y, sin embargo, siguen sin estar presente en los libros de historia.

Parece que dentro de los requisitos que tenemos las mujeres para trascender, haber sufrido en el camino es una condición necesaria. Es más, muchas veces la trascendencia solo se da si ese camino representó una abnegación infernal a un ideal que desafiaba la época. Y la gloria y el reconocimiento que podemos obtener, en todo caso, llega cuando ya no estamos para verlo. Solo merecen el panteón del estoicismo las que se sacrificaron. ¿Cuánto tiempo tuvo que pasar para que solo algunas sean tenidas en cuenta? El suficiente para que sus vidas ya hayan sido olvidadas y tampoco estén presentes en los libros. Por dar un ejemplo: ¿cuántas personas conocen que la famosa actriz Hedy Lamarr, en la Viena de principios del siglo XX, desarrolló tecnologías que nos permitieron desplegar comunicaciones inalámbricas como el GPS y el WIFI? Pocas, muy pocas.

Las «malas lenguas» de todas estas mujeres serán llevadas a la Historia, solo si otras «malas lenguas» deciden sacarlas del claustro donde se nos ha encerrado. Si para que encuentren reconocimiento hay que ir a buscar sus historias, el camino se hace más difícil. Porque lo que da forma a la cultura no está solo en los libros o en las artes, sino en aquello que hacemos diariamente, en aquello que nos atraviesa sin siquiera estar pensando. ¿Cómo logramos que sus historias estén presentes si somos invisibles en todos los espacios,

incluido el espacio público?

El espacio público, donde converge la historia y la cultura, nos educa cada vez que salimos a la calle. En este sentido, veamos un ejemplo. Una ciudad como Barcelona en la actualidad cuenta con poco más de 168 estatuas de hombres y solo 14 de mujeres. En el Reino Unido, de 925 estatuas, únicamente 158 son de mujeres, lo que supone un 15% del total nacional. De estas 158 estatuas, la gran mayoría es de miembros de la familia real —hay 19 solo de la reina Victoria—, de la Virgen María —que tiene 14— o de personajes míticos y alegóricos, (1) es decir, de mujeres inventadas. En la ciudad de Buenos Aires, solo el 5% de sus monumentos representan a mujeres. Existen cerca de 2.233 estatuas a lo largo y ancho de la urbe y 112 son en honor a mujeres históricas, donde Eva Perón tiene, al menos, 7 monumentos erigidos en su nombre.

Ha sido la lengua de las mujeres —su uso para poner límites— o las lenguas que han hablado de nosotras quienes inauguraron una «mala reputación» en cómo se han contado nuestras historias. Historias que en muchos casos nos han llevado a la hoguera simbólica del olvido, o al destierro de los laureles de nuestros logros. En ese sentido, las historias que elegimos para este libro no son aleatorias. Ninguna de ellas tiene finales felices o fáciles de narrar. Pero, además, que estas historias llegaran a hoy llevó décadas a quienes, con perspectiva de género, han podido reconstruirlas sobre esos huecos que quedaban en historias digitadas para que respondieran a un arquetipo.

En una primera parte, nos encontramos con tres historias, entre ellas las de Camila O'Gorman y Juana de Castilla, la mal llamada «Loca». Hemos elegido estas historias por una misma variable, aunque existan saltos temporales: el destierro social que sufrieron sus protagonistas por rebelarse al poder, y que pagaron con sus vidas. Ya sea la muerte real o simbólica, porque no les quedó otro remedio que optar por un papel en las sombras para sobrevivir. Debieron apagar sus logros, su voz, para adaptarse a un entorno que las vigilaba para que no osaran ser algo más que lo establecido.

Algo realmente valioso les fue arrebatado a estas mujeres: sus pasiones. Morir o matar para que sus deseos sigan curso, algunas solo tuvieron esa opción. Desmembrarse entre lo que debían amar y lo que en realidad amaban: Camila y Juana pagaron un precio altísimo por amar y con ese amor desafiar al poder.

Estas historias tienen otra cosa en común: como en el caso de Clorinda Sarracán, sus corazones siguieron el camino «equivocado» ¿Fueron culpables por amar a los hombres equivocados? ¿O esos hombres las arrastraron a la condena que sufrieron?

En estas primeras tres mujeres vamos a conocer a quienes, guiadas por sus pasiones, atravesaron los caminos de las malas lenguas y fueron sepultadas en la deshonra: a una de ellas se la llevó al fusilamiento, a otra al encierro y a otra al duro camino del olvido.

A continuación, nos encontraremos con otras tres mujeres que también decidieron desafiar la ley del padre, y aunque sepultadas en la deshonra de reputaciones hechas añicos, a su manera decidieron vengarse. Son aquellas que jugaron el papel de «malas» y alzaron la voz de la denuncia como arma, o las armas como supervivencia. Y no es que estemos haciendo alarde de las conductas delictivas, sino que conocer a quienes se animan a desenfundar un arma, a quienes se rebelan ante la idea de que las -mujeres jamás deben ejercer la violencia, merece sin duda un -capítulo aparte. No conocemos mucho de las mujeres que han decidido ejercer la violencia como forma de escape. ¿Será que existieron pocas mujeres así? ¿O será que si corriera la idea de que las mujeres también podemos vengarnos, el mundo sería un lugar más peligroso para quienes han tenido la oportunidad de usufructuar todo lo que esta sociedad nos ha exigido?

Aquí también conoceremos a Artemisia Gentileschi, madre del movimiento pictórico barroco. Tal vez no tuvo su venganza soñada, pero nunca lograron apagar su pasión ni sus virtudes. Desafiante desde muy joven, decidió utilizar su «mala lengua» para gritar una injusticia que la tuvo como víctima. Luego, nos sumergiremos en la historia de Damasita Boedo, nuestra vengadora de película. La que

montó el escenario, contexto y ocasión ideal para que su venganza servida en plato frío definitivamente fuese solapada de manera tal que quedara indemne ante la historia. La que, aunque apasionada por el verdugo, llevó su plan hasta el final. Damasita, la que incluso embriagada de una pasión que no pudo contener, logró poner su mente frente a su corazón —una narrativa a la cual no estamos acostumbradas y acostumbrados a escuchar de las mujeres— para ejecutar su plan perfecto. ¿Y las mujeres de ahora, las que pueden gozar de otras concesiones? Tenemos acá a una protagonista de armas tomar: Margarita Di Tullio, más conocida como Pepita, la pistolera. De perfil alto y con varios conflictos ante la ley en su haber, acató poco o nada de lo que se esperaba de ella como mujer.

Tres mujeres que, incluso atravesando el camino de la mala reputación y del peligro, decidieron imponer su propia ley, su propia verdad, escribir el final de sus historias a su manera con una pluma de sangre donde eligieron cuándo se escribía el último punto.

No son pocas las mujeres que en la actualidad sufren los mismos escarnios, con consecuencias no menores hacia sus vidas. Tal vez te encuentres dentro del negocio familiar un poco como esa Juana engañada para no reclamar la herencia. Tal vez seas como Clorinda, queriendo vivir un amor que no es el esperado, porque el contexto te llevó a estar en pareja por supervivencia. Algunas lectoras se verán en esa Artemisia que denuncia, o en Damasita que da muerte —incluso simbólicamente— a un amor que le hizo mal.

¿Qué pasa cuando no somos lo que se espera de nosotras? ¿Qué pasa cuando decidimos usar nuestra voz? ¿Qué pasa cuando reclamamos nuestro poder, nuestro lugar? Cualquiera sea la historia que te convoque de esta primera parte del libro, cualquiera sean los recuerdos de tus propias vivencias o de las mujeres que conozcas, esperamos que la trascendencia de nuestras protagonistas te invite a reflexionar sobre aquellas presiones sociales que persisten al día de hoy, que son un peso que nos acompaña en cada paso y que, por supuesto, desaceleran nuestro avance.

---

1. Lara Gómez Ruiz, «¿Por qué hay tan pocas estatuas de mujeres en el

mundo?», diario *La Vanguardia*, Barcelona, 3 de junio de 2018. https://www.lavanguardia.com/cultura/20180603/443970832152/pocas-estatuas-mujeres-mundo.html

1

Clorinda Sarracán, la condenada

(Florencia Etcheves)

Se arrodilla sobre el pasto húmedo, no llega a levantarse la falda, la necesidad de meter las manos en la tierra es imperiosa. Primero la derecha; después la izquierda. Siente cómo las piedritas pequeñas se clavan entre las uñas. «Un dolor lindo», piensa.

Las hunde con más ganas. Cuando la tierra le cubre las muñecas, mueve los dedos con un ritmo extraño, como si quisiera hacerle cosquillas al cuerpo que está a centímetros de las yemas. Porque en esa tumba precaria hay un cadáver, el de su marido: Jacobo Fiorini.

Ahora, con las manos hundidas en la tierra y tocando el cadáver, todavía tibio, de su marido, Clorinda se inunda de recuerdos. ¿El primero? Las lavanderas del Río de la Plata y sus coplas a viva voz: «Quién quiera saber de vidas ajenas que vaya a Las Toscas con las lavanderas./ Allí se murmura de la enamorada, de la soltera, de la casada». Y Clorinda sonríe y canta al ritmo de sus evocaciones.

***

Clorinda Sarracán siempre quiso volver a su infancia, a esa casita de campo de La Matanza, a los juegos con su adorado hermano Adolfo bajo la mirada atenta de su madre Juana y de su padre Carlos. Esa casita con finca que nunca terminó de producir lo suficiente y de la que el patrón los expulsó sin miramientos.

Corría el año 1840, cuando Juana, su madre, tuvo que ponerse la economía del hogar sobre sus hombros. ¿De Carlos, el padre? Ni noticias. De un día para el otro, abandonó a su familia. Sin techo ni

comida ni educación, pero sobre todo sin marido, no le quedó otra que ir a buscar unas monedas a ese lugar al que llegaban las mujeres desesperadas de la época: las orillas del Río de la Plata.

Juana se sumó al grupo de las lavanderas del Río de la Plata, pero la pobre se convirtió en protagonista de rumores maliciosos cuando su patrón la llevó a vivir a su casona de San Telmo. También a Clorinda y a Adolfo. De esta manera entró el italiano Jacobo Fiorini en la vida de Clorinda, como el benefactor que decidió darle techo y comida a una mujer sola con dos hijos a cambio de su trabajo.

El italiano hablaba poco, tal vez el idioma le impedía comunicarse con fluidez, y pintaba mucho. Era un artista consagrado. Clorinda y Adolfo inventaban juegos y corrían por la terraza y los pasillos mientras Juana limpiaba, cocinaba y lavaba. A veces los cuatro, como si fueran familia, paseaban por la colonia.

Ante los vecinos, Jacobo presentaba a Clorinda, de tan solo once años, como la *madonnina.* Adolfo y Juana, no existían ante sus ojos, ni apodo merecían. La *madonnina* se convirtió en la musa inspiradora del artista, que se obsesionó al punto de llenar las paredes de su casona con retratos de la muchacha. A cambio de posar como modelo recibía golosinas, algunos vestidos y cintas para el cabello, un cabello larguísimo y castaño que Juana le cepillaba todas las noches para que no perdiera el brillo. Cien pasadas. Ni una más, ni una menos.

***

Bajo la llovizna, el cabello de Clorinda está opaco y enredado; un mechón, pegado a la mejilla. Pegado con sangre, con la sangre de su marido, Jacobo. La pechera de su vestido color celeste, también está manchada con sangre y con la tierra que sus manos dejaron en el intento inútil de limpiarse.

Clorinda cruza el jardín y entra en la casa. Respira hondo y se llena los pulmones con el aire húmedo y el vaho amaderado que desprenden los muebles de roble. La chacra es enorme: siete habitaciones, un porche,

ventanales en cada pared, una cocina, dos comedores, un palomar y un terreno con higueras y perales. Todo eso puso a sus pies Jacobo para que ella, con quince años, le diera el sí aquel día helado de julio de 1845 en la Iglesia San Pedro Telmo y dejara de ser la madonnina *para convertirse en Clorinda Sarracán de Fiorini, la señora de la casa, la patrona y la madre de sus tres pequeños hijos.*

Apoyado contra el marco de la puerta principal, el capataz Crispín Gutiérrez; a unos metros, con sus ropas empapadas de sangre y sentado en el piso, está Remigio Gutiérrez, hermano de Crispín, también empleado de la finca.

Crispín mira a Clorinda con una mezcla de ternura, miedo y arrepentimiento, también tiene la ropa ensangrentada. Clorinda se acerca y apoya la frente sobre el pecho del muchacho. El olor a sudor, a sangre y a tierra húmeda no llega a opacar el aroma de su piel: Crispín huele a hierbas y a deseo.

—Te toca hacer tu parte —murmura él.

Ella asiente en silencio.

***

Durante una semana, Clorinda deambuló por la ciudad de Buenos Aires preguntando por su marido. Que si alguien lo había visto, que si sabían de algún enemigo que pudiera tener, que si debía dinero, que si había comentado que planeaba abandonarla para volver a Italia. No recibió respuesta alguna, solo consuelo y miradas lastimeras.

Tan ocupada estaba en simular duda y consternación por la ausencia de su Jacobo, que no se enteró de que el periódico *El Nacional* había publicado la noticia en la portada:

> Jacobo Fiorini, antiguo vecino de la ciudad, casado en el país y con propiedades, salió el lunes de la otra semana de su chacra en Santos Lugares, a caballo con dirección a la ciudad. Desde ese día nada se sabe del señor Fiorini, a pesar de las vivas diligencias de su familia. Cuéntase que el

> domingo anterior, a la noche, algunos hombres a caballo amenazaron al señor Fiorini en su chacra. Hay pues fundados temores de que haya sido víctima de alguna asechanza.

Tampoco se enteró, la pobre Clorinda, de que en su propia casa estaba en marcha una conspiración y de que una sola cosa puede hacer fracasar la impunidad de un crimen: un testigo.

Con dieciséis años, la sirvienta Claudia Álvarez soñaba con llegar a ser algún día la patrona de alguien. Si Clorinda, la suya, había logrado ascender desde los bajos fondos hasta la cima ¿por qué ella no lo iba a conseguir? La admiraba por el mismo motivo por el que la odiaba.

***

«Claudia, limpie el piso con agua jabonosa, que no quede ni una gota de nada. Y las alfombras es necesario quemarlas en el fondo de la chacra», dice la patrona y Claudia obedece, como siempre. Guarda el secreto durante días, de la misma forma que guardó lo que vio aquella tarde, cuando el capataz Crispín Gutiérrez puso ambas manos en la cintura de Clorinda, mientras ella le servía una limonada fresca.

Moja los trapos en el cubo con agua y limpia, friega y seca y repasa. El agua que era del color del agua se tiñe del color de la sangre.

***

Por las calles de la colonia los rumores corrían de una boca a la otra y de las bocas a la prensa gráfica. (1) El periódico *El Orden* publicaba en su portada:

> Tenemos el disgusto de repetir que hasta ahora nada se sabe del paradero de este sujeto. Los asesinos —porque parece indudablemente que el señor Fiorini ha sido víctima de un crimen— han tenido sobrado tiempo para ocultar el cuerpo

del delito y tomar precauciones. Muchos días después del que salió de su chacra en Santos Lugares, y notando su señora su tardanza en la ciudad, que nunca prolongaba tanto, fue cuando sucedieron las primeras dudas que hoy se han comentado en casi certidumbre de una catástrofe. Es de esperarse que la policía de Flores y todas las autoridades desplieguen actividad en sus averiguaciones.

Y así sucedió. El comisario Nicolás Arnaud, presionado por la opinión pública, subió a un carruaje policial con tres de sus hombres. Ni la polvareda ni el calor sofocante fueron suficientes para evitar sus planes: «A la chacra de Fiorini con urgencia», ordenó.

***

Claudia Álvarez abre la puerta, el ruido de los cascos de los caballos y de las ruedas del carruaje arando la tierra seca, le interrumpieron el descanso. Los rulos rojos de la melena del comisario le llaman la atención, nunca vio cosa igual.

La comitiva policial entra en la casa. Clorinda sale a su encuentro y llora. Lágrimas por su marido desaparecido.

Claudia siente odio; un odio que necesita manifestar y lo hace. Después de todo, siempre fue el odio lo que le salvó la vida. Se planta frente al comisario y habla. Nada cuenta sobre los golpes y los malos tratos de Fiorini hacia su mujer. Nada sobre los gritos y las humillaciones. Solo habla de esa noche de octubre en la que Clorinda, ayudada por sus cómplices, dijo basta.

El comisario y sus hombres cruzan la finca. Bajo el gomero, una tumba precaria. Desentierran un cuerpo vestido con pantalón negro, saco negro, sin chaleco. Al cuello, una soga; ¿la cabeza? destrozada. Es Jacobo Fiorini.

Clorinda, el capataz Crispín y su hermano Remigio son engrillados. Claudia sonríe, ella no miente. Solo, a veces, acomoda la realidad a sus deseos.

***

Clorinda caminó despacio, como si el piso del pasillo fuera de lava. La cofia blanca le cubría la totalidad del cabello y el vestido negro hasta el cuello, no dejaba a la vista ni un centímetro de piel.

Notó, a los costados, los movimientos del público: se codeaban, murmuraban, la señalaban, le clavaban los ojos. Por un segundo pensó que la iban a sentar junto a Crispín y, pensó también, que daría años de su vida por volver a oler su aroma de hierbas.

La sentaron sola, en el costado de un Cabildo repleto de vecinos que se acercaban a presenciar la sentencia del juicio por el crimen de Jacobo Fiorini. El abogado defensor de Clorinda sacó de la manga argumentos impactantes: Fiorini, durante años, había sometido a su mujer a malos tratos, golpes y humillaciones. Y remató su alegato con una develación que causó murmullos y gritos ahogados.

—Mi defendida, la señora Clorinda Sarracán de Fiorini está embarazada.

El fiscal, Emilio Agrelo, no se dejó conmover con lo que consideraba meras cuestiones domésticas y arremetió:

—Clorinda Sarracán de Fiorini es una mujer sin corazón.

El Cabildo entero enmudeció. Algunos, incluso, asintieron.

La sentencia contra Clorinda, Crispín y Remigio fue demoledora: ella debía ser ejecutada en la Plaza del 25 de Mayo y los hermanos en la Plaza del Pueblo de San Isidro. (2) Todos a la misma hora, el 1º de diciembre de 1856, a las seis de la mañana. Sus cadáveres quedarían colgados en la horca, a la vista de todos, durante siete horas.

El juez Navarro Viola, basado en testimonios y en las pruebas aportadas por el comisario, dio por válida la acusación y reconstruyó el crimen del italiano: días antes del asesinato, a oídos de Fiorini habían llegado los rumores del romance de su mujer con el capataz. Ciego de celos, había arremetido contra el muchacho que, como toda respuesta, le exigió el pago adeudado de su salario. Fiorini lo trató de «hijo del país», que significaba precario, salvaje y

sin cultura, e intentó golpearlo. Remigio lo impidió y amenazó de muerte a su patrón.

Fiorini tomó en serio la palabra de sus empleados y tomó también una decisión: compró una bayoneta de la que no se despegaba ni de día, ni de noche. El día del crimen, el italiano se encerró en el altillo desde la mañana. Clorinda, golpeó la puerta y le insistió con que bajara a comer. Las tripas le rugían del hambre y aceptó la sugerencia.

Mientras el matrimonio cenaba en silencio, Fiorini vio por el ventanal a los hermanos Gutiérrez, avanzaban por la chacra hacia la casa. Clorinda también los vio y corrió a encerrarse con sus hijos pequeños en el palomar de la finca. Sin mediar palabra, Crispín le disparó al italiano; su mala puntería le hizo errar el disparo. Fiorini empuñó su bayoneta, dispuesto a todo, pero los hermanos eran más jóvenes y fueron más ágiles. Con una maza le golpearon la cabeza y con una soga al cuello arrastraron el cuerpo inerte hasta el fondo de la chacra.

Cuando, alertada por el disparo y los gritos, Clorinda salió del palomar, se encontró con una sangría en su propia sala. Sin dudar, fue hasta el fondo de la chacra, allí estaban los hermanos Gutiérrez, intentaban meter a Fiorini en una tumba precaria.

Clorinda abrazó el cuerpo sin vida de su marido, al tiempo que su vestido y su rostro se mancharon con sangre. Un trueno, un rayo, gotones de agua. Hundió las manos en la tierra. Supo que empezaba su pequeño fin del mundo.

***

Mariquita cruza la puerta de rejas; después el portón de madera maciza. Se despide de los guardiacárceles con un leve movimiento de cabeza. El sol abrasador de diciembre en Buenos Aires le pega de lleno en su cabello plateado. Mira al cielo y cierra los ojos por unos segundos. El breve encuentro con la muchacha Clorinda Sarracán la ha conmovido profundamente.

Ya no tiene dudas: esa joven madre no es más que un alma rota y

maltratada por quien fuera en vida su marido y ahora, por una sociedad salvaje.

Saca el pañuelo de encaje de un bolsillo de su falda y seca su rostro. Sudor en la frente; lágrimas en sus mejillas. «No es de pueblo civilizado mandar a una mujer a la horca», piensa.

Ya sabe lo que tiene que hacer.

***

Mariquita Sánchez, en ese entonces viuda de Thompson, citó en los salones de su casa a las mujeres de la Sociedad de Beneficencia, todas señoras de alcurnia que escucharon espantadas los detalles de lo que se venía: la pena de muerte para Clorinda.

El mismo lugar en donde se escuchó por primera vez el Himno Nacional Argentino y en donde, Mariquita, como la gran cronista de su época escribió la única descripción que existe sobre las Invasiones Inglesas, se convirtió en el nido de la primera marcha de mujeres de la que se tenga registro en Argentina.

Dos mil mujeres de la colonia de todas las clases sociales marcharon por las calles al tiempo que juntaban las firmas de cualquiera que estuviera en contra de la barbarie. Consiguieron siete mil firmas.

Mariquita usó su influencia, que era mucha, para llevar el petitorio a los ámbitos más encumbrados de la Buenos Aires de aquel entonces. (3) Todos la recibían, nadie le decía que no a «la tormenta en faldas», como la apodaban quienes la admiraban y quienes le temían.

El argumento de Mariquita era demoledor. Repetía a quien quisiera escuchar que no había que olvidar el fusilamiento de Camila O'Gorman y que esa debería ser la última mujer ejecutada en la Argentina y, sin que le temblara el pulso, amenazaba a las autoridades: «Si sucede lo mismo con Clorinda Sarracán de Fiorini, quedará el hecho como la memoria sangrienta de una tiranía».

Sus movidas sociales y políticas llegaron a buen puerto. Una reunión de urgencia en el despacho del gobernador y asambleas de

ambas cámaras legislativas, concluyeron con una decisión casi unánime: suspender los efectos de la sentencia. A oídos de todos había llegado una información crucial: Clorinda estaba embarazada.

Meses más tarde, se convirtió en ley la conmutación de la pena y se redujo a diez años de prisión. Un año después, el gobernador Emilio Castro firmó el indulto de Clorinda Sarracán y dijo: «El gobierno espera que al volver a la sociedad y a la familia, la condenada demuestre, bajo conducta irreprochable, haber sido merecedora de este acto de clemencia».

Algunas crónicas cuentan que los hermanos Crispín y Remigio Gutiérrez se escaparon de la cárcel, en el medio del carnaval, disfrazados de payasos. De Clorinda, nada más se ha escrito, su rastro se perdió en el fárrago de la historia argentina. Fue salvada de la horca por dos mujeres, en un acto de sororidad que trascendió a su tiempo. Una, de carne y hueso; la otra, un fantasma: Mariquita Sánchez de Thompson y Camila O’Gorman.

---

1. Archivo UBA Derecho. Debate por la pena de muerte en el Estado de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX: el caso de Clorinda Sarracán de Fiorini.

2. Causa criminal seguida contra los reos Clorinda Sarracán de Fiorini, Crispín y Remigio Gutiérrez por el asesinato de D. Jacobo Fiorini esposo de la primera copiada del proceso con autorización superior, Buenos Aires, Imprenta de «El Eco», 1856.

3. Revista *Legado*, nº 13, Archivo General de la Nación, 2018.

2

Camila O'Gorman, la desafiante

(Florencia Canale)

A Camila O'Gorman se la señala como la protagonista ineludible de un hecho clave en nuestra historia: la joven que habría sido el puntapié inicial del derrumbe definitivo del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, y su acopio del poder. Pero ¿quién fue Camila O'Gorman? ¿Fue una hereje? ¿Una mala mujer? La muchacha de nombre destacado fue tantísimo más que eso.

Corrían los tiempos del segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas, la primera mitad del siglo XIX. Los derechos de la mujer eran casi inexistentes. Faltaban unos años para que pudieran escolarizarse. Manuel Belgrano había traído a estas costas, a fines del XVIII, la idea de institucionalizar los estudios de las mujeres — solo los varones acudían a la escuela y luego a la universidad— , pero sería Domingo Faustino Sarmiento, casi un siglo después, quien llevaría a la práctica esa propuesta.

Las niñas leían y escribían en casa, siempre y cuando tuvieran una madre o un padre solícito, con ganas de que la prole femenina alimentara sus inquietudes. Pero tampoco tenían plena disponibilidad de lecturas. Algunos libros les eran permitidos; otros no. Las vidas de las muchachas en flor estaban digitadas al detalle por sus padres. Qué debían leer pero sobre todo qué no, a quiénes debían frecuentar, quiénes estaban vedados y, sobre todo, con quiénes debían casarse. Porque el candidato debía portar escudos y dinero. Las hijas mujeres de las familias de alcurnia, como los O'Gorman, no podían disponer del contante y sonante. A padre muerto, aunque la hija heredaba, no tenía potestad sobre la tajada. Por eso los padres elegían un candidato que pudiera solventar las

vidas de sus hijas. De amor ni hablar.

***

En 1828, el mismo año en que Manuel Dorrego era fusilado por una tropa unitaria al mando del General Lavalle y, casi como un mal presagio, la hija de don Adolfo O'Gorman y nieta de Madame Périchon, berreó anunciando su llegada al mundo.

Camila fue una diferente desde su más tierna niñez. A pesar de los limitados confines que tenía su época para las mujeres, aprendió a leer y descubrió que con la lectura viajaba a otros mundos, conocía otras gentes, despertaba la imaginación. Instigada por su abuela, la primera oferente de algunos libros y pensamientos vedados, Camila devino en niña difícil. Supo de inmediato que no sería como sus hermanas, quienes aguardaban con parsimonia la elección del prometido. Camila rechazaba el matrimonio por conveniencia, creía en el amor.

Como era de prever, su padre, preocupado ante el talante de su hija, fue a la busca de un prometido. No tardó en aparecer: Lorenzo Torrecillas, un joven perfecto, nieto de don Basilio Torrecillas, dueño de las tierras linderas de Palermo de San Benito, el caserón de las afueras del gobernador de Buenos Aires. Qué mejor: rico, federal y con excelentes conexiones. Fue recibido en el hogar de los O'Gorman y empezó el cortejo. Camila demostró al instante que era bien recibido, pero como un amigo. Que no buscara otras cuestiones porque con ella no las iba a encontrar.

La madre no supo qué hacer con esa hija por demás contestataria. La llevó a la iglesia para ver de encauzarla, donde empezó a dar clases de catequesis a los niños. Doña Joaquina jamás pensó que en la casa de Dios daría comienzo a la que luego sería la tragedia shakespereana más brutal de nuestra historia. El mundo cambió de cuajo para Camila cuando, a los dieciocho años, descubrió que el hombre que le hizo perder la cabeza era un hombre prohibido: el cura Ladislao Gutiérrez.

El párroco de la Iglesia del Socorro —en pie en la actualidad, en

la esquina de Juncal y Suipacha, en la ciudad de Buenos Aires—, sobrino del gobernador de Tucumán Celedonio Gutiérrez —conocido como El Peludo— había recalado en Buenos Aires para hacerse una vida. Poco le interesaban los asuntos del poder y la política. Hombre de una bondad inconmensurable, encontró en el seminario su razón vital. Allí se hizo amigo de Eduardo, el menor de los O'Gorman, que también quería entregarle su vida a Dios. Pero Ladislao no advirtió que la joven hermana de su compañero de estudios se convertiría en el motivo de sus desvelos.

Se conocieron, ella le confió sus secretos, él la escuchó como nadie lo había hecho. Camila era la joven maestra de catequesis, Ladislao el flamante párroco del Socorro. Empezaron a relacionarse, ella se presentaba en la iglesia a tempranas horas, el cura buscaba excusas para cruzarse. Se convirtieron en confidentes. Una tarde fue decidida a confesarse. Esperó su turno, se hincó en el confesionario y le susurró que estaba enamorada. El padre Gutiérrez se hizo el distraído, pero supo que hablaba de él. A los días, sus cuerpos se trenzaron en la penumbra del Socorro. Ella nunca dudó. El sacerdote, en cambio, flageló su cuerpo con el cilicio, intentando borrar el sacrilegio.

Pero el amor venció.

***

Camila no dudó en desafiar la Ley del Padre. Y por tres. Primero se enfrentó a su padre. La joven O'Gorman prefirió un hombre que no seguía las normas de la época: ser elegido por su padre, portar escudos y arcas llenas, e hizo oídos sordos al imperante paterno. No en vano era nieta de quien era. Su abuela, Anne Marie Périchon había desembarcado en el Río de la Plata a fines del siglo XVIII, exponiendo su ascendencia francesa en una colonia española, dominada por la moral católica. Camila era la nieta dilecta de una dama demasiado libre para Buenos Aires. Con esa sangre en sus venas, la joven le había dado vuelta la cara al rigor paterno.

La segunda Ley del Padre a la que se le retobó fue a la del padre

político que detentaba todo el poder público: Juan Manuel de Rosas. Había que tener agallas para enfrentarse al hombre más poderoso de la provincia de Buenos Aires y más allá. Rosas gobernaba con mano de hierro, nadie se atrevía a enfrentarlo, mucho menos una jovencita de la sociedad porteña con un padre acomodado a las políticas federales.

Y la tercera, al Padre Todopoderoso. Camila y Ladislao nunca dejaron de ser religiosos. No abandonaron su creencia absoluta en Dios, a pesar de vivir en pecado.

El 13 de diciembre de 1847 fue la fecha elegida para la fuga. La plana mayor de la Iglesia no estaba en Buenos Aires, se habían ido para celebrar el Día de la Virgen. No había moros en la costa. Camila consiguió los dos caballos que los trasladaría fuera de allí. Además, llevó algunas de sus joyas para hacerlas dinero. Fantasearon con irse a Río de Janeiro, se fugaron para vivir su amor prohibido en libertad. O eso intentaron.

Al día siguiente, los padres de Camila, don Alfonso O'Gorman y doña Joaquina Ximénez Pinto, se dieron cuenta de lo que había hecho su hija. Se había fugado con un cura. Había dado rienda suelta a su deseo. Había cometido un pecado mortal.

***

La jerarquía eclesiástica se reunió con el gobernador de la provincia de Buenos Aires y le exigió castigo ejemplar para su pastor; lo definió como un «suceso horrendo». Lo mismo hizo don Alfonso O'Gorman. Su hija manchaba el honor de la familia, humillaba la honra de hombres y mujeres de linaje y estirpe. Dijo que «era el acto más atroz y nunca oído en el país». Primero reclamó encarecidamente que no se revelara el hecho que tanto lo infamaba, en silencio mantenía la ilusión de que regresara a casa sana y salva. Sin embargo, la noticia corrió como reguero de pólvora y la exigencia de O'Gorman creció: los fugitivos de la ley debían ser encontrados, apresados y todo lo demás. Camila debía ser ajusticiada.

La prensa unitaria, a pocas semanas de la fuga, tomó cartas en el asunto. En *El Comercio del Plata*, en Montevideo, Valentín Alsina escribía:

> La familia a quien aquel criminal ha hundido en deshonor y en amargura, pertenece a la Parroquia confiada a tan indigno Párroco. La joven que se dejó seducir por el infame, manifestaba deseos de tomar el hábito de monja. La noche de Navidad, después de haber estado cantando en la Iglesia, desapareció con el raptor. Este completó su villanía según se nos asegura, robándose las alhajas del templo. ¿Hay en la Tierra castigo bastante severo para el hombre que así procede con una mujer cuyo deshonor no puede reparar casándose con ella?

De más está decir que todo era una falacia. Desde Chile, Domingo Faustino Sarmiento denunciaba en *El Mercurio*:

> Ha llegado a tal extremo la horrible corrupción de las costumbres bajo la tiranía espantosa del «Calígula del Plata», que los impíos y sacrílegos sacerdotes de Buenos Aires huyen con las niñas de la mejor sociedad sin que el infame sátrapa adopte medida alguna contra esas monstruosas inmoralidades.

Mientras tanto, Bartolomé Mitre escribía en *El Comercio* de Bolivia:

> Se sabe que las Cancillerías extranjeras han pedido al criminal gobierno que representa a la Confederación Argentina, seguridades para las hijas de súbditos extranjeros que no tienen ninguna para su virtud.

Todos contra Juan Manuel de Rosas, todos regodeándose con las virtudes perdidas de Camila O'Gorman.

—No puedo permitir ni tolerar que falten a la autoridad, se rían

de ella, la ridiculicen —sentenció el gobernador, furioso—. Los he de encontrar, aunque se oculten bajo la tierra, y con ellos he de hacer un escarmiento de ejemplo; los he de hacer fusilar donde los encuentren.

***

Un colega de Gutiérrez descubrió a los amantes en Goya, Corrientes, y los delató. El aparato del Estado los apresó de inmediato. Debían volver a Buenos Aires. Y comenzó el vía crucis profano por tierra y por agua, hasta que, por separado y durante las primeras horas de la tarde del 14 agosto de 1848, fueron arrojados a las celdas del Campamento de Santos Lugares.

Como pudo, Camila se sentó y pidió hablar con el que mandaba. Antonino Reyes, edecán de Rosas y comandante de Santos Lugares, se hizo presente.

—Debo prevenir a ustedes que yo vengo enferma y necesito un médico. —La muchacha corrió un pañuelo negro que la cubría y dejó al descubierto la tripa crecida del embarazo. Camila esperaba un hijo de su amado.

Le tomaron declaración. Camila fue sincera, reafirmó su amor. Reyes le aconsejó que modificara sus dichos, que más bien pidiese disculpas por la falta que había cometido, que se acogiera a la clemencia de Su Excelencia Rosas, quien habría de tener en cuenta la debilidad de su sexo, que lo demás lo dejara a la declaración de Gutiérrez. Si ella se hubiera declarado víctima del avance feroz de un sátiro, habría salido indemne. Pero rechazó la opción. Con su amor iba a estar hasta el final.

Entraron a colocarle unos grilletes, aduciendo que cumplían órdenes del gobernador, que el cura también los llevaba puestos. Camila los aceptó, confesó que sufriría con gusto aquel castigo, aún más cuando su Ladislao los usaba.

Y llegó el pliego desde Buenos Aires. Rosas instaba a la ejecución de los criminales, no permitiéndoles más que unos minutos para que recibieran los auxilios espirituales. Reyes, al tanto

de la amistad de Camila y Manuelita Rosas, la hija del gobernador, apuntó unas palabras pidiéndole clemencia para la joven. Agregó que estaba embarazada. El chasque salió disparado. Llegó a Palermo de noche y entregó la carta al oficial escribiente que estaba de guardia. Pero este, en vez de entregársela a Manuelita, se la dio a Rosas. No hubo piedad que valiese, la suerte de los amantes estaba echada.

La Niña, como le decía Rosas a su hija, había intentado interceder apenas enterada de los hechos. Le había rogado que salvara a su amiga. Incluso había empezado a acomodarle una celda en un convento de Buenos Aires, para que terminara allí sus días. Pero el padre hizo oídos sordos a sus súplicas.

***

Se acercaba la hora de marchar al patíbulo. Ladislao le preguntó a Reyes si Camila correría la misma fortuna que él. El comandante tardó en responder pero le confirmó lo que no hubiera querido escuchar. Le solicitó que pusiera en manos de Camila un papelito. Sacó papel y lápiz de la gorra de pieles que llevaba y escribió:

Camila mía,
Acabo de saber que mueres conmigo.
Ya que no hemos podido vivir en la Tierra unidos, nos uniremos en el cielo ante Dios.
Te perdona… y te abraza

tu Gutiérrez

El 18 de agosto, al alba, Camila y Ladislao, con una venda sobre los ojos, fueron trasladados al paredón. Cada uno sentado sobre una silla, maniatados por detrás. Un silencio atroz retumbó en el campamento, solo el redoble de tambores anunciaba la muerte.

—Gutiérrez, ¿estás ahí? —preguntó ella.

—A tu lado, Camila.

La orden de ¡Apunten, fuego! selló el inicio de la balacera

gatillada por el pelotón. El cura murió en el acto. Camila recibió dos disparos que no la mataron: uno le pegó en el brazo, el otro en el vientre que llevaba un hijo. Se deslizó de la silla en un grito de dolor. El oficial a cargo ordenó que la mataran de una buena vez. Uno corrió a cumplir la advertencia. La remató en el piso. La falda empezó a crepitar. Se prendió fuego. El cuerpo sin vida de Camila O'Gorman ardía. El soldado, aterido de miedo, huyó sin más ante la imagen de esa Juana de Arco criolla.

***

La madre de Camila jamás pudo perdonar a su marido. Tras la muerte de su hija, nunca más le dirigió la palabra. Era una Démeter de las pampas decimonónicas, como la madre de Perséfone, aquella doncella secuestrada por Hades, el dios del inframundo, el hermano de su padre, Zeus. La diosa de la mitología griega que culpó a su marido de estar distraído, de negociar poco el regreso de su niña, de perder en la contienda de poderes entre hermanos, de donarla al mejor postor. Una madre que perdía a su hija por culpa del padre.

A los dos años de la muerte de Camila, Adolfo O'Gorman murió. Dos años después, doña Joaquina Ximénez Pinto dejó de respirar. Fueron cuatro años de muerte en vida para ella.

Luego de la muerte de sus padres, Eduardo, el menor de los O'Gorman y el favorito de Camila, recibió el cuerpo de su hermana. La joven que fue estigmatizada como criminal por estar enamorada y por desafiar, con su amor, las leyes de los varones.

3

Juana de Castilla, la «Loca»

(Florencia Canale)

El frío perforaba sus huesos. Pero el filoso invierno de fines de diciembre de 1507 no la iba a detener. Juana de Castilla despedía a su marido como debía a su rango de reina. El rey Felipe había muerto y debían trasladar el cadáver hasta el panteón real de Granada, donde encontraría, de una buena vez y si Dios así lo encomendara, la paz. Una paz poco buscada en vida. Ni por Felipe, ni por Juana.

Le dolía el cuerpo, todo se le hacía insostenible. Hubiera preferido fundirse al cuerpo de su amado esposo antes que permanecer viva. Pero ¿qué vida intervenía sus pensamientos? ¿Qué era eso más que una simple pulsión? Nada cobraba sentido. Ni sus pequeños hijos, menos la criatura que llevaba en el vientre y estaba pronta a nacer. Lo único importante: cuidar la mortaja helada de su marido.

Durante ocho meses, Juana la Loca —así la llamaban, con ese nombre era señalada— recorrió tierra española pegada al féretro que trasladaba a Felipe el Hermoso. Soportó nieve, tormentas y todo tipo de inclemencias. Sucia, sin probar bocado y, por momentos dominada por el desvarío, la reina acompañó al rey muerto durante el eterno cortejo fúnebre.

Loca, Hermoso: notables adjetivos que fuerzan una identidad que podemos, hoy, poner en cuestión. Qué mejor que para un marido ávido de poder que estigmatizar a su esposa de loca, lunática, enferma; y cuánto más cuando el padre de Juana, Fernando de Aragón, el célebre monarca viudo de Isabel la Católica, también prefirió encerrar a su hija bajo esos argumentos para que

no le disputara el trono. Los juegos del poder desde que el mundo es mundo.

***

Juana nació en la ciudad de Toledo, el 6 de noviembre de 1479. Era la tercera hija de Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, mejor conocidos como los Reyes Católicos, artífices del desembarco de Cristóbal Colón en territorio americano. Había sido bautizada con el nombre del santo patrono de su familia, igual que su hermano mayor.

La corte, a poco de nacida, señaló con gracia que Juanita tenía un parecido importante con su abuela paterna, doña Juana Enríquez, por lo que Isabel, con la guardia baja y dedicada a los niños, repetía:

—Pues que ahí viene mi suegra.

Juana y sus hermanos recibieron una educación de excelencia, propia de la nobleza. Entre la infinidad de preceptores, los más destacados fueron Beatriz Galindo, una mujer de una cultura superior, que preparó a los niños con un esmero especial, y el sacerdote Andrés de Miranda, elegido por Isabel, la reina devota.

Todos daban por sentado que la infanta no llegaría a ocupar el trono, quedaba lejos de la línea sucesoria. Era la tercera hija de los reyes, después de su hermana Isabel y de Juan, este último para gran alegría de la corona y de sus padres, que así tenían un heredero. En esa época, los varones eran automáticamente primeros en la línea de sucesión, y la llegada de un niño siempre se esperaba con ansias. Un ejemplo extremo es el del rey inglés Enrique VIII, que al no tener hijos varones, mandó a matar a Ana Bolena para poder casarse con alguna otra mujer que le diera el heredero. Después modificó las leyes, se escindió de la Iglesia Católica, armó la Anglicana y pudo romper matrimonios sin necesidad de matar a la cónyuge.

Volviendo a España, fue así que liberaron a Juana de las obligaciones reales y la niña estudió urbanidad y buenas maneras,

comportamiento religioso y el sinfín de disciplinas que correspondían a la Casa Real. Pero la pequeña tenía otras preferencias. Puso el ojo y las ganas en la interpretación musical y la danza, y en las lenguas romances y el latín. Sin embargo, lo que realmente la desvelaba era su tropilla de caballos. Devino en avezada amazona y, con séquito o sola —para eso debía pergeñar argumentos, excusas o cuentos y exponerlos con prestancia a la oreja indicada— emprendía cabalgatas interminables hasta donde pudiera llegarse.

La infancia de Juana era perfecta. Disfrutaba de sus padres, los reyes de España, sin la presión que recibía su hermano Juan, el príncipe de Asturias y Gerona.

***

Hasta que llegó el día, y con la firmeza de una adulta se le plantó a sus padres: quería ser monja, ansiaba dedicarle la vida a Dios. La infanta había absorbido el ejemplo de su madre y manifestado una vena mística.

—Pretendo la vida del convento —anunció con pompa y seguridad.

Mas los planes de Isabel y Fernando eran otros. Las ansias de poder no cejaban nunca. Una buena boda valía más que una guerra y habían estudiado el panorama de candidatos. Se vivían tiempos de enemistad furiosa con el reino de Francia y nada mejor que comprometer alianzas certeras para los reinos de Castilla y Aragón.

Las negociaciones fueron y vinieron, emisarios de un lado, diplomáticos del otro, los retratos viajaron de un castillo al otro y se concertaron las bodas. Isabel y Fernando mataron dos pájaros de un tiro: dos de sus hijos con dos hermanos belgas. El príncipe Juan, heredero de la Corona, se uniría con Margarita de Austria, y la infanta Juana, con 16 años recién cumplidos, se casaría con el archiduque Felipe de Austria. De ese modo, gracias a esos arreglos matrimoniales, la monarquía española se unía al Sacro Imperio Romano Germánico, a Inglaterra, Nápoles, la república de Génova y

el ducado de Milán, en contra las pretensiones de Francia.

Felipe había nacido en Brujas, condado de Flandes, el 22 de julio de 1478. A la muerte de su madre María de Borgoña y con tan solo cuatro años, la había sucedido en sus posesiones bajo la tutela de su padre, Maximiliano I, el Sacro Emperador Romano. Desde muy pequeño, Felipe había sido educado para detentar el poder. A la velocidad del rayo debió transformarse en hombre. Demasiada lucha interna, enfrentamientos y disputas por la tierra construyeron a un muchacho de mirada precisa y ansias de todo.

***

En agosto de 1496 y tras algún que otro berrinche por permanecer en casa, Juana partió desde Laredo a conocer a su prometido en una carraca genovesa, flanqueada por otros 19 barcos, para demostrar el poderío de Castilla y Aragón ante los Austrias en Flandes. El viaje fue interminable, una tormenta los obligó a hacer pie en Inglaterra. Juana buscaba templanza, le costaba encontrarla. Vencidos los contratiempos, una agotada joven desembarcó en la corte del archiduque.

Llena de ansiedad entró en el palacio escoltada por su séquito. Le faltaba el aire, quería representar de maravillas su papel y que el caballero en cuestión desfalleciera ante su estampa regia. Recorrió los pasillos, atravesó salas y nada. Felipe no se presentó para darle la bienvenida. La sangre bulló en sus venas. Con la frente en alto, se retiró a sus aposentos y allí le hizo honores a la espera. Juana desconocía los motivos de la afrenta, la política no le resultaba interesante, le importaba poco y nada. No era digna hija de su madre, quien, desde pequeña, había tejido y destejido tramas y negociaciones como una estratega avezada.

Los hilos del mapa de Europa se hilvanaban a paso veloz. Algunos consejeros del archiduque bregaban por otras alianzas, habían desaconsejado la unión con los Reyes Católicos y pujado, en cambio, por un acercamiento a Francia. Juana solo pensaba en su deseo. Le parecía intolerable que su prometido no hubiera dado

señales de vida.

Pero llegó el día y, al fin, Felipe se presentó y Cupido disparó su flecha. La atracción física fue instantánea. Las dudas que habían dominado a Juana desaparecieron en el acto. La urgencia de los novios fue tal, que debieron precipitar el casamiento para permitir que pudieran consumarlo en forma inmediata. La celebración se llevó a cabo en Lille, el 20 de octubre de 1496.

La alcoba de Juana era visitada a menudo por el Archiduque. El lecho revuelto se convirtió en el campo de batalla de una pareja salvaje, siempre tentada a correr los límites de la pasión. Sin embargo, el desenfreno amatorio duró poco. Felipe perdió interés en su esposa, provocándole una desesperación inusitada.

Desde el inicio, el ambiente de la Corte era radicalmente opuesto al que Juana se había acostumbrado en su España natal. Había crecido rodeada de sobriedad y recato, desde la educación a las costumbres, pasando por la moda, que cubría el cuerpo por completo y prefería los colores oscuros, además de la poca ornamentación. En Flandes era otro cantar. Se vivía a pura desinhibición y fiesta, y sobre todo, opulencia y desmesura.

Envuelta en un sinfín de inseguridades, Juana se convirtió en un nido de celos. Cualquier cosa era motivo de desconfianza. Y se exponía de las maneras más bestiales. Era incapaz de hacerse a silencio, de organizar los pensamientos, de usar la razón, de convertirse en una estratega. Sus reacciones eran explosivas. Juana era pura pulsión. Y del otro lado encontraba un contrincante excelso para la disputa. Felipe embestía, le interesaba poco y nada que su mujer se calmara. Las personalidades de ambos se definían por el exabrupto constante. Tanto en el amor como en el odio.

***

Juana quedó embarazada. Intuyó que con esa novedad podría conservar el poder durante un tiempo. La descendencia era vital para Felipe, como para cualquier noble de rango. El palacio entero esperaba con ansias el arribo del heredero. El 15 de noviembre de

1498 nació Leonor.

—Es una niña —el delegado le anunció al padre.

Felipe se sumió en la furia. Esperaba un varón, pero la realidad le había dado un cachetazo. Esto disparó sus ganas de cazar. Volvió a los devaneos lascivos con las damas de la Corte.

Las mujeres de la realeza estaban educadas para aceptar en silencio las infidelidades de sus maridos. Incluso sus dobles vidas. Rara vez reclamaban a viva voz. Isabel, la madre de Juana, había sido víctima de los romances extramatrimoniales de Fernando, pero había logrado salir airosa. Juana era una *rara avis.* Parecía desconocer las costumbres regias de aceptación y silencio. Lo perseguía, lo controlaba, preguntaba demasiado, se desbocaba. Felipe se cansaba.

El único artilugio que supo poner en marcha para atraer a su marido fue la seducción permanente y el regreso a las relaciones tórridas, que la llevaron a tener cinco hijos más en el espacio de siete años. Sin embargo, la calma no llegó nunca. La vigilancia a su infiel esposo no cejó jamás.

El desenfreno de Juana llegó a límites extraordinarios. Una tarde, creyó ver un intercambio de miradas entre su marido y una de sus damas de compañía. Esos ojos habían dicho de más. No esperó confirmación alguna. Tomó una tijera y, en un movimiento, acorraló a la ninfa turbia y le cortó la larga melena con sus propias manos. Los pelos largos eran una muestra de belleza, un signo femenino. Con el cabello cortajeado, la damisela debía pasar al -ostracismo.

Otro incidente que expuso a Juana de cuerpo entero fue el sucedido en la noche del 24 de febrero de 1500. Se celebraba una fiesta en palacio. Uno de los inmensos salones estaba colmado de nobles y cortesanas. Felipe comandaba el festejo sin su mujer, Juana estaba en un avanzado estado de gestación. Pero la española no tenía paz. Debía guardar cama, pero no quiso.

Desconfiada, atravesó los interminables pasillos hasta llegar al salón. A poco de cruzar el umbral vio a su marido en plena danza con la cortesana de turno. El corazón le dio un vuelco y sintió que

se desvanecía. Dio media vuelta y la sorprendió la rotura de aguas. Como pudo, llegó hasta el retrete, se arrojó al piso y, entre gritos de desgarro y una desesperación sin fin, dio a luz a su segundo hijo, Carlos, quien, con el tiempo sería Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Con estos desbordes se alimentó la idea de que la archiduquesa no estaba bien de la cabeza. O por lo menos vivía destemplada. Juana ayudaba poco, nada lograba callarla. Y cuando hacía silencio era aún peor. Incluso le quitaron sus hijos porque sus celos llegaban hasta ellos, podía hasta lastimarlos si Felipe prefería su compañía antes que la de su esposa.

Y la noticia llegó a Castilla. Los Reyes Católicos enviaron emisarios para que confirmaran las exaltaciones de su hija. Incluso llegaron sacerdotes de parte de Isabel para intentar que Juana volviera a confesarse y a asistir a misa. Su devota madre intentaba curarla por medio de la palabra de Dios. Nada de eso fue posible.

La muerte de sus hermanos mayores —Juan e Isabel— así como del hijo de su hermana Isabel, el infante portugués Miguel, convirtieron a Juana en heredera al trono de Castilla y Aragón. Felipe vio la oportunidad e intentó un acercamiento. Un futuro con corona ayudó a unas renovadas mieles amorosas entre la pareja. Y llegó el tercer embarazo y el nacimiento de Isabel, quien llegaría, con el tiempo, a ser reina de Dinamarca.

Juana no mostraba interés en el legado. Felipe adobaba la posibilidad. Ella percibió que ese poder atraía a su marido. Con aquel chantaje sordo aceptó y viajaron juntos rumbo a Fuenterrabía, donde serían proclamados príncipes de Asturias y Gerona. El trayecto fue interminable y debieron hacer varias paradas. En Blois, los recibió el rey XII de Francia.

—He aquí un hermoso príncipe —lo saludó a modo de bienvenida.

Juana parecía invisible. A partir de ese momento, Felipe fue bautizado el Hermoso.

El 22 de mayo de 1502 prestaron juramento como herederos al trono en la catedral de Toledo pero tras unos meses, Felipe regresó

a Flandes. Juana quedó sola, embarazada otra vez y sumida en una tristeza inconmensurable. Dio a luz a Fernando y reclamó su partida, soñaba con los brazos de su esposo, sin él su vida no tenía sentido. No le fue otorgada. Su insistencia devino en obsesión. Dejó de comer, de dormir, no salía de sus aposentos.

Su madre, preocupada, ordenó que la mantuvieran recluida en el Castillo de la Mota. La fiereza de Juana pudo más y logró escapar. Volvió a Flandes pero allí confirmó lo que tanto temía: su marido saltaba de cama en cama. A la de ella, nunca.

Al morir Isabel de Castilla, en su testamento advirtió que, en caso de desequilibrio mental de su hija, la regencia debía tomarla Fernando de Aragón, el padre de Juana. Con una flamante reina sin ansias de poder y una emocionalidad abismal, la pelea de mando se disputó entre suegro y yerno.

***

A comienzos de septiembre de 1507, Felipe jugaba un partido de pelota en Burgos. Finalizado el juego y cubierto de sudor, bebió una jarra de agua helada. Al día siguiente cayó en cama con fiebre. Nunca se repuso y al poco tiempo murió. Al enterarse, Juana no derramó una lágrima. Pero su cara se transformó en un camafeo ungido por el desconsuelo. El ataúd fue guardado de forma provisoria en Burgos, desde donde debía seguir camino hasta la sepultura final.

Juana tampoco lo abandonó sin vida. Todos los mediodías, después de almorzar, le pedía a las monjas que le abrieran el féretro para ver el cuerpo muerto de su marido. Pasaba horas acariciándolo, mantenía largos monólogos esperando una respuesta que jamás llegaba, en una escena por demás aterradora. Cuando lo consideraron pertinente, la comitiva, con Juana a la cabeza, regresó a los caminos rumbo al panteón real de Granada. La cara espectral de la reina conmocionaba a los caminantes con los que se cruzaban, de tanto en tanto. La procesión, comprendida por religiosos, soldados, criados y nobles, viajaba de noche y se alojaba en sitios

donde Juana y unas pocas damas de compañía no pudieran tener contacto con el cortejo.

Ya sin marido, la reina fue encerrada en Tordesillas y luego de una infinidad de conspiraciones lideradas por su padre, su hijo Carlos —el mismo que nació en el retrete— asumió como rey. Juana sufrió la pérdida de su Felipe dominada por el dolor y la melancolía. A pesar de haber perdido el poder por completo, nunca le permitieron que abandonara el encierro. La llamada «Loca» murió allí, traicionada por su propio padre y aún penando por la pérdida de su gran amor.

4

Artemisia Gentileschi, la denunciante
(Florencia Freijo)

El Museo del Prado en Madrid, que tiene 200 años de historia y 1.700 obras que cuelgan de sus paredes, solo ha expuesto hasta hoy 11 obras de 5 mujeres. En la actualidad encontramos solo a tres entre sus pasillos: la renacentista italiana Sofonisba Anguissola, la flamenca Clara Peeters y la artista italiana barroca Artemisia Gentileschi. Las decisiones de lo que se muestra en un museo no son aleatorias, detrás de ellas hay ideología. Elegir representar a las mujeres como musas y no como artistas, en pleno siglo XXI, es una elección consciente sobre qué lugar se quiere que ocupemos las mujeres en la Historia. En muchas áreas se podría decir que no hemos sido pioneras, o no hemos tenido trayectoria sino a partir de la modernidad, pero lo real es que, si hablamos específicamente de arte, las mujeres hemos descollado desde siempre y pese a los embates de las épocas.

Y es que a mujeres como Anguissola, pintora italiana discípula de Miguel Ángel, considerada la madre del Renacimiento, también la han seguido otras como sor Plautilla Nelli o Hilma af Klint, una pintora sueca precursora del arte abstracto —sí, antes que Kandinsky—, o como Marie-Guillemine Benoist, cuyo *Retrato de Madeleine* al día de hoy sigue resultando imponente.

Como si negarnos el podio del prestigio, los laureles de nuestros logros, no fuera, al día de hoy, lo suficientemente injusto, también se construyeron discursos que borraron las violencias retratadas en las obras de arte o las transformaron en eufemismos que indignan. El Museo del Prado, para seguir con el ejemplo, no solo no ha expuesto a pintoras mujeres, sino que ha decidido no hablar de

violación, pese a que cuadros como *Las hijas del Cid* —de fines del siglo XIX, cuyo autor fue Dióscoro Teófilo Puebla y Tolín— representan con muchísima claridad estas aberraciones. Sin embargo, las mismas se exhiben con descripciones lavadas y livianas, como «mujeres mancilladas». No es menor que el verbo «mancillar» signifique: «Deslucir la buena reputación o buena imagen de alguien o algo» para referirse en realidad a un acto de abuso carnal sobre las mujeres. Parece que para la curaduría del Museo persiste la creencia de que quienes son violadas, a los ojos sociales, terminan siendo «mujeres deslucidas».

Esto nos lleva a la triste conexión con la historia de Artemisia Gentileschi, relegada al mundo sin laureles de las artistas mujeres excepcionales, y sufrir la envidia de los pintores de la época y sus violencias. Artemisia usará sus dones para fortalecerse socialmente, sin embargo, tuvo que atravesar todos los castigos sociales de quienes deciden usar su voz: el descrédito, la vergüenza, el deshonor y el olvido.

***

Nacida en Roma en 1593, cuando en pleno siglo XVII las mujeres no podían acceder a la educación formal en las artes, ella tuvo esta posibilidad gracias a que su padre, el pintor toscano Orazio Gentileschi, reconocido como maestro de la escuela de Caravaggio, pudo introducirla en las academias de mayor prestigio. Es un dato no menor que, casi como variable histórica, muchas de las mujeres que no podían acceder a la educación formal debido a los estándares sociales y códigos de comportamiento de época, encontraban apoyo en sus padres, que desafiaban lo impuesto para educar a sus hijas igual que a sus hijos varones. El respeto de su padre y de la comunidad artística fue tal que incluso Artemisia tuvo el aval para que se le permitiera retratar obras bíblicas, algo que no estaba bien visto si era llevado adelante por mujeres.

La palabra, interpretación, y prácticas religiosas de forma pública en manos de las mujeres se consideraban blasfemia:

entorpecían su relación con Dios, dado que el alma de las mujeres era impura y de sus bocas no podían salir verdades. Por eso el arte de las mujeres relacionado con lo religioso solo era instrumentalizado para fines eclesiales como adornos o regalos, pero sin trascendencia o visibilidad a los ojos del mundo artístico y de la realeza, ya que no llevaban la firma de sus autoras. Por esta razón al día de hoy se encuentran tantas obras de arte extraordinarias sin firma.

Sin embargo, Artemisia abrió caminos. Fue la primera mujer miembro de la Accademia Delle Arti del Disegno de Florencia y tuvo los auspicios de los mismísimos Medici. En Venecia no solo perfeccionó su arte, sino que conoció a Sofonisba Anguissola. Es interesante saber que Sofonisba, como Artemisia, también tuvo el apoyo de su padre para obtener una educación de calidad. Ocupó el puesto prestigioso de pintora de la Corte española, y además de tener un amigo en Miguel Ángel, también fue admirada por Vasari. Sofonisba inspiró a las familias nobles de toda Europa a educar a sus hijas mujeres, y como «influencer educativa» decidió pintar a las mujeres en actividades intelectuales, como por ejemplo a sus hermanas jugando una partida de ajedrez. Algo que no era usual para la época, ya que las mujeres solo podían pintarse así mismas en actos de servicio, maternidad o en prácticas relacionadas a la belleza, como por ejemplo cepillándose el pelo, o en una reunión social con otras damas.

Pero a Artemisia le perdonaron menos su excepcionalidad como artista, dado que decidió contar lo que las mujeres en esa época callaban. Cometió un pecado: ser una artista excepcional pero además querer pintar la Historia desde la mirada de la mujer. La historiadora Katy Hessel cuenta sobre Artemisia en su libro *Historia del Arte sin hombres*: «Como era mujer, tenía prohibido pasarse libremente por los edificios monumentales e iglesias de la ciudad o asistir a clases de pintura, por lo que estudió los temas bíblicos que aparecían en los grandes cuadros de su padre»; y no solo va a estudiarlos, sino que además les dará una mirada interpretativa y no solo descriptiva

***

Para sus 17 años, Artemisia ya había retratado el pasaje bíblico «Susana y los viejos» a gran escala, una obra monumental donde una joven —Susana— es abordada por dos señores lascivos mientras se baña e incitada a tener relaciones sexuales con ellos. Al rechazarlos, los señores, no contentos con esta situación, la denuncian por adulterio.

Algo novedoso aparece en esta pintura: la artista logra captar la incomodidad de Susana y la violencia de «los viejos». La angustia de ella se traslada a los espectadores, quienes la observamos desnuda en un primer plano. El mensaje es claro, el cuadro es pintado como denuncia. Gran pecado de Artemisia: pintar una mujer desnuda, en posición de sufrimiento, siendo atacada por dos hombres, y además representando escrituras sagradas.

Casi en una especie de profecía, y posiblemente apabullada por las miradas lascivas sobre ella misma como adolescente, Artemisia retrata a Susana indefensa e inocente. Un año después de esa pintura, la pintora sería violada por el maestro y amigo de su padre, Agostino Tassi. Había que adoctrinar y controlar a esa niña —mujer — alumna que brillaba. Artemisia hizo un cambio abrupto: sus pinceladas se tiñeron de colores más oscuros y sus retratos se basaron en la venganza y el dolor.

Pero Artemisia no solo fue violada: tuvo que aguantar que su testimonio —contó lo que le había sucedido un año después— fuera puesto en duda, y padeció la indiferencia y el rechazo del mundo artístico. Gracias al apoyo de su padre, el violador fue llevado a juicio. Un juicio tortuoso que duró siete meses y que fue transcripto cada día, por lo que hoy se puede acceder a los distintos alegatos y procesos, de unas 300 páginas. Allí podemos leer a una Artemisia desafiante, así como también a través de las cartas que ha dejado:

> Entonces me arrojó al borde de la cama, empujándome con una mano en el pecho, y puso una rodilla entre mis muslos para impedir que los cerrara. Me levantó la ropa y me puso

una mano con un pañuelo en la boca para evitar que gritara.

Mientras ella hablaba, fue torturada durante todo el juicio con un «sibila», un instrumento de hilos que ejerce presión sobre los dedos mientras los va desangrando, para funcionar como «máquina detectora de mentiras», algo que además era tremendamente espantoso para quien, como ella, trabajaba con sus manos. El violador fue finalmente declarado culpable, no sin antes haber esparcido por todos los claustros artísticos lo que esa quejillosa mujer había hecho. Que fuera encontrado culpable no la eximió en ningún momento a Artemisia, pues Agostino Tassi evitó su castigo por protección de la iglesia, a través del Papa, y fue enviado a Roma en una especie de exilio forzado momentáneo. Unas vacaciones hasta que el ruido pasara, y efectivamente el ruido pasó, y a lo largo de la Historia ellos quedan en las paredes de los museos y nosotras somos condenadas al exilio del olvido.

***

Mientras tanto, Artemisia, para no perder credibilidad, fue ofrecida en matrimonio apenas dos días después de la condena de su violador, para recuperar su honor. El matrimonio lo arregló su padre y junto con su marido Artemisia tuvo que migrar a Florencia. A partir de allí el talento de la pintora se dispara, pese a que las habladurías persistieron, y hasta hace poco tiempo se seguía sosteniendo que sus cuadros no le pertenecían, sino que los había hecho su padre.

Lo que sucede a partir de 1612, un año después del tortuoso camino de la injusticia, es fantástico. Artemisia se transforma en una retratista de obras donde las mujeres deciden vengarse. Miradas desafiantes, asesinatos, retratos que hielan la sangre. Se vengan, pero no son víctimas. Ya no son esa Susana débil. Va a retratar en tres oportunidades otra escena bíblica: «Judith decapitando a Holofernes», su obra más famosa. Allí plasma el momento en el que la viuda Judith, ayudada por su fiel doncella, decapita a Holofernes,

el general asirio enemigo que se había encaprichado con ella, aprovechando que está borracho y se ha quedado dormido. En el cuadro, las mujeres visten los colores del ropaje que vestían los viejos en «Susana y los viejos»: rojo y azul brillante. Sus musculosos brazos someten al hombre tendido y ensangrentado en la cama. En un juego de luces elegido con pericia, los pechos de Judith se evidencian bajo su mano, que está deslizando sin titubear el cuchillo por la carótida. El movimiento en el cuadro es realmente espeluznante. Se sienten las fuerzas de esos brazos en puja, la impiedad, las miradas de ellas, que no sufren, sino que están decididas a matar. No hay dolor ni culpa, no hay remordimiento, no hay miedo.

Gracias a las cartas de Artemisia sabemos que era una firme creyente en el trato y la remuneración justa de las mujeres artistas. Katty Hessel nos cuenta que en una de sus cartas exige «honorarios más elevados por composiciones de varias figuras» y en otra le dice a un coleccionista siciliano, Antonio Ruffo: «Encontrarás el espíritu del César en el alma de las mujeres», algo que hacía referencia a los elevados impuestos que les había impuesto el emperador

¿Cuánto hubiera servido que las mujeres de la época hubieran leído esas cartas? ¿Qué tan distinto hubiera sido nuestro destino si las mujeres artistas se organizaban por la igualdad en la paga respecto a los varones? Parece incongruente, pero las distintas academias de arte que van a surgir a partir del siglo XVIII, donde finalmente se vuelve profesional el estudio y ejercicio artístico, no representaron un avance para las mujeres que, como Artemisia, habían abierto caminos. Por el contrario, estas academias se terminaron fundando como espacios de exclusión del ejercicio artístico para nosotras, negándonos el acceso a las altas casas de estudio, y por ende a los distintos circuitos de formación, negociación y relaciones sociales. Algo muy similar sucedió en otras disciplinas con el surgimiento de las universidades.

La pintora excepcional será olvidada. Ninguna de sus proezas fue recordada sino hasta la década del 70, cuando diversas artistas feministas y antropólogas comienzan a estudiar su obra, lo que hizo

que hoy podamos conocerla.

***

La historia de Artemisia no trascendió. Que haya sido olvidada fue la peor de todas las injusticias que reinaron sobre su vida.

Lamentablemente, las mujeres aún hoy día somos sospechadas o descreídas cuando denunciamos, también somos poco reconocidas artísticamente y no recibimos una paga acorde a la que reciben los varones.

Sin embargo, ella cosechó sus flores. Es cierto, no tuvo la justicia que merecía, pero aprendió a escribir su venganza. Aprendió a disfrutar de su excepcionalidad, y reclamar lo que creía que era justo. Encontró reparación haciendo del lienzo de sus cuadros un lugar de visibilidad sobre las injusticias a los que estábamos expuestas, y sobre todo expuso allí su mirada sobre esas injusticias. No solo tuvo que alzar su voz, sino además encontrar un lugar donde hacerlo. En ese encuentro está su venganza y su reparación.

Decidir ser una mujer que incomoda no es una decisión fácil, requiere de mucha entrega, incluso de la salud física y mental. Sin embargo, ella decidió dejar de ser una ingenua, y de retratarlas, y empezó a retratar a las que toman partido, a las que se enojan. A las vengadoras. Los cuchillos en sus cuadros son simbólicos, representan la justicia, y tienen una finalidad: callar la única voz que era escuchada, la de los hombres.

5

Damasita Boedo, la vengadora

(Florencia Canale)

La venganza es un plato que se come frío, como afirma el dicho. Muchas veces se pergeñan planes vengadores o actos de ferocidad extrema que, gracias a los cielos y por bien del poseedor de esa mente ardorosa, no llegan a cometerse. Muchas veces se subliman a través del ejercicio creativo. Pero otras, el vengador o vengadora ponen en acto el fuego de sus pensamientos.

La muerte de Juan Galo de Lavalle, la espada unitaria por antonomasia, el generalísimo de extensa bravura y uno de los soldados más relevantes de la Historia argentina, convocó a estandartes y fanfarrias. Nadie, en el presente, repudia la epopeya de su vida. Sin embargo, su muerte y los motivos de esta, despertó, en principios, dudas. Y la protagonista del derrumbe de aquella certeza que impuso la historia oficial —que había sido asesinado por una tropa federal— no fue otra que Damasita Boedo, una joven integrante de una de las familias federales más relevantes de Salta.

***

Esta tragedia sucedió en la década del 40 del siglo XIX. Corrían los tiempos del segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires, con la potestad de la suma del poder público. El país estaba convulsionado, la contienda entre unitarios y federales había crecido a paso redoblado y en cada recoveco del territorio los ánimos se insuflaban. En la propia Buenos Aires se había gestado un movimiento de oposición a Rosas denominado

Libres del Sur, constituido por algunos hacendados del sur de la provincia que, a fines del 39, fue vencido en la batalla de Chascomús. Los «traidores salvajes unitarios» fueron perseguidos y muchas de sus tierras, confiscadas.

Durante el mes de octubre de 1840, las calles de la ciudad de Buenos Aires se tiñeron de sangre. Hubo varios linchamientos en la oscuridad de la noche —entre ellos siete unitarios— y se dijo que los había perpetrado La Mazorca, el aparato parapolicial rosista, que delataba y ajusticiaba a los enemigos del régimen.

Pero no todo se ceñía a la centralista Buenos Aires. En el resto del país también se agruparon para combatir al llamado «Tirano federal». Los unitarios del norte se organizaron en la Coalición del Norte y empezaron a controlar los gobiernos de Catamarca, Salta, Tucumán y Jujuy, buscando seducir al resto de las provincias de la región. Uno de los principales dirigentes era Juan Galo de Lavalle.

***

Huérfana desde pequeña, Damasita Boedo y sus dos hermanos mayores había sido criados por unas tías y un tío, todos pertenecientes al partido federal. Los Boedo estaban politizados. El tío Mariano Joaquín —muerto hacía un tiempo ya— había participado como representante de su provincia, en 1816, de la Asamblea llevada adelante en Tucumán, que había declarado la Independencia.

Los problemas comenzaron cuando Mariano, el hermano dilecto de Damasita y portador del mismo nombre del tío independentista, decidió unirse a las huestes combativas federales. Primero optó por adherirse a la fuerza del otrora coronel Latorre, devenido en gobernador interino de Salta y, después, decidió apoyar al movimiento separatista jujeño —que había elegido no entrar en la junta unitaria— bajo el mando del teniente José María Fascio. La provincia de Jujuy perseguía la independencia de Salta y qué mejor que montar el caballo para flamear la bandera de la libertad.

Mientras tanto, las tías Boedo buscaban candidato para

Damasita. Estaba en edad «de merecer». Sin embargo, la muchacha no parecía bien dispuesta. Prefería las tardes con primos y amigas, cabalgatas en buena compañía, que poco y nada tenían que ver con el intercambio amoroso. Extrañaba a sus hermanos, a quienes veneraba, y que habían partido a demostrar sus dotes guerreras. Damasita aguardaba con ansiedad el regreso a casa de Mariano y José.

Mariano, su hermano mayor, que ya lucía las charreteras de coronel, acampaba junto con su tropa en la frontera norte de Santiago del Estero. Ibarra, el gobernador de la provincia, era el último bastión federal del norte. Sin embargo, el peligro acechaba por todos los costados. El más artero era Lavalle, quien, a pesar de haber perdido la batalla de Sauce Grande y desertado a Corrientes, empezaba a acercarse. Todos desconfiaban de él, Mariano Boedo también.

En octubre de 1840, el gobernador de Salta, Manuel Solá —integrante de la Coalición del Norte— invadió Santiago del Estero gracias a la anuencia de Ibarra, que optó por hacerse el distraído. Lavalle, por su lado, se había internado en La Rioja, para luego recalar en Famatina. Estaba dispuesto a arrasar con todo aquel que se le pusiera en el camino.

Pero una tarde, en casa de los Boedo, llegó la peor de las noticias.

—La tropa ha caído presa.

Damasita dejó de respirar y como pudo preguntó por Mariano.

—Lo tienen separado junto con otros más. Lavalle ordenó su ejecución.

Un aullido de dolor inundó la sala. La joven se desvaneció. Al recobrar la conciencia, dio inicio al plan de venganza más visceral de la Historia argentina.

***

Lavalle hizo posta en Salta y buscó alianzas con el gobernador. El general unitario ya no estaba en condiciones de negociar. Se había

cansado de recibir órdenes, empezaba a desconfiar de casi todos. Y algunas acciones lo perseguían como espectro a niño en la madrugada. Aquel «¡Apunten, fuego!» que había susurrado el 13 de diciembre de 1828, propiciando el fusilamiento de Manuel Dorrego, le carcomía las entrañas. Había cumplido, había sido el ejecutor de todo lo que otros pergeñaban, pero metían poca mano. Él era un patriota: el honor ante todo, la ética y la moral por sobre las tropelías de los que odiaban su tierra.

Algunos camaradas lo miraban de reojo, «que Lavalle desvaría, sería mejor que anduviera lejos, que por algo es la espada sin cabeza», murmuraban. Tal vez ya lo habían usado suficiente, corrían tiempos en los que ya no les hacía falta.

Los habitantes de Salta se hicieron eco de la visita. En casa de los Boedo se supo que Lavalle deliberaba con Solá. Damasita no vaciló y se dirigió a la Casa de Gobierno. Los guardias intentaron detenerla, no hubo caso. La joven irrumpió en el despacho del gobernador y, dominada por la congoja le imploró a Lavalle que le perdonara la vida a su hermano. Se apuraron los oficiales, Damasita gritó clemencia, la sala se convirtió en un aquelarre.

Lavalle, sin levantar la mirada de la mesa, ordenó que sacaran a la desquiciada de ahí.

Mariano Boedo fue ejecutado en Campo Santo. Su hermana sintió que la muerte penetraba su carne. Juró en silencio que se vengaría en el promotor de aquel dolor infinito, Juan Galo de Lavalle.

Fueron días de un entramado al detalle, ocupó su mente con pólvora, sangre y agonía. Damasita lo persiguió en las sombras hasta que una tarde lo interceptó en la calle, ataviada con sus mejores ropas y afeites, y le ofreció sus servicios.

—Permítame acompañarlo en campaña, mi General.

—¿Quién es usted, mi señora? —preguntó sin reconocerla.

—Lo admiro tanto, mi General, quisiera cuidar de usted.

En la primera mitad del siglo XIX, era imposible que las mujeres participaran de los combates, que expusieran su vida en el campo de batalla. Salvo que fueran criadas, indias o mulatas y que su

ocupación fuera la asistencia de la tropa, la cocina y el cuidado de los enfermos. Unas pocas pudieron blandir fusiles y guerrear, las menos, como Juana Azurduy o la quiteña Manuela Sáenz, años atrás.

Lavalle quedó estupefacto ante la oferta de la dama. No era algo común. En un principio, denegó la propuesta. Pero ante la insistencia de Damasita se permitió dudar. Y la belleza de la joven hizo lo suyo. Lavalle era demasiado débil ante el encanto femenino. Accedió. Al preguntarle su nombre no reparó en el hermano ajusticiado. Eran tantos que perdía la cuenta.

La señorita Boedo integraría la fuerza comandada por Lavalle.

***

Damasita dejó una esquela en la casa dando pocos detalles, montó su caballo y siguió la caravana. Llevaba poco y nada en las alforjas, chiripá, camisa y casaca de varón para que su falda no inquietara a la tropa, y una tercerola bien escondida. El arma chica, que había aprendido a disparar y estaba dispuesta a hacerlo, iba camuflada entre sus pertenencias.

En la primera parada, Lavalle debió ser asistido. No se encontraba bien de salud. Allí aprovechó Damasita y se ofreció a cuidarlo. Armaron el campamento y la joven se transformó en su enfermera. Así pasaron los días, ella alimentándolo, cuidando que las fiebres no subieran demasiado, devenida en su vigía a la entrada de la tienda de campaña.

La imagen de su hermano muerto por culpa de ese hombre no la abandonaba nunca. Pero la relación con Lavalle empezó a modificarse. Quería cuidarlo, buscaba estar a solas con él. Y no solo porque el hambre de venganza la dominara; otra voracidad empezó a crecerle bien adentro. Terminaron liándose, se convirtieron en -amantes. Damasita se hundió en la pasión, se volvió loca de amor. Y su cuerpo deambuló entre el ansia asesina y la urgencia lasciva.

***

Lavalle combinaba los placeres de la carne con la estrategia militar. De día se reunía con sus hombres, de noche se entregaba a Damasita. Cuando se hacía un tiempo y a escondidas, le escribía a su esposa y madre de sus hijos, la mendocina Dolores Correas.

Los primeros días de octubre, el general, sus hombres y una mujer emprendieron la marcha para intentar una resistencia de dudoso resultado en las quebradas de Jujuy. El día 8 por la mañana les llegó la noticia de que algunos comandantes jujeños, que habían creído aliados, aguardaban a Lavalle para tomarlo prisionero.

Al atardecer entraron en la ciudad, Jujuy era un pueblo fantasma, nadie en las calles. Lavalle necesitaba una cama para pasar la noche. Golpearon algunas puertas, del otro lado no hubo respuesta. Le sugirieron que se llegara hasta la casa de un tal Zenarruza. Deambularon unas horas más y a las dos de la mañana encontraron alojamiento. El rancho podía albergar a unos pocos, el resto cabalgó hasta un descampado cercano. El general eligió a uno de sus hombres y lo plantó como centinela, a la entrada. El secretario y el edecán se instalaron en las habitaciones del frente, a ambos lados del zaguán; él y Damasita dormirían en el último cuarto corrido. La muchacha no podía disimular las lágrimas. No eran de tristeza. La emoción y la ansiedad por lo que estaba presta a realizar no le daban paz.

***

El 9 de octubre de 1841, cuenta la historia oficial que una pequeña partida federal, presidida por el comandante Fortunato Blanco, descubría que el hombre que se guarecía de los peligros de la madrugada no era otro que el enemigo público número uno, don Juan Galo de Lavalle. Y que al balear la puerta que lo albergaba, una bala había tenido la suerte suprema y puntería suficiente de atravesar limpio el ojo de la cerradura para impactarle, con precisión, en la garganta del unitario. Y matarlo en el acto.

En el siglo XX, otra línea historiográfica liderada por José María Rosa, revisó los hechos y conclusiones, y aportó otras afirmaciones. En su libro *El cóndor ciego* desarrolló una investigación en la que planteaba dudas acerca de lo dado hasta ese momento. A partir de un despliegue casi policial, concluyó en que era imposible que una bala penetrara limpia por la cerradura, que también era imposible que atravesara la puerta de madera, y que le pegara en la garganta. ¿Lavalle era diminuto? No.

Rosa arribó a la conclusión de que esa muerte era falaz, que los motivos del deceso de la espada unitaria eran otros: un suicidio. Lavalle oscilaba entre melancolías que lo tumbaban y excitaciones que lo elevaban a estadios propios de un maníaco depresivo. La opción que se barajó en las sombras fue que Damasita Boedo, su amante, le había disparado, vengando la muerte de su hermano.

Nada menos honroso para un militar de fuste que una muerte perpetrada por una mujer. Los hombres no mueren en manos de una señora.

***

El general Pedernera, leal de leales, entró en el cuarto del disparo. Damasita temblaba como una hoja, el cuerpo de Lavalle, tirado en el piso, estaba bañado en sangre.

—El general ha muerto —dijo en un hilo de voz y rompió en llanto.

Sin titubear, cruzaron el cadáver de Lavalle sobre una mula y emprendieron la procesión dolorosa hacia el norte. Sus fieles y una mujer. A mitad de camino, pararon a la vera del arroyo Huacalera, desmembraron el cuerpo putrefacto y hediondo, y arrojaron las vísceras al agua. Envolvieron la cabeza con un pañuelo blanco, colocaron el corazón en una vasija de aguardiente y siguieron camino, escapando hacia el norte de la avidez federal. Necesitaban llegar a Potosí.

Damasita lloraba desconsolada, velando como una suerte de Juana la Loca criolla la pasión de su vida.

Deambuló un tiempo por Potosí, escapando del fantasma de la persecución. Encontró amparo en casa de una amiga de la infancia, Juana Manuela Gorriti. Se convirtió en la amante del ministro plenipotenciario de Chile, don Guillermo Billinghurst Agrelo. Su honra estaba marcada.

Los últimos años de su vida, ya de regreso a Salta, los pasó recluida en el convento Nuevo Carmelo de San Bernardo, a la busca de la cura de sus heridas. Había abrazado el misticismo.

El amor y la venganza, para Damasita, habían sido la misma cosa.

6

Margarita Di Tullio, la pistolera
(Florencia Etcheves)

Madrugada del 25 de agosto de 1985, Mar del Plata. El ruido de la puerta de calle la despierta. Sin abrir los ojos, tantea el costado de la cama. Guillermo duerme a su lado, como cada noche.

Pasos en el pasillo, otro portazo, los cristales del ventanal estallan. Ahora sí, abre los ojos. Guillermo lo hizo segundos antes y le ordena en susurros: «Agarrá la máquina». Margarita obedece. La máquina no es otra cosa que su arma, la que la protege más que la virgencita de Luján.

No llegan a levantarse; la puerta del dormitorio se abre de golpe. No es uno, no son dos, son tres los intrusos.

—La guita, Marga —dice uno.

—Agarren lo que encuentren y se van —responde ella.

—Sí, pero antes te vamos a violar —advierte el segundo.

La amenza de violación le deja el cuerpo helado y la lengua caliente.

—Te voy a matar, hijo de puta —grita.

Ninguno sabe que Margarita Graziana Di Tullio está a segundos de convertirse en Pepita, la pistolera. Ella no amenaza a nadie con algo que no sea capaz de cumplir. Y ella es capaz, ella cumple.

Saca el arma de entre las sábanas y empieza a disparar. Cae uno, cae el otro; el tercero también cae, pero se levanta y de un salto se arroja sobre el cuerpo de Margarita.

Ella logra zafar un brazo, le apunta a la cabeza y murmura:

—Te tiro.

Y tira.

***

El nacimiento de Margarita, en el invierno marplatense de 1948, causó desilusión en Antonio, su padre, que esperaba ansioso la llegada de un varón. Sin embargo, en el fondo de su corazón supo que a esa bebita tenía mucho para enseñarle. Y lo hizo.

Las primeras lecciones tuvieron que ver con dos cuestiones que, según él, toda mujer debía saber: defenderse con sus propias manos y hacer dinero. Y la niña Margarita fue una gran alumna: se enfrentaba a golpes de puño vestida de varón con cuanto niño se le animara y cobraba por cada pelea. Muchos dicen que también, como quien no quiere la cosa, se llevaba al bolsillo las limosnas que los fieles dejaban en la gruta de Nuestra Señora de Lourdes.

Años más tarde, Antonio le dio la más trascendental de las lecciones: el manejo de armas de fuego. No supo el padre que con esas clases estaba forjando el mito más fascinante de la crónica policial marplatense: el de Pepita la pistolera, la Reina del Hampa.

***

Se viste con unos pantalones de jean, un suéter gris, un chaleco de cuero negro y las zapatillas azules, las de siempre. Se arregla con rapidez el cabello, usa el vidrio de un mueble como espejo y estira ambos brazos.

Un policía ajusta las esposas en las muñecas de Margarita. Antes de salir de su departamento rumbo a la comisaría, echa un vistazo: en el piso, los tres cuerpos, que una hora antes la habían violentado, siguen allí tirados, inertes.

En la comisaría la miran, murmuran por lo bajo. Piensan que se termina el reinado de Margarita Di Tullio en la noche marplatense. Ella que había logrado copar el manejo de los boliches del puerto de Mar del Plata, estaba ahí, frente a un cadalso que se había fabricado a balazos.

—Yo los maté a los tres —sostiene con una tranquilidad pasmosa.

—Los peritajes arrojan otra cosa: vos mataste a dos y tu marido al tercero —contradice el comisario.

—Guillermo no mató a nadie, fui yo. Meteme presa a mí. Alguien tiene que quedarse con los chicos —dice, acostumbrada a dar órdenes.

Sus dos hijos chiquitos son su vida. Margarita no los va a dejar

tirados. Aunque tenga que vivir entre rejas.

—Decí la verdad —insiste el comisario.

Margarita repite el ataque que sufrió como si haberlo vivido una vez no fuera suficiente.

***

Los cadáveres de los hermanos Mariano y Alejandro Lozada y de Américo Córdoba estaban en la morgue cuando Margarita se plantó ante la policía con su verdad: sus exempleados habían entrado en el departamento para robarle dinero y para violarla. «Yo solo me defendí», aseguró. (1)

Del lado de las víctimas, la versión era bien distinta: Margarita y su marido Guillermo debían dinero de una indemnización y emboscaron a los tiros a sus acreedores para evitar el pago.

Tiempo después la justicia determinó que Margarita y Guillermo habían actuado en un exceso de legítima defensa y quedaron libres. Pero, Margarita yo no era Margarita, sino «Pepita, la pistolera», apodo que ella detestaba. Decían que dormía con dos armas bajo la almohada, que cuando limpiaba su casa siempre lo hacía con un revólver en la cintura, que de joven se había enfrentado, ella sola, a tiros con un grupo de policías y los había puesto en fuga.

Y ella hacía uso de un don que acrecentaba su propia leyenda negra: negaba y afirmaba al mismo tiempo, con un mismo gesto, con una caída de ojos, con una sonrisa inquietante. En ese entonces, tenía toda una vida por delante para fabricarse sus propios recuerdos.

Margarita se enamoraba, lloraba por amor, abrazaba a sus hijos como si fueran pichones y peleaba por lo suyo, pero era Pepita la que se subía al ring para plantar cara por ella.

Los 90 fueron los años de crecimiento económico. Porque Margarita no solo era buena con las balas, también lo era con el dinero y, sobre todo, con las oportunidades. Logró reinar en el mundo de la noche y de la prostitución, un mundo que parecía estar reservado solo para los hombres.

La mecánica del negocio de la pesca había tenido, en ese entonces, un cambio brutal: barcos más tiempo en alta mar; menos en las pesqueras. La calle 12 de octubre, el reino de Margarita, se llenó de extranjeros, hombres de mar coreanos y rusos. Ella supo capear la tormenta: convirtió su boliche, el mítico Neisis, en un karaoke; unió a sus otros bares Rumba y el Gran Chaparral y creó el Play Girls, e inauguró el Neisis II.

Más de cuarenta chicas trabajaban como coperas en sus bares. Muchas llegaban desde las provincias a ganarse la vida con el turismo de la costa; otras eran locales que, después de mucho poner el cuerpo en la calle, buscaban un lugar de referencia. Y Margarita fue eso: referencia y, para muchas, refugio.

***

—¿Qué hacés vestida así? —pregunta Margarita a los gritos, y el vozarrón pone en alerta al grupo de chicas que prestan atención desde una de las mesas del Neisis.

—Nada —responde Solange, un poco con miedo; otro poco con sorpresa.

Margarita levanta una mano y ese gesto es suficiente. Las chicas se acercan. Y ella, un poco como madre y otro poco como jefa, da un discurso:

—No quiero que nunca más me vengan vestidas con zapatillas, ropa deportiva y gorritas. Ustedes no son empleadas de un comercio ni costureras ni barrenderas: son putas. Y tengan orgullo de eso. Ustedes venden fantasías y tienen que estar lindas. No hay mujeres feas si se arreglan un poco. Y si no tienen ganas o no les gusta, ahí está la puerta. Son libres, nadie las ata.

Apoyada en el borde de la puerta de calle, una mujer escucha con atención. Un solero de color negro destaca unas curvas voluptuosas que tuvieron tiempos mejores. Sandalias doradas altístimas y el cabello de un rubio artificial atado en una cola alta. El maquillaje impecable no logra disimular el cansancio, la derrota. Aunque se esfuerce durante horas frente al espejo, a Nemeca se le nota lo vencida.

Sin pedir permiso —nunca pide permiso—, entra en el boliche y se planta frente a Margarita, que desde el primer paso no le quita de encima una mirada desconfiada.

—En otra vida fui profesora de literatura y en esta soy puta —arranca con una seguridad pasmosa—. Puedo enseñar a leer, a escribir y a coger. Nadie sabe hacer en la cama lo que hago yo. Pero tengo 50 años, parece que soy vieja, nadie me da trabajo. Y necesito trabajar.

Como respuesta, Margarita se acerca y la abraza. «Bienvenida», le susurra al oído.

***

Margarita supo sortear con habilidad cada una de las acusaciones que la policía y la justicia montaron a su alrededor. Muchas de esas cuestiones tuvieron que ver con los hombres de los que se enamoró y estuvieron a su lado durante años. Con algunos tuvo hijos; con otros, negocios. Amó y mató con la misma eficacia.

Corría el año 1995 y un muchacho más joven, que acababa de salir de cumplir condena en el penal de Batán, la volvió loca de deseo. En ese entonces hablar de Margarita Di Tullio o de «Pepita, la pistolera» era la misma cosa: una mujer peligrosa a la que convenía tener de amiga o lejos. Sin embargo, Pedro Villegas no se amedrentó y se lanzó a la conquista de la reina del hampa. Lo logró. No sabía que dos años después, en las portadas de los diarios, tanto él como sus amigos iban a ser identificados como «los Pepitos», una especie de «paquitas», pero sin Xuxa, sino con Pepita como jefa.

El 25 de enero de 1997 apareció asesinado, a 100 kilómetros de Mar del Plata, José Luis Cabezas, fotógrafo de la revista *Noticias*. El impacto de ese crimen a sangre fría fue atroz y las derivaciones, impensadas.

El clamor popular exigía una rápida resolución del crimen. Carlos Redruello, un informante policial, se acercó a la justicia con una fábula que muchos quisieron creer. Dijo que había estado infiltrado en el círculo íntimo de Margarita y la acusó a ella, a su pareja Pedro Villegas y a unos amigos de ambos de haber matado a

Cabezas. «Tenemos que sacar del medio al chabón de *Noticias*», declaró haber escuchado de boca de Pepita y sus «pepitos».

El allanamiento y las detenciones no se hicieron esperar, muchos funcionarios declaraban exultantes que todo estaba resuelto. Meses después la Cámara de Apelaciones puso las cosas en su lugar y determinó que todo había sido un montaje vergonzante y Margarita y «los pepitos» recuperaron la libertad.

No había pasado un año cuando la crónica policial marplatense la volvió a tocar de cerca. Una seguidilla de asesinatos de prostitutas conmovió a la opinión pública. A ese *killer* misterioso se lo conoció como «El loco de la ruta» y Margarita tuvo que calzarse el disfraz de Pepita para cuidar a sus chicas. Todas estaban en riesgo. Montó un operativo casero de cuidado y alertas para que, entre ellas, se cuidaran y se avisaran sobre cualquier cliente extraño que quisiera llevarlas a lugares alejados y solitarios. Sin embargo, en las rutas seguían apareciendo los cuerpos tajeados de las mujeres.

Hasta que el aliento del dragón llegó a uno de los boliches de Margarita: las piernas de una mujer fueron encontradas a la vera de la ruta 88, cerca del barrio Las Heras; unos días después, otras partes del mismo cuerpo. Pudieron identificarla por sus tatuajes y pertenencias: era María del Carmen Leguizamón, una de sus chicas.

Quienes la conocieron recuerdan que el asesinato de María del Carmen la dejó devastada. Ella, Margarita, la que siempre cuidó de todos, no había podido cuidar a una de las suyas.

***

Le duele la rodilla derecha, tantos años de vivir junto al mar no son gratis. A los huesos les sucede lo mismo que a las estructuras de los edificios: el salitre los corroe.

Pasa un trapo sobre la mesa, el mantel de nylon celeste queda impecable. Huele a lavandina. Margarita se sienta y achina los ojos. La rodilla no afloja. (2)

—Yo tengo que escribir un libro, mi libro, con mi historia, con mis

cosas —dice y asiente para reforzar su convicción—. Tiene que empezar con la historia de Mirtha Legrand, sí con eso va a empezar. ¿Nunca te conté lo que hice en la mesa de Mirtha? Fue genial. Yo me había puesto una pilcha linda, de noche, elegante. En esa época me había cortado el flequillo y me lo peinaba para arriba con gel, ¿ves? Así me hacía, así, taca, taca, taca y me quedaba divino, me afinaba la cara. Bueno, resulta que yo había llevado cocaína en la carterita esa de lentejuelas que uso para salir y mientras Mirtha le hablaba a la cámara, yo despacito, como quien no quiere la cosa, metí la mano en la carterita y, con disimulo, agarré la merca con la uña del meñique y aspiré ahí mismo, en su cara…

Margarita larga la carcajada, los ojos se le llenan de lágrimas de risa.

—Fue una locura, me arrepentí de eso, eh. Mirtha un amor, no se dio cuenta y en el corte me preguntó si me picaba la nariz, muy atenta. No estuve bien, pero bueno, viste cómo son las cosas. Yo acababa de salir de la cárcel, no fue joda haber estado presa por el crimen de un fotógrafo cuando sos inocente y además, andaba en cualquiera. Una pelotudez, pero para arrancar el libro es lindo, ¿no? Ayer pensaba mucho en ese día y también pensaba en que cuando me muera no quiero que me lloren como pelotudos, quiero que hagan una joda, sí, una joda linda, grande. Y champán, eso quiero. Que tiren champán sobre mi tumba. ¿Qué me ponés esa cara? Sí, hay que dejar las cosas resueltas. Ya me siento cansada, pero igual resisto, como siempre. La resistencia siempre le cae bien a la gente.

***

Margarita Di Tullio murió a los 61 años, el 30 de noviembre de 2009. Debería situarse en ese momento el final de la noche marplatense tal como se la conoció hasta ese día. Unos meses antes había tenido un ACV del que no logró recuperarse.

Y hubo fiesta. Y hubo cumbia. Y hubo joda en los boliches del puerto. Dicen que, en muchos barcos, los marineros dejaron las banderas a media asta en homenaje a la mujer que les dio sus

mejores noches.

Y hubo champán caro sobre su tumba. Y hubo un altarcito con velas, sobres de condones y un par de consoladores de goma. Y hubo, sobre la barra del Neisis, una foto enorme de Margarita.

***

Nemeca agarra el micrófono y pide un minuto de silencio para Margarita. Todos obedecen.

Con una voz suavecita canta la canción que tanta gracia le hacía a su amiga, esa canción que muchas veces cantaron juntas y borrachas caminando por el puerto de Mar del Plata. Una canción mexicana viejísima, «Pepita, la pistolera»:

> *Pues ya llegó la fiera/ Pepita, la pistolera/ mis pistolas lanzan fuego, pero son mis ojos los que matan de verdad./ Tengo mi propio cementerio/ de los hombres que cayeron por mi forma de mirar./ Pepita, la pistolera/ es más fiera que las fieras/ no hay trampa pa' enamorar.*

---

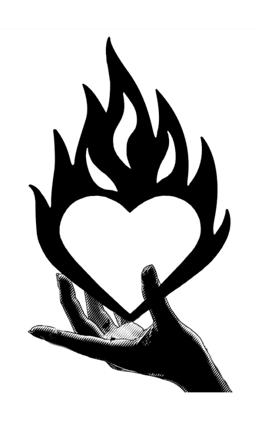
1. Fernando del Río, dossier «Pepita, la pistolera», Archivo diario *La Capital*, Mar del Plata.

2. Rodolfo Palacios, «La leyenda negra de "Pepita la Pistolera"», *Infobae*, 15/4/2018.

PARTE II

Las que aman, las que odian

(Florencia Freijo)



Cuando [la mujer] hacía las camas, la compra, ajustaba las fundas de los muebles, comía sándwiches de crema de cacahuete con sus hijos [...] y se acostaba junto a su marido por las noches, le daba miedo hacer, incluso hacerse a sí misma, la pregunta nunca pronunciada: «¿Es esto todo?».

BETTY FRIEDAN

A las mujeres se nos educa en una promesa social que radica básicamente en que, si somos «buenas», vamos a ser amadas. Y si somos amadas, seremos felices.

La cantidad de prácticas que hemos naturalizado para lograr esto exigen un esfuerzo descomunal: cognitivo, emocional y, por supuesto, económico. Podemos mencionar la carrera para ser bellas, flacas y mantenernos jóvenes; o para ser sexuales y sensuales mientras en paralelo sostenemos el modelo de la mujer servicial, cordial, amable y alegre que vemos en todas las publicidades. Las mujeres buenas no se enojan, no gritan, no se quejan. Sonríen o «responden con altura». Siempre se nos termina exigiendo un comportamiento ejemplificador, se nos pide que nos comportemos «como una dama», y mientras guardamos la compostura, se nos sigue cargando con una lista de tareas que al final del día nos desarma.

La narrativa sobre el amor se construye como algo irracional, como esa magia que nos conecta con una especie de propósito divino: una fuerza pseudo misteriosa que nos transforma y nos eleva, o que nos lleva a lugares oscuros de los que parece que no podemos salir porque allí hay algo que no podemos manejar. Pero, además, se construye un imaginario donde si el amor radica en una mayor devoción de un sujeto al otro —en general, de la mujer hacia el hombre—, es más verdadero.

En primer lugar, hay que desterrar la idea de que el amor no duele, dado que el ejercicio de amar se trata justamente del abandono de una parte del yo, para compartir en un nosotros. Una

renuncia que, por supuesto, puede traer aparejadas cuotas de dolor, o lo que prefiero llamar tensiones. Si el compartir en un vínculo no tuviera un momento de renuncia de ese «yo», sería inviable. Pero el problema es que se ha naturalizado una concepción del amor «con dolor», como un sufrimiento irracional que lo hace más válido, donde no se pueden poner condiciones, ni se puede siquiera pensarse dentro de una relación que no sea a través de la pérdida completa y total de quien se es.

Por supuesto que estas narrativas van cambiando, pero es más que frecuente encontrar, incluso de manera inconsciente, esta idea de que, si el amor duele, es más real, que solo surge si el sufrimiento es el camino.

Este amor que duele tiene una línea histórica. Surgió como un mandato que funcionó cual corsé simbólico para el comportamiento de las mujeres. En este sentido, es fundamental entender el concepto de sacralidad alrededor del concepto del amor. A las mujeres se nos va a pedir que seamos esas vírgenes que le lavan los pies a Cristo, a los enfermos y a los ladrones en el camino al purgatorio. La abnegación será fundamental, no para parecer que amamos más, sino para parecer que somos así buenas mujeres, porque estamos cumpliendo con nuestro mandato biológico. Las «buenas mujeres» no son racionales, no son violentas, no buscan poner condiciones, no hablan de dinero, eso no les debe importar. Las buenas mujeres aman, y con su amor transforman el mundo.

Ahora bien, cabe preguntarse ¿cómo llegamos a esta narrativa? Y es que las vivencias del orden del amor, relacionadas a la abnegación, el servicio y la entrega, tuvieron como principal fin nuestra sobrevivencia. Las mujeres hemos tenido que amar sin condiciones como forma de ascenso social, para acceder a nuestro estatus de ciudadanas, para que nuestra reputación no se dañara, y sobre todo, para sobrevivir a los distintos embates de cada época. Al día de hoy, muchas mujeres continúan sujetas a relaciones sexoafectivas por la necesidad de supervivencia económica, el sostén de sus hijos o el acceso a un hogar. Esto ha sido tan estructural en las relaciones sociales que cuesta desarmarlo, incluso

aunque desde hace un siglo hemos estado luchando y logrando grandes avances en nuestra autonomía económica y política.

Con este amor venía aparejada, además, la idea de reproducción, de dar hijos como reflejo de esa abnegación. Y las tareas domésticas, claro, como una forma de cuidados que pertenecían a un supuesto capital intercambiable por protección. Las que no se casaban, terminaban en la deshonra, el exilio o la prostitución forzada. Algunas optaban por la vida en claustros religiosos.

Durante un período pequeño de tiempo, durante la Edad Media, las que no quisieron cumplir con estos mandatos se organizaron y formaron el movimiento de los beguinatos por toda Europa —que veremos en una de las historias de la tercera parte del libro—, no obstante, rápidamente fueron llamadas a sus labores amatorias, es decir, domésticas, so pena de ser acusadas de herejía. Fue un breve período en la cantidad de siglos durante los cuales buscar un marido fue nuestra única puerta a un poco de protección social. Recordemos que las mujeres no hemos sido sujetas de derecho hasta entrado el siglo XIX —y a cuentagotas— por lo que asegurarse un marido, y «mantenerlo contento» era el mejor camino posible para sobrevivir.

Las formas de control hacia la vida de las mujeres se institucionalizaron con las distintas organizaciones sociales que se fueron complejizando a través de los años: la familia, el matrimonio, la religión formaron parte clave de la bajada de un código de comportamiento que definía a las «buenas mujeres». Un proceso necesario de domesticación, ya que se necesitaba que básicamente la mitad de la población se quedara en casa cuidando: ellos hacían el mundo, nosotras el almuerzo. Ellos tenían la potestad de odiar, de ejercer la violencia, nosotras curábamos las heridas. A las mujeres se nos educa para focalizar nuestros recursos en «conseguir un amor» o en superar «la falta que sentimos» si no lo tenemos. Y en nombre del amor vivimos situaciones extremas.

Los varones, aún hoy, han crecido con modelos de mujeres que estaban disponibles para ellos —la madre, la seño del cole, la abuela, etc.— y esta división social de las tareas también sigue

socavando las figuras de proyección que tenemos luego para elegir a quiénes amar. Ellos aún esperan esta segregación horizontal en sus parejas: esperan un «modelo» de madre, un «modelo» de mujer en la cama, un «modelo» de novia/esposa. No de forma consciente, pero cuando se les pregunta sobre los atributos de sus parejas, seguramente respondan con una verdadera oda a la mujer que todo lo puede… todo lo doméstico, claro. Y también seguramente rechacen a aquellas mujeres que alzan la voz por lo que les gusta y lo que no les gusta, que no buscan decirlo con una sonrisa en la boca para que suene más suave, aquellas mujeres que se animan a hablar de dinero y de cómo su vida se empobrece, por ejemplo, cuando maternan. En general esas mujeres que enuncian la desigualdad no son atractivas para la mayoría de los varones.

Esta es una sociedad que sigue rechazando a las mujeres que se manifiestan enojadas con sus condiciones materiales y sociales de existencia. A las que están decididas a poner en jaque lo que se espera de ellas, a aquellas que deciden no callarse más, las espera el castigo de la mirada social inquisidora. Serán las «jodidas», las resentidas, las «vividoras», las infelices, ya que «calladita te ves más bonita».

Sigue aún hoy muy activa la idea de que las mujeres estamos relacionadas con la divinidad, lo mágico y lo etéreo, pero sobre todo seguimos muy vinculadas a la espera de la amorosidad y al concepto de entrega y disponibilidad. Aún hoy se considera que las mujeres encarnan no solo el servicio, sino también al amor, como si fuéramos las encargadas pedagógicas de enseñarlo y brindarlo, y no solo se considera de forma tácita, sino que hay un montón de imperativos culturales y educativos que nos forman para eso. La industria cultural sigue diciéndonos a las mujeres que, si amamos demasiado, amamos mejor; pero, sobre todo, que seremos mejores mujeres, ya que responderemos al ideal de lo femenino que tiene como premio el camino al paraíso: ser amadas.

Las instituciones que han regulado la vida amorosa —la religión a través de sus distintos cultos, la familia como espacio de aprendizaje normativo, la industria cultural y las instituciones

educativas— nos han dicho y nos siguen diciendo cómo tenemos que amar en función de si somos mujeres u hombres. Nos siguen hablando del amor heterosexual como finalidad en el desarrollo de una persona. También de la entrega emocional, física y psíquica, sin condiciones, como atributo de la femineidad y de la belleza, y nuestro supuesto capital erótico y sexual como el mecanismo para «encontrar el amor».

Ya desde la Antigüedad los relatos han tratado de explicar la necesaria domesticación de las mujeres. Por ejemplo, en su *Política*, Aristóteles afirmaba: «Y también en la relación entre macho y hembra, por naturaleza, uno es superior y otro inferior, uno manda y otro obedece. Y del mismo modo ocurre necesariamente entre todos los hombres». En la *Ética de Nicómaco*, también de Aristóteles, se lee: «En todas las amistades en las que interviene un elemento de superioridad, hay que amar según una ley de proporción: el mejor debe ser más amado de lo que él ama». El amor no como categoría romántica, sino como una condición de «cuidado y protección» hacia el ser superior, que por supuesto era un hombre.

Las mujeres hemos sido educadas en creencias que aún nos ubican como dependientes de la necesidad de protección del varón, y ante esto, se construye una falsa idea de complementariedad, del amor como un intercambio funcional de elementos distintos.

A las mujeres se nos educa para focalizar nuestros recursos en «conseguir un amor» o en superar «la falta que sentimos» si no lo tenemos. Por nuestros recursos me refiero a la cantidad de cosas que vamos a tener que capitalizar: nuestro erotismo, la búsqueda de la eterna juventud, nuestro consumo de una industria que nos enseña *cómo gustar*, la formación en la inteligencia emocional, en ser comunicativas, en ayudar a los hombres a conectarse con el amor, en esta idea errada de que ellos tienen una naturaleza biológica poco afectiva, etc. Pero el *ejercicio del amor*, es decir el esfuerzo que le dedicamos a que una pareja sea equilibrada y de apoyo mutuo, termina drenando nuestra voluntad, y nos quita campo de visión y claridad para la toma de decisiones, dado que el peso que le ponemos a la pareja en nuestras vidas se termina

llevando desde temprana edad toda nuestra atención.

¿Cómo vamos a demostrar que amamos demasiado, para ser consideradas «buenas mujeres»? A través del concepto de *prueba de amor*. Esta «prueba de amor» ha sido un acuerdo implícito, sobrentendido a través de los años, que buscará circunscribir el comportamiento a un tipo de acción específica, para demostrar nuestro rol como buenas mujeres. Estas pruebas han tenido una metamorfosis dada por los distintos cambios sociales, pero su naturaleza descansaba en mostrarnos cien por ciento disponibles, ser monógamas, dejar de frecuentar espacios públicos o de relacionamiento con otros varones. Es decir, limitar la cantidad de interacciones sociales. También tener como único tema el análisis de la pareja y mostrarnos devotas hacia ella.

Es decir, tácitamente, hay una idea de que la «prueba de amor» está relacionada a dedicar la totalidad de nuestro tiempo al sostenimiento de esa relación.

Pero, además, se nos ha pedido que en el camino encarnemos el sufrimiento. Esta idea de ser mártires, que en el camino hacia la crucifixión simbólica de quien se inmola por amor, elige el dolor como valor, como camino al paraíso. Cuando la frase «sin tetas no hay paraíso» se volvió popular por la novela homónima, lo que en realidad reflejaba es esta idea de que «sin dolor no hay cielo que ganar». Lamentablemente, a las mujeres se nos ha impuesto esto como el camino necesario para ser amadas.

Este modelo de mujer sufriente que ama lo veremos en esta segunda parte encarnado en las historias de Remedios, Frida y Agatha. Sin embargo, nos plantean un giro de guion, porque a su manera, en este mandato de sufrientes, buscaron gozar de su sexualidad o profesión. Pero lo más importante es que son modelos de mujeres que rompieron con esta idea de que la totalidad de su tiempo solo estuviera abocada a las tareas de abnegación por un único objetivo, el amoroso.

Tres mujeres de distintas épocas, pero todas han sido en algún momento catalogadas como abnegadas, devotas o que perdían la cabeza por sus amados. Remedios pudo ser autónoma en su deseo

de con quién casarse, pero también con quién acostarse. Sospecho que la única razón por la que no trascendieron las impertinencias de la época ha sido porque esto se consideraba deshonroso para el general San Martín. Frida, aunque reconocida en su campo y como militante política, tomó también el papel de la abnegada sufriente, pero eso no le impidió tener sus amores secretos, entre sus odas públicas constantes al dolor y a la admiración hacia Diego Rivera. Agatha Christie sí que un día perdió la cabeza por amor, o al menos así lo titularon los diarios cuando, huyendo del desamor de su marido infiel, tuvo un accidente y dejó su auto abandonado.

Las vidas amorosas de estas, y otras tantas mujeres reconocidas en sus disciplinas, han estado igualmente signadas por la devoción para no ser consideradas mujeres «anormales», y esto arroja a la luz cuán importante es la expresión pública del código ético que se espera de nosotras. Algo así como una especie de aprobación tácita que la mirada social debe darnos, para mientras tanto seguir ejerciendo nuestras profesiones y a la vez tener una buena reputación. Lo que se espera del «amor de las mujeres» se resume a la perfección en esta frase de la periodista Gloria Steinem: «Todavía me hace falta escuchar a un hombre pedir consejo sobre cómo combinar el matrimonio y una carrera». A ellos no se les pide que sean profesionales del amor y a su vez, profesionales en otras áreas, por ende, poco importa cómo esta combinación repercute en sus vidas. Para nosotras, decidir no ser profesionales en el amor, o, mejor dicho, cultivar otras áreas en simultáneo, representará una tensión que nos agotará en el camino.

Soy consciente de que hoy Remedios podría tal vez tener un amante sin tanto escándalo, o que Frida hablaría de amor libre y parejas abiertas en las redes sociales sin ningún tabú. Claro que los tiempos —por suerte— han cambiado. Sin embargo, estos nuevos tiempos conviven en tensión con lo que siempre se ha esperado de nosotras. Se habla del «fin del amor», de que ya no es lo que era antes, de que ahora las relaciones son más complicadas. Si bien es cierto que han aumentado variables como la constante oferta de historias de amor «a la carta» gracias a las apps de citas, o la

complejidad de los vínculos en la era de la pérdida de la intimidad pues todo es plausible de ser compartido públicamente, también es cierto que la principal tensión es el enorme cambio que hemos hecho las mujeres respecto a nuestras propias expectativas.

Las mujeres no solo estamos aprendiendo a poner condiciones, sino que ya no nos pesa tanto esa mirada social que nos catalogaba como infelices o frustradas, ni ese nefasto arquetipo de la ama de casa frente al televisor. Estamos aprendiendo que la ama de casa sostiene el hogar y los vínculos, cría y forma personas. Le estamos dando valor a las tareas de cuidados que históricamente han sido para nosotras de tiempo completo, y al darle valor social, estamos aprendiendo el valor sobre nosotras mismas. Cambiaron las reglas del juego, y ahora las mujeres también podemos decidir que amar no puede llevarse nunca por delante nuestra vida.

7

Remedios de Escalada, la infiel

(Florencia Canale)

Para los libros de historia, Remedios de Escalada siempre fue «la abnegada esposa de José de San Martín». Así se la presentó en los libros de Historia. Nadie discute que haya ocupado un lugar secundario ante la inmensa gesta del Padre de la Patria, pero de ahí a colocarla en el reclinatorio de la abnegación… hay una gran distancia.

Remedios de Escalada de abnegada no tuvo nada. Hija de uno de los comerciantes más ricos del Río de la Plata, fue siempre su consentida. Sin embargo, a principios del XIX eso no garantizaba demasiado. Las reglas eran claras para la descendencia femenina: se las preparaba desde pequeñas para el matrimonio, que siempre era arreglado por los padres. Se elegía un candidato acorde en linaje y dinero, y las casaderas acataban sin dignarse a vacilar. El amor no era una condición *sine qua non*, la conveniencia, sí.

Cuando Remedios tenía 14 años, don Antonio de Escalada y doña Tomasa de la Quintana decidieron que el marido adecuado era Gervasio Dorna, un joven de buena familia, y sobre todo comerciante. Los dineros estaban asegurados. Empezaron los intercambios familiares y Remedios entró en estado de alerta. El elegido no le gustaba, pero sabía que su reclamo no sería contemplado.

***

El 9 de marzo de 1812, una fragata extranjera atracó en el puerto

de Buenos Aires. Y a los días, la *Gazeta de Buenos Aires* dio la noticia:

> El 9 del corriente ha llegado a este puerto la fragata inglesa *Jorge Canning* procedente de Londres en 50 días de navegación: comunica la disolución del ejército de Galicia, y el estado terrible de anarquía en que se halla Cádiz dividido en mil partidos, y en la imposibilidad de conservarse por su misma situación política. La última prueba de su triste estado son las emigraciones frecuentes a Inglaterra, y aún más a la América Septentrional. A este puerto han llegado entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería don José de San Martín.

Junto con el futuro prócer argentino llegaron varios hombres más, entre ellos, Carlos de Alvear. El periódico afirmaba que habían venido a ofrecer sus servicios al gobierno y habían sido recibidos con la consideración que merecían, por los sentimientos que prodigaban a los intereses de la Patria.

San Martín puso manos a la obra, organizó el Regimiento de Granaderos a Caballo e instaló la Logia Lautaro. Eran tiempos de sociedades secretas, agrupaciones clandestinas en las que se deliberaban las nuevas ideas importadas de Europa. A fines del siglo XVIII y tras la Revolución Francesa, los nuevos conceptos de fraternidad, igualdad, pero sobre todo libertad, habían viajado al continente americano insuflando el deseo en algunos y la furia en otros.

El teniente coronel debía establecerse en la ciudad para llevar adelante su plan de liberar América del yugo realista. Pero no solo del trabajo vive el hombre, un domingo, a la salida de misa en San Miguel Arcángel —parroquia aún en pie, situada en Bartolomé Mitre y Suipacha—, José de San Martín conoció a la familia De Escalada. Su camarada Alvear hizo las presentaciones pertinentes —ya conocía a don Antonio— y hubo alguien que lo deslumbró. Tras los saludos de rigor y una invitación de parte de Escalada para que concurriesen a la tertulia que ofrecía en su casa y las despedidas,

San Martín le confió a su amigo:

—Esos ojos me han mirado para toda la vida.

Se decía que al teniente coronel le urgía establecer relación con lo más mentado de Buenos Aires, que los contactos con la sociedad porteña eran indispensables para llevar adelante su plan.

***

Remedios y José empezaron a frecuentarse en reuniones, tertulias y demás. También hubo ida y vuelta de esquelas —gracias al oficio de la criada que oficiaba de correo secreto— que los comprometió bastante. Sobre todo, porque la jovencita estaba prometida a otro caballero.

Hasta que llegó el día en que desafió a sus padres y les comunicó que ella no se casaría con Dorna, que el hombre que la desvelaba y con quien quería vivir el resto de su vida no era otro que don José de San Martín. La madre rechazó el asunto en el acto. Ese soldado era un don nadie, poca cosa para su hija, un «soldadote», un «indio» y otros epítetos que no tuvo recelo en gritar. Pero don Antonio de Escalada se había vinculado con el teniente coronel, las ansias de libertad americana los había reunido. El *pater familias* era un fervoroso jacobino y uno de los principales patrocinantes en la construcción del regimiento sanmartiniano.

El retobe de Remedios logró su cometido y los Escalada aceptaron el pedido de mano de San Martín. Había poquísimos antecedentes de semejante rebeldía en la provincia de Buenos Aires. Años atrás, Mariquita Sánchez de Thompson había enviado una carta al virrey haciendo un reclamo similar. El padre de Marica había querido casarla con un hombre al que ella despreciaba, prefiriendo a su primo Martín de Thompson. La joven Sánchez logró su cometido. Ni sometida ni abnegada, Remedios no precisó al virrey: su padre consintió.

Otro ejemplo que la muestra completamente diferente de la construcción prístina y a la vez antojadiza de «esposa de» es su participación en la suscripción de un grupo de mujeres a la compra

de armas para la promoción de la independencia. Un barco proveniente de Estados Unidos con un cargamento de fusiles había atracado en el puerto de Buenos Aires. El Estado no estaba en condiciones de abonar por el lote. Un grupo de ricos comerciantes, encabezados por Escalada, puso el dinero para una parte y el resto fue pagado por unas damas porteñas lideradas por su esposa, doña Tomasa de la Quintana. Remedios integró esta junta de mujeres comprometidas con la causa y sus nombres fueron grabados en el mango de los fusiles.

En la *Gazeta* del 30 de mayo de 1812, Bernardo de Monteagudo escribió un largo artículo que decía:

> Las suscriptoras tienen el honor de presentar a V.E. la suma […] que destinan al pago de fusiles que ayudarán al Estado en la erogación que hará por armamento que acaba de arribar felizmente. Ellas sustraen generosamente las pequeñas, pero sensibles necesidades de su sexo, para consagrarles un objeto, el más grande que la patria conoce en las actuales circunstancias. Cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias la nueva de una victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo: «Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad».

***

El 12 de septiembre de 1812, Remedios y José se casaron en la Iglesia de la Merced. La joven había cumplido su sueño. Sin embargo, la noche de bodas desbarató la idealización que tenía. El flamante matrimonio se dirigió a la quinta de la hermana mayor de Remedios, Maruja de Escalada de Demaría, en las afueras de Buenos Aires. La novia, ansiosa, desplegó el ajuar sobre la cama. Las mujeres de las familias opulentas se dedicaban a confeccionar el ajuar de la casadera con mucho esmero. En el caso de Remedios, los encajes de Bruselas, las sedas inglesas y los linos de excelsa factoría habían ornamentado lo que luego sería lucido. Cuando San Martín

vio todos esos excesos, los tomó y los llevó al patio para prenderlos fuego.

—Ahora eres la esposa de un militar, mostrarás discreción y austeridad. ¡Se devuelve todo esto a tus padres! —ordenó San Martín.

Remedios comprendió con quién se había casado. La decepción fue grande.

El 8 de octubre, a menos de un mes de la boda, San Martín protagonizó un golpe que desestabilizó la autoridad, derrocando al Primer Triunvirato. Tras algunas deliberaciones que lo colocaron como uno de los probables para asumir el nuevo gobierno, quedó afuera de la lista. Los enfrentamientos dentro de la Logia Lautaro marcaban el paso de la política de Buenos Aires. Y el flamante ascendido a coronel participaba activamente en una de las facciones.

Los primeros días de 1813 y ya con el Segundo Triunvirato al poder, San Martín cumplió órdenes, organizó una fuerza de Granaderos y partió rumbo al norte, a la vera del Paraná, en el sur de Santa Fe, donde los realistas agitaban el territorio. Buenos Aires se lo quería quitar de encima. El 3 de febrero se batió en el combate de San Lorenzo, con la suerte de que Juan Bautista Cabral, el soldado heroico correntino, le salvara la vida interponiendo su cuerpo para recibir los dos disparos que le iban dirigidos.

Mientras tanto, en Buenos Aires corrían rumores de que había sido asesinado en el campo de batalla. Las nuevas se decían y desdecían, y el corazón de Remedios daba vuelcos. Hasta que, al fin, José regresó a su casa. Pero el reposo hogareño duró poco. A los meses, fue nombrado general en jefe del Ejército del Norte en lugar de Manuel Belgrano, quien había sufrido dos derrotas: Vilcapugio y Ayohuma. Debió montar de nuevo su caballo al encuentro del comandante depuesto en la posta de Yatasto, en la provincia de Salta.

Su joven esposa fue víctima de la soledad. Y quedó aún más sola cuando en agosto de 1814 fue nombrado gobernador de la Intendencia de Cuyo con sede en Mendoza. Si lo había visto, no se

acordaba.

***

La angustia de Remedios fue *in crescendo* y con un silencio de tumba a su alrededor. Las noticias no llegaban desde Mendoza. Extrañaba a su marido y la correspondencia era rala. Y tenía 17 años. A pesar de que había entendido que ella no era el objeto del apasionamiento de su marido —el gran amor de San Martín era la causa— Remedios se había casado para toda la vida.

Su padre intentaba calmarla. Su madre, en cambio, no perdía oportunidad para fustigarla. Ella le había advertido, ese no era hombre para su niña querida.

Y como era de prever, nunca falta la aparición del caballero que sabe aprovechar la situación. El hombre en cuestión fue Bernardo de Monteagudo. El joven tucumano, abogado doctorado en Chuquisaca, el centro de la *intelligentzia* de América, hijo de un español —aunque se ponía en duda si su padre era un hombre con sotana— y una mulata, fue víctima del acoso y racismo imperante. Pero nada de eso logró amedrentarlo y supo codearse con lo más granado de la sociedad chuquisaqueña en su juventud y, luego, en 1811, en Buenos Aires.

Monteagudo había sido nombrado editor de la *Gazeta* de Buenos Aires por Bernardino Rivadavia, ministro con todo el poder en 1811. Devino en un mozo intempestivo, brillante y apuesto. Las mujeres —jóvenes, mayores, casadas, solteras, viudas y lo que fuera — caían rendidas a sus pies. Algunos señores, inquietos ante la provocación que alteraba el circuito femenino, lo observaban con desconfianza. Los Escalada lo conocían, había visitado sus famosas tertulias de los miércoles.

En 1812 y tras el arribo de San Martín, Monteagudo había sido uno de los convidados a formar parte de la Logia Lautaro. La sociedad secreta había empezado a reunirse con la convicción de avivar la emancipación de América. La idea era que la logia fuera instalándose en los principales puntos del continente, para colocar

sus hombres en el poder. Pero los egos de algunos les jugaron malas pasadas. San Martín era un estratega disciplinado y despreciaba el apuro irreflexivo. Alvear era su opuesto: exuberante, destemplado e impaciente, para él los sucesos debían desencadenarse de inmediato. Los bandos se armaron sin vacilar. Y Monteagudo fue un fiel seguidor de Carlos de Alvear.

Remedios estaba triste. Se sentía abandonada y las misivas brillaban por su ausencia. Bernardo se transformó en su paño de lágrimas. La visitaba para escucharla. Ella le confiaba su pesar. Él, al principio, fue en busca de noticias de San Martín, qué mejor que de la boca de su esposa. Pero Remedios sabía poco y nada de lo que hacía su marido en Mendoza. Y si sabía, no era de eso de lo que quería conversar con Monteagudo. Una cosa terminó en la otra y los cuerpos de los jóvenes acabaron entrelazados.

Se convirtieron en amantes.

Supieron esconder su fuego hasta que el reclamo mendocino llegó a Buenos Aires. Remedios preparó el equipaje y partió rumbo a Mendoza. Había conocido la pasión en brazos de Bernardo de Monteagudo, pero el amor de su vida era José de San Martín.

Se instaló en la gobernación junto a su marido, pero la ilusión se le borró de un plumazo. San Martín pasaba horas en El Plumerillo preparando a su ejército. Remedios hizo todo lo que estuvo a su alcance para convocarlo, pero el deseo de José estaba instalado en otro lugar.

Después de perder un embarazo, el 24 de agosto de 1816 nació Merceditas, y eso le trajo a Remedios una gran alegría. Acompañó a su marido todo lo que pudo, hasta que las obligaciones militares y su salud endeble la hicieron volver a Buenos Aires.

Primero murió su padre y eso fue un golpe irreversible. Con su cuerpo dominado por la tisis, Remedios de Escalada murió a los 25 años. Había conocido el amor y la pasión gracias a que fue fiel a su deseo. Murió sin poder despedirse de su marido.

8

Frida Kahlo, la dolorosa

(Florencia Etcheves)

Se viste pensando cada detalle: la falda de seda color violeta, el faldón de encaje blanco, el huipil con mariposas bordadas en hilos dorados, el rebozo rosa pálido y el cabello trenzado con cintas de un amarillo intenso. Diego la mira con una mezcla de admiración y ternura. Le dice que parece la diosa de un paraíso.

—Me visto para tu paraíso, mi Dieguito —responde ella con coquetería—, pero hoy no quiero que solo me vean. Quiero que me escuchen.

El Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México queda opacado ante su presencia. El ruido de las joyas de plata, que ornamentan el cuerpo de Frida, ahoga a la orquesta.

El público mira hacia el palco, buscan el origen del ritmo metálico. La diosa azteca, el hada mexicana, la mujer definitiva había logrado, una vez más, su cometido: ofrecerse a sí misma como objeto de deseo.

***

Frida Kahlo, la muchacha que, envuelta en sedas, puntillas, enaguas y listones, le gritó al mundo entero que su cuerpo lacerado y sus dolores permanentes no iban a silenciar su infinita variedad femenina, terminó decorando remeras, tazas y cuadernos como ejemplo de damisela sufriente. ¿Fue una damisela sufriente? No.

Frida Kahlo, la muchacha que inventó el lenguaje del dolor y lo convirtió en arte, devino para el mundo moderno en una llorona sumisa a los pies de su único y absoluto amor Diego Rivera. ¿Fue

Diego su único y absoluto amor? No.

Frida Kahlo, la mujer que estimuló, inspiró, contuvo artísticamente y formó parte de la obra de Diego Rivera, el muralista más fenomenal del siglo XX, fue metida por la fuerza en un discurso de moda en donde las lágrimas y el amor no deben ir por el mismo carril. Fue simplificada como estandarte simplón de la mujer que amó demasiado. ¿Frida es una figura inoxidable a fuerza de lágrimas de desamor? Todas hemos llorado alguna vez por desamor y no somos Frida Kahlo.

***

Frida acomoda su cuerpo pequeño en un banco de metal de manera que su falda de color celeste cubra por completo no solo el banco, sino también sus piernas. El huipil de pechera roja y bordes amarillos es lo único estridente. De fondo, los ladrillos sucios de la medianera de la terraza y más atrás, los edificios de la Manhattan de 1938. Su cabello, como siempre, trenzado hacia la coronilla. Esta vez, le agregó unas cintas plateadas. Pone ambas manos sobre sus muslos y ladea la cabeza hacia un costado. Se queda quieta esperando el fogonazo del flash.

El fotógrafo la mira casi sin aire. Le cuesta respirar como cada vez que la tiene cerca y se pregunta qué clase de hechizo le hizo ese animal mítico mexicano llamado Frida Kahlo.

—Dispara esa foto, mi niño Nick, que me duele el pescuezo de estar así quietecita —exige ella entre risas.

Nick sonríe y obedece. Una foto tras otra, mientras nota cómo Nueva York palidece ante esa deidad de cuerpo quebrado.

***

Nicholas Murray, el fotógrafo húngaro, que supo hacerse famoso gracias a su talento para capturar la esencia de las personalidades de la época, cayó rendido a los pies de Frida desde la primera vez que la vio en una reunión en la casa del caricaturista Miguel

Covarrubias, en ese México de turbulencia artística de 1931.

Alto, esbelto, con la elegancia física de los movimientos aprendidos en sus clases de esgrima, Murray creyó que esa mujer de 24 años iba a ser su esposa. Y ella lo dejó creer.

En su afán por capturarla para la eternidad, le propuso que fuera la modelo de su mejor dossier fotográfico y ella, acostumbrada a concebir su belleza escandalosa como una nueva versión del mundo, aceptó. Durante siete años, entre fotos y besos, mantuvieron una relación de la que todo el mundo hablaba. Nada era secreto en la vida de Frida.

Las idas y vueltas de la relación con Diego Rivera no apagaban la pasión que Frida sentía por Murray, muy por el contrario, la acrecentaba. Las decenas de cartas entre los amantes quedan como testimonio de la profundidad del vínculo. En muchas oportunidades Murray le enviaba dinero para que ella solo se ocupara de lo que mejor hacía: ser artista y pintar.

Escribió Frida en febrero de 1939:

Mi adorado Nick, mi niño: tu telegrama llegó esta mañana y lloré mucho, de felicidad y porque te extraño, con todo mi corazón y sangre. Recibí tu carta ayer, mi cielo, es tan hermosa y tierna que no encuentro palabras que te comuniquen la alegría que sentí. Te adoro, mi amor, créeme; nunca he querido a nadie de este modo…

Nueva York y París fueron las ciudades en las que se amaron, tal vez porque México era el lugar que Frida reservaba para Diego. Murray no fue solo un amante eficaz entre sábanas, fuera de ellas también cuidaba y velaba por los intereses de la pintora. La ayudó a organizar sus exposiciones en Europa, se ocupaba de los embarques de sus pinturas y fotografió y armó los catálogos de su obra.

Pasaban muchos meses separados, unidos solo por las cartas ardientes que iban de un continente a otro:

Extraño cada movimiento de tu ser, tu voz, tus ojos, tu hermosa boca, tu risa tan clara y sincera. A ti. Te amo, mi Nick. Estoy tan

*feliz porque te amo, por la idea de que me esperas, de que me amas. No hagas el amor con nadie, si lo puedes evitar. Hazlo únicamente en el caso de encontrar una verdadera F. W. —*fucking wonder*: maravilla para el sexo—, pero no te enamores.*

Luego de años de relación, Nicholas quiso que Frida se asentara con él en Nueva York, como respuesta ella armó su valija, decidió que su viaje había terminado y se volvió a su lugar, su patria, su México.

Un mes después de su partida, la última carta de amor del fotógrafo llegó a Coyoacán, las letras de la despedida:

Debí haberte escrito hace mucho. Es un mundo difícil en el que vivimos tú y yo. Sabía lo infeliz que eras, cuánto necesitabas tus entornos familiares, tus amigos, tu propio hogar y costumbres. Yo sabía que Nueva York solo llenaba los requisitos como un sustituto temporal y que a tu regreso encontraste intacto tu refugio. Cuando te fuiste, supe que habíamos terminado. Tu instinto te guio sabiamente. Has hecho la única cosa lógica porque yo no podría trasplantar México a Nueva York para ti y he aprendido lo esencial que eso era para tu felicidad…

Nick y Frida siguieron en contacto hasta la muerte de ella. Incluso, él la visitaba cada vez que viajaba a México. En 1965, Murray murió de un ataque al corazón. Aunque sus conocidos sostenían que su corazón ya se había roto muchos años antes cuándo supo que, en Nueva York, su niñita, su huracán mexicano, su diosa azteca, tenía otro amor.

***

Camina por el Central Park. Nueva York la fascina, la embriaga, la seduce. Frida pasea colgada del brazo de Julien Levy, su galerista. En cada esquina, él aprovecha para estrechar la cintura pequeña y tibia de la pintora.

—Vamos a la Quinta Avenida a mirar y criticar gringas chingonas —propone ella.

Él sonríe y aprieta más la cintura de Frida contra su cuerpo. Se sientan en el bar al aire libre del Hotel Moritz. Julien pide un café bien negro; Frida, tequila. Le dicen que no hay, se enoja y se conforma con una copa de vino. Ante la mirada sorprendida del mozo, enciende un cigarro.

—Quiero que me fotografíes desnuda para el catálogo de la muestra —lanza las palabras y el humo al mismo tiempo.

—Ninguna artista sale desnuda en el catálogo, Frida —argumenta Julien divertido con las ocurrencias de la mexicana.

—Pues yo soy distinta, soy otra —insiste. Y no se equivoca.

Un grupo de cinco niñas la miran de cerca, sin pudores, con el descaro que solo tienen los niños y los locos. El vestido espumoso, los moños en la cabeza, los aros de mariposas, los collares y los brazaletes las encandilan.

Una de las niñas se acerca, necesita tocarla para comprobar que esa mujer impactante es de carne y hueso. Pone su manito tibia sobre la mano de Frida.

—¿Dónde está el circo? —pregunta en inglés.

El galerista larga una carcajada y traduce la pregunta.

—Yo soy el circo. Soy la payasa y el hada —responde. Y dispuesta a ejercitar la malicia sigue— pero uso estas faldas largas porque una de mis piernas está podrida y llena de gusanos y los gusanos se comen a las niñas boconas.

Julien vuelve a traducir y las niñas, asustadas, se van.

—Quiero mis fotos encuerada —retoma.

—Las tendrás, como todo lo que quieres.

***

Las fotos, además de un suceso de época, sirvieron para que el mundillo artístico se enterara de la intimidad que habitaban Frida y Julien. Frida sentada en un sillón de pana, desnuda de la cintura para arriba. Sus pechos pequeños y sus pezones rosados al

descubierto. Una mano sobre su cabeza; la otra a la altura del cuello. El cabello suelto, sin listones ni broches; negro y rizado, largo hasta la cintura. Solo una gargantilla de obsidiana viste el torso perfecto. Sin una gota de maquillaje, no lo necesita.

En algunas biografías, Julien Levy la describe con fascinación:

> Frida era una criatura mítica de otro mundo, orgullosa y completamente segura de sí misma, pero dulce en forma extraordinaria y, al mismo tiempo, tan varonil como una orquídea. Solía decorarse el cabello con distintos adornos. Cuando se soltaba las trenzas, colocaba estos adornos en cierto orden sobre el tocador, y luego se los volvía a poner cuando se peinaba. La preparación del peinado implicaba una liturgia maravillosa.

Nada fue secreto en la vida de Frida. Sus alegrías, sus dolores, sus amores, su útero sangrante después de cada aborto espontáneo, su deseo fracasado de ser madre, su Diego, su México, su sexualidad. Todo era gritado en rondas de tequila o pintado con colores y pinceles en sus obras. Como dijo André Bretón, el padre del surrealismo: «El arte de Frida Kahlo y toda ella son como una cinta que envuelve una bomba».

***

León Trotski y su mujer Natalia bajan del barco Ruth. *El calor mexicano golpea sus pieles acostumbradas a los fríos más crueles. Atraviesan el muelle de madera del puerto de Tampico. Él viste pantalones de lanilla y camisa. En una mano lleva un portafolios; en la otra, su bastón. Su barba, sus anteojos de marco redondo y su andar de paso militar llaman la atención de los pasajeros. Ella con su traje sastre de color gris destaca entre las estridencias de los colores mexicanos. El cansancio y la preocupación le juegan una mala pasada: se da cuenta tarde del impacto que causa en su marido la muchacha que los espera del otro lado de la pasarela.*

Frida sonríe y aplaude. Su falda morada, su huipil dorado, sus trenzas de listones azules y su juventud obscena dejan al hombre de mil batallas desarmado. León Trotski, como todos, se incendia en las llamas del encanto.

***

La relación con el revolucionario asilado en México fue, tal vez, una de las pocas cuestiones que Frida no gritó a los cuatro vientos. Trotski y su mujer se instalaron en la Casa Azul, la casa del matrimonio Kahlo-Rivera. Había sido Diego junto con el Partido Comunista Mexicano quienes gestionaron el exilio ante el gobierno mexicano.

La reputación revolucionaria, el sentido del humor, la inteligencia y la fuerza del carácter de Trotski fascinaron a Frida que siempre había sido una muchacha ávida de conocimientos. Él cayó en las redes del hada de Coyoacán y colaba cartas de amor entre las páginas de los libros que le recomendaba leer; ella devoraba los libros y las cartas.

Frida decidió armar un mundito solo para ellos. Le hablaba en inglés porque sabía que Diego y Natalia no entendían y cada tarde agarraba del brazo a su *viejo*, como lo apodaba, para dar largos paseos por los viveros de Coyoacán.

Natalia, que no tenía ni un pelo de tonta, decidió alquilar una casa y llevarse a su marido lejos de los hechizos de la mexicana. No contaba con que Frida iba a caer de visita el 7 de noviembre, día del cumpleaños de Trotski, con un regalo para el cumpleañero: un cuadro hecho por ella con su propia imagen, un autorretrato fabuloso. Ante la mirada estupefacta de Natalia, el hombre colgó a esa Frida de óleos y lienzo en la pared de su despacho. Luego de eso, la hechicera de Coyoacán se retiró de la vida de ambos.

Ella Wolfe, fundadora del partido comunista en los Estados Unidos recordó en una entrevista:

Trotski le envió a Frida una carta de nueve hojas, en la que

> le suplica que no se separe de su lado y le dice cuánto ha significado ella para él durante las semanas que pasaron juntos. Fue un ruego que un joven enamorado de diecisiete años hubiera dirigido a un ser amado, y no el de un hombre de más de sesenta. Trotski de veras estaba chiflado por Frida. Ella era muy importante para él.

***

Tuvo amores intensos, desatados, públicos y prohibidos. Con hombres y también con mujeres. Frida entendía la sexualidad como una extensión de la voracidad de sus emociones y la vivía sin culpas ni vergüenzas. Durante su vida siguió en contacto con sus amores más transcendentes, incluso con su primer novio de la adolescencia, el eterno joven Alejandro.

Diego siempre estaba ahí, testigo y parte del huracán Kahlo; presente en los devaneos de su mujer mientras disfrutaba de los propios. Mucho se puede decir sobre lo que Rivera significó para Frida, pero mejor leerla a ella de puño y letra en un poema llamado «Retrato de Diego», publicado en 1949 en el libro catálogo de la exposición *Diego Rivera, 50 años de labor artística*. Así lo describía:

> Con su cabeza asiática, sobre la que nace un pelo oscuro, tan delgado y fino que parece flotar en el aire, es un niño grandote, inmenso, de cara amable y mirada triste. Sus ojos saltones, oscuros, inteligentísimos y grandes están difícilmente detenidos. Casi fuera de las órbitas por párpados hinchados y protuberantes como de batracio, sirven para que su mirada abarque un campo visual mucho más amplio, como si estuvieran construidos especialmente para un pintor de espacios y de multitudes y muy pocas veces desaparece de su boca búdica y de labios carnosos una sonrisa irónica y tierna, flor de su imagen. Viéndolo se piensa inmediatamente en un niño rana, parado sobre las patas de atrás, sus hombros infantiles, angostos y redondos, terminan en unas manos

maravillosas, pequeñas y de fino dibujo, sensibles y sutiles como antenas, que comunican con el universo entero. Es asombroso que esas manos hayan servido para pintar tanto y trabajen todavía infatigablemente. Su forma es la de un monstruo entrañable.

9

Agatha Christie, la dama del crimen

(Florencia Freijo)

Agatha Christie, cuyo nombre de soltera era Agatha Mary Clarissa Miller, nació el 15 de septiembre de 1890 en Torquay, Devon, Inglaterra, en una familia acomodada. Su padre era un exitoso empresario, mientras que de su madre se dice que era una mujer de carácter fuerte y determinante. Agatha tenía dos hermanos mayores, Monty y Louis, lo que propició algo muy común entre las mujeres acomodadas de esa época con hermanos varones: tenían la oportunidad de acceder a ciertos niveles educativos.

Agatha Christie fue y es una de las autoras más vendidas del mundo. No me refiero a una escritora muy leída «como mujer», sino que sus libros, con más de 2 mil millones de copias vendidas, han trascendido épocas y formatos, ya que se han adaptado a películas, series y novelas gráficas. Como autora, ha abordado el crimen y el misterio, temas sobre los que no se esperaba que una mujer escribiera. Esto vuelve aún más meritoria su carrera, porque se impuso a los estándares de su época. Lo que hace su vida aún más impresionante es que ha sabido llevar también el misterio, lo excéntrico y la aventura a sus experiencias personales. Al día de hoy, si Agatha viviera, sería noticia recurrentemente por romper más de una conducta socialmente esperada sobre las mujeres. Para conocer desde donde ha escrito, hay que conocer las huellas personales de una mujer cuyas intensidades han drenado tinta roja sobre sus libros, diseñando cada uno de los crímenes perfectos de sus personajes.

Probablemente entre las mejores biografías que se encuentran sobre la escritora está la de María Romero, que nos invita a

entender cómo Agatha llegó a dominar disciplinas —algunas de ellas después de los cuarenta años— como el piano, el canto, la fotografía, la química, la geometría, la física, ¡el surf! y los estudios sobre el origen y significado de la cerámica prehistórica, así como también la arqueología. Una mujer que pisó los cinco continentes antes de que existiera el avión, y que aprendió que la mejor manera de conocer y desandar historias era viajando sola. Subida a su amado Orient Express, entre Europa y Asia, junto a su máquina de escribir, dejaba atrás las historias del té a las cinco en punto que le proponía el Imperio Británico, y otros antiguos gestos de etiqueta a los que jamás pudo adecuarse pese a su educación sofisticada.

Agatha no escribía para «ser escritora», sino para plasmar la libertad de su vida en historias que le brindaban alas, las mismas que sentía desplegar a bordo de su Morris Cowley gris, un automóvil que compró con sus primeros éxitos editoriales. Agatha no escribía para ser reconocida como una gran erudita de la literatura, sino que a través de la literatura subía escalones que le permitían autonomía cultural y económica.

***

A los 24 años se casó con Archibald «Archie» Christie, un piloto del Cuerpo Aéreo del Ejército Británico. Durante la Primera Guerra Mundial, mientras Archie estaba en el frente, ella trabajó como voluntaria en un hospital de guerra. La notable influencia que como enfermera había dejado Florence Nightingale, así como esa puerta educativa que se le abría a las mujeres que tres siglos antes habían sido relegadas de los conocimientos formales médicos, maravilló a una curiosa Agatha, quien aplicaría todo lo aprendido en sus novelas de misterio. Seis años después, publicaba *El misterioso caso de Styles*, su primera novela de misterio, en la que presentaba al famoso detective belga Hércules Poirot.

Los mundos internos de la autora serán intensos, con una vida marcada por un romanticismo que conoció pronto las exigencias que el amor ha tenido para con nosotras, y la injusticia de una

libertad recortada a la medida de los hombres. Sus novelas serán su coartada para doblegar allí muchas de estas injusticias que se manifestaban en su vida pública y personal. Por ejemplo, en todas sus obras hay una constante: las traiciones familiares.

En esa época, las mujeres dedicadas al mundo de las artes, incluyendo la literatura, tenían a bien hacerlo para la mirada solo de otras mujeres. Cuadros pintados sobre escenas de la vida cotidiana, poemas relacionados al dolor en el amor. Por eso es toda una proeza que haya roto la mirada rosa e inocente del mundo de lo doméstico, para llenarlo de crueldad y verdad. Seguramente por eso sostenía que «los mejores crímenes de sus novelas se le habían ocurrido fregando platos». Y es que incluso aunque esta dama estuviera metida en la escena pública, sus deberes maritales —y como trabajadora en el área de enfermería— no debían de olvidarse, y una puede imaginar perfectamente a una Agatha al borde del crimen real entre tantas exigencias.

En uno de sus diarios, sobre sus días como enfermera, relata: «Tuve que aprender a estar atenta, a ser una especie de vehículo porta toallas, esperando servilmente mientras el doctor se lavaba las manos, se las secaba con la toalla y, sin pensar en devolvérmela, la tiraba desdeñosamente al suelo». Agatha había sufrido la pérdida de su padre a temprana edad, y, criada con libertad por su madre, no le era usual ver el desparpajo del dominio de los varones. Algo que muchas jóvenes de la época tomaban como natural, o esperable, seguramente instigaba en ella un espíritu de justicia asesina, al menos con sus palabras.

***

«En la vida es necesario correr ciertos riesgos», recitaba Agatha, y de hecho uno de los eventos más misteriosos en su vida fue cuando, en diciembre de 1926, desapareció durante once días.

Para entender este suceso hay que comprender el contexto en el que se encontraba. Su marido se había endeudado, su madre había fallecido, y la pareja acuerda vivir en casas separadas, de esta forma

Agatha podría refaccionar la mansión que su madre le había heredado. Sumida en problemas económicos, tendrá que afrontar sola las remodelaciones de la casa, sumado a la crianza de su hija Rosalind y sus exigencias editoriales. La soledad hacía eco entre las paredes de una casa deteriorada. Lentamente su espíritu comenzó a quebrarse, y recuerda a través de sus diarios: «Poner la casa patas arriba con todos sus recuerdos y el enorme trabajo que significaba, las noches sin dormir y la tristeza que aún me embargaban hicieron que me sintiera en un estado de nerviosismo tal que casi no sabía lo que hacía».

Aislada, sin descanso ni sosiego, pagó caro su éxito. Mientras esperaba a su esposo en la mansión de Ashfield para viajar a Italia los tres juntos por su aniversario y cumpleaños de su hijita, él exigió lo que ninguna mujer de esa época quería escuchar: un contundente pedido de divorcio. Es triste observar cómo Agatha, en sus diarios personales se echa la culpa también por no haber podido acompañar a Archie como una «buena mujer». Si ella hubiera estado menos ocupada, dice, o menos nerviosa, o menos triste por el fallecimiento de su madre —y, ahora sabemos, el peso del puerperio y cuidado de una criatura, sumado a una mudanza estrepitosa— probablemente su marido jamás le hubiera pedido el divorcio.

Las mujeres también cargaban con la culpa de los matrimonios que no habían podido sostener. Es triste que la elocuencia, la sagacidad y la libertad de Agatha, además de sus recursos para resolver temas en simultáneo —hoy lo llamaríamos *multitasking*— no resultaran atractivos para su marido, que en vez de apoyarla decidió condenarla a lo que en esa época era la vergüenza pública de un divorcio, ocupando el rol de víctima y hombre abandonado.

Agatha estaba devastada. El sentimiento de injusticia y dolor se hacía presente, pero ¿cómo darle forma, si todo a su alrededor le repetía que ella era la culpable? ¿Cómo hacían las mujeres de esa época —y hoy también— para entender estas injusticias, si nadie se animaba a hablar sobre ellas, si no se nombran ni se explican?

La última mañana que discutió con su marido, él hizo las maletas y la dejó sola por la noche con su hija para ir a lo de su

amante. La autora, conmocionada, tomó las llaves de su auto, dejando a la pequeña Rosalind durmiendo y sin rumbo trató de sopesar la angustia en la libertad que le daba la carretera. A la mañana siguiente, un vehículo con las luces encendidas, vacío, apareció al costado de una ruta, con una fina capa de hielo que cubría su parabrisas. Sobre el asiento, un abrigo de piel, y una valija abierta con un carnet de conducir caducado. Agatha había desaparecido sin dejar rastros: ¡que comience la novela!

***

Desaparecerá durante once días. Su marido tratará de probar su inocencia rápidamente, alegando que estaba loca. El mismísimo padre literario de *Sherlock Holmes*, Arthur Conan Doyle, se sumó a la búsqueda. La sociedad victoriana estaba en shock. Agatha había conseguido llamar la atención. Reapareció en un hotel, con una identidad falsa, pero socializando sin preocupación. En una época donde la fotografía no era frecuente, era fácil inventarse un nombre. Pero no cualquier nombre. Sino uno que llevaba el apellido de la amante de su marido: Teresa Neele. A los huéspedes les había dicho que su hijo había fallecido pocos días antes. Cuando su marido y la prensa local la encontraron, ella insistía en que Archie era su hermano. Los médicos determinaron que Agatha sufría un trastorno de personalidad producto de un shock traumático. Tal vez el auto, el frío, el cansancio, la carretera. Nunca se sabrá. Pero lo que sí se supo fue la enorme violencia que tuvo que soportar ante una sociedad que le pedía explicaciones.

Las primeras planas de los diarios la pintaban como una escritora despechada y manipuladora, que había provocado que se gastaran dineros públicos para encontrarla. Seguro que buscaba fama, castigar a su marido y sobre todo, vender libros. Nada más ni nada menos que esta idea persistente aún hoy de que cuando a las mujeres nos afecta algo, hay en realidad una búsqueda de victimismo o manipulación; de que en realidad no estamos afectadas, sino que sobredimensionamos, exageramos, y sobre todo

buscamos torcer todo a nuestro favor. Ella relata: «Me sentía como un zorro perseguido y acosado por todas partes por los ladridos de los perros. Siempre he odiado la notoriedad de cualquier tipo y, en esos momentos, la tuve en tal alto grado que pensé que no soportaría vivir más».

Agatha necesitaba escribir un libro rápidamente, pues su ahora ex marido la había dejado con poca capacidad económica y financiera. Sin embargo, no estuvo sola junto a su hija, sino que tuvo una amiga incondicional en su secretaria personal: Charlotte Fischer, denominada cariñosamente Carlo.

Juntas, y con la pequeña hija de la escritora a cuestas, se embarcaron en un viaje a las islas Canarias. Allí Agatha escribía, disfrutaba de momentos de paz junto a la naturaleza, y daba forma a su siguiente novela. Ella cuenta que todos los sucesos que la atravesaron ese año, incluido su debacle económica, devinieron en que hiciera de su escritura una profesión. Ahora debía escribir para alimentar a su hija.

***

Y sus libros se vendían sin parar. Agatha había regresado a una Inglaterra en donde comenzaría su camino como mujer divorciada y con notoriedad pública. El ingreso de Rosalind a una escuela de señoritas había descomprimido su reloj: durante tres meses no vería a su hija. Una tarde, un anuncio de Bagdad en una empresa de turismo llamó su atención. Era un destino exótico, por ser uno de los pocos que no estaba bajo la influencia del imperio británico. Pero, sobre todo, porque era el primer destino que elegía para sí misma, por sí misma, y para disfrutar de esta nueva mujer que ya era, pero que aún desconocía. Agatha recordará de esa aventura:

> Había dado vuelta al mundo con Archie, había estado en Canarias con Carlo y Rosalind y ahora me iba de viaje completamente sola. Descubriría al fin qué tipo de persona era, y si me había convertido en alguien por completo

> dependiente de los demás, como temía. Podría cambiar mi decisión en cuestión de segundos, como había hecho al escoger Bagdad en vez de las Indias Occidentales, sin pensar en nadie, más que en mí misma. Veríamos si me gustaba esta situación.

La historia de Agatha nos habla de una mujer que amó sin condiciones hasta perderse a sí misma. Que estuvo dispuesta a la renuncia y el sacrificio, pero que cuando todo eso no alcanzó, cuando la vida le demostró que su éxito y astucia la volvían una mujer excepcional, y por consiguiente indómita, no le quedó otra opción más que buscar un espacio amplio donde desplegar esas alas, que habían crecido incluso a su pesar. Tal vez ni siquiera llegó a registrarlo, pero Agatha ha sido la dama del crimen no solo por darnos héroes y asesinos, giros de guion y escenarios únicos, sino también porque tanto en el desarrollo de sus personajes como en la mujer en que se había convertido, había muerto lo previsible. Su pluma era el cuchillo que asesinaba lo esperado y los estereotipos para que naciera la sorpresa.

***

Una de las anécdotas que revelan con mayor claridad cómo no alcanza la voz de las mujeres para poder construir algo que represente su mirada, fue lo que tuvo que atravesar la autora en la adaptación teatral de su novela *El asesinato de Roger Ackroyd*. Primero propusieron que, para que la obra fuera más atractiva, Hércules Poirot debía ser joven, y así convertirlo en un interés romántico y de seducción para las espectadoras. Sin embargo, Agatha se negó rotundamente. Los productores y quienes adaptaban la obra, optaron entonces por «rejuvenecer» a Caroline Sheppard, el interés amoroso de Poirot: tendría 20 años menos que él. Agatha se sintió traicionada. Caroline era una adulta mayor, soltera e independiente, de un intelecto pavoroso, un personaje con sabiduría propia. Las presiones editoriales eran muy grandes, y tener que

renunciar a este personaje fue, para ella, renunciar un poco a sí misma.

Así es como Agatha crea el personaje de Miss Marple. Con timidez, pero sin pedir permiso, introduce a una mujer mayor como ¡investigadora! A diferencia de los casos del excéntrico Poirot en lugares exóticos del Imperio británico, las novelas de Jane Marple transcurren en pequeños pueblos de Inglaterra, en parroquias y bibliotecas, en reuniones sociales y fiestas populares, en donde el crimen convive con la domesticación naturalizada de la vida de las mujeres. «La señorita Marple entró tan calladamente a mi vida que apenas advertí su llegada. Miss Marple no es un retrato de mi abuela. Es una solterona mucho más demandante. Pero hay una cosa que sí tiene en común con ella: espera lo peor de todo y de todos. Y siempre tiene razón», recordaba Agatha Christie en sus memorias.

Marple venía a romper con lo que se esperaba de una señora y a mostrar cómo una novela podía ser auténtica, única y entretenida incluso cuando los crímenes ocurrían dentro de una parroquia. Los grandes asesinatos no tenían por qué suceder con tanta pompa: lo que guardamos de forma visceral y que puede llevarnos a cometer locuras no es lo extraordinario, sino justamente lo que nos acompaña todos los días. Y Agatha eso lo sabía muy bien. Había descubierto que, al fin de cuentas, aunque sea ficción, siempre terminamos escribiendo sobre nosotros mismos.

Los límites a su escritura comenzaban a dibujarse como barrotes que encadenaban sus experiencias. Por esta razón, y sin ánimo de renunciar a sus crímenes perfectos, decidió probar la escritura de novelas románticas, pero sin la presión del éxito, o tal vez sin la presión de mostrarse vulnerable y desnuda. Bajo el seudónimo de Mary Westmacott, se abrió paso en las librerías sin pensar en los requerimientos editoriales tortuosos y obvios.

Casada en segundas nupcias, sus viajes se intensificaron, así como también la formación en dibujo arqueológico, álgebra y geometría. Las aventuras de Agatha fueron inagotables, era una buscadora innata de experiencias. Construyó por fin una relación

amorosa de forma pareja, donde ambos se acompañaron y apoyaron hasta el último minuto. Agatha aprendió que además del amor —que podía doler, que podía traer un engaño o un abandono— tenía algo poco común entre sus contemporáneas: educación, y sobre todo se tenía a sí misma. Probablemente no lo supo, pero su osadía le abrió las puertas a miles de escritoras, pero sobre todo a miles de mujeres que pudieron ver que existía una vida por fuera del mandato de ser esposa, y que a veces es mejor encontrar tu propio camino, aunque este se encuentre en un expreso de medianoche rumbo hacia Medio Oriente.

10

El sexo de las mujeres, ese supuesto poder

(Florencia Freijo)

Yo no deseo que las mujeres tengan poder
sobre los hombres, sino sobre ellas mismas.
MARY WOLLSTONECRAFT

¿Cuántas de nosotras fuimos condenadas por sentir placer? ¿Sobre cuántas de nosotras se sigue poniendo el peso de la mirada inquisidora, de una forma que jamás sucede con el comportamiento masculino? La sexualidad femenina guarda en los albores de la mitología la idea de que tenemos una esencia de malicia, pero, sobre todo, un poder oculto que instala una mirada de sospecha sobre nosotras.

Hay un veredicto social que insiste en que entre las piernas de las mujeres se esconde un poder capaz de detener guerras mundiales, engañar hasta al más ávido de los hombres, destruir cosechas completas y llevar a la desgracia a pueblos enteros. Así es como la sexualidad femenina se ha representado, y narrado a través de siglos e incluso en la actualidad. Aún hoy la sexualidad de las mujeres se juzga, se vuelve objeto de disputa y debate social y, sobre todo, se nos sigue llevando a un lugar de descrédito y muchas veces de muerte.

En este sentido, existen mitos desde hace miles de años. Por ejemplo, el mito de las mujeres que utilizan sus vaginas con enormes dientes para castigar a los hombres, o el de las sirenas que los seducen atraviesa la mayoría de las culturas de los más diversos países.

En Argentina, la comunidad indígena Toba transmite a través de la oralidad que en el inicio de los tiempos había hombres en la tierra y mujeres que vivían en el cielo. Cuando los hombres se retiraban al monte a cazar, ellas bajaban y con sus vaginas dentadas devoraban todo a su paso. El zorro aparece como el animal agazapado y astuto que decidirá detener el anarquismo de las mujeres, teniendo relaciones sexuales con ellas, y de esta forma «domarlas». Pero el animal caerá en desgracia, ya que su pene será devorado una y otra vez por estas vaginas con dientes, insaciables y perturbadoras.

En el mito, narrado como leyenda por los pueblos originarios de la región, el zorro tomará una piedra y a través de la violencia, destruirá todos los dientes de todas las vaginas. A partir de esta dominación, los hombres volverán a tomar el control de la sociedad, o del sexo. Es decir, dominar el sexo de las mujeres como la base para generar el ordenamiento social, una sociedad verticalista, asimétrica y consensuada, donde reinaría la paz a través de la coerción. Se entenderá que el orden natural está dado por la dominación masculina en los campos sexuales y sociales.

El mito originario termina en una especie de final feliz para unos pocos. El zorro cortará la cuerda que unía al cielo y a la tierra, obligando a las mujeres a unirse en «protección» a una pareja masculina para sobrevivir en la tierra. Ellas cambiarán protección y supervivencia por sumisión y ellos podrán tener relaciones sexuales sin tener miedo a ser devorados, o mejor dicho, sin tener miedo al placer desenfrenado de las mujeres. Cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia.

En la India, uno de los cuentos más populares involucra a un brahmán —sacerdote hindú— que está convencido de que su amada tiene una vagina dentada. Luego de contratar a otros hombres para que le quitaran los dientes inferiores a esta mujer, puede casarse con ella. Este cuento toma diferentes formas a lo largo de India y Pakistán, donde en algunas representaciones los dientes pasan a ser serpientes.

La relación de las mujeres con las serpientes, que en principio

representaban el poder y la metamorfosis para luego pasar a representar lo satánico, es constante tanto en el arte como en la mitología o las leyendas. Es la forma de representar la otredad que debe ser corregida, castigada o eliminada. Pero también la debilidad y el engaño, ya que las mentes femeninas se suponen vulnerables de caer en la maldad o la locura a través de influencias externas. En ese sentido, el placer femenino, también va a constituirse como la antítesis a la razón o al orden divino, con la historia de Lilith, el gran arquetipo que inaugura esta relación de la sexualidad femenina con la pérdida de la razón y el buen orden social.

Según la leyenda, Lilith fue creada antes que Eva para satisfacer los deseos sexuales de Adán. Sin embargo, al negarse a someterse a él, opta por el exilio, solicitando incluso alas al mismísimo demonio antes de partir. Este acto rompe el pacto con Dios, llevándola a tener relaciones sexuales con varios ángeles demoníacos. Se conforma así una representación en donde la mujer que decide no quedarse al lado del esposo que le asignaron y ajustarse a los mandatos, será un tipo de mujer demasiado sexual, y sobre todo, mala. En la literatura y las artes, Lilith se convierte en la primera *femme fatale* y símbolo de libertad femenina, siendo representada como una figura hipersexualizada y asociada con serpientes.

La conexión entre la maldad, la serpiente y la mujer se refleja en diversas mitologías que atraviesan diferentes culturas y épocas: los hilos que han construido nuestros códigos de comportamiento son más antiguos de lo que pensamos. La mujer tiene así un rol inicial como castradora, y es necesario controlar su sexualidad para que el mundo —y el orden del hombre como dominador— funcione.

Es interesante ver cómo en una etapa inicial los hombres son vistos como víctimas de los males de las mujeres. La mayoría de los mitos sobre el comienzo de las relaciones entre hombres y mujeres comienzan así. Cazar y domesticar a las mujeres se vuelve fundamental, y la unión entre los dos sexos se da a partir del acto fundacional de los hombres de controlar el cuerpo de las mujeres, temidas y potencialmente peligrosas.

Cuando hoy vemos a una mujer que responde al estereotipo de *femme fatale*, o hipersexualizada, muchas veces se la percibe como «empoderada». Una palabra cuyo uso es cada vez más frecuente. Las redes y los medios nos muestran la desnudez acompañada de frases como «me acepto tal cual soy» o «me desnudo en cuerpo y alma», como referencia a una supuesta libertad. Sin embargo, hay que hacerse una pregunta incómoda: si la sexualidad femenina es en sí misma un vehículo para conquistar distintas «cuotas de poder». Y, sobre todo, si a través de esta podemos lograr cosas que de otro modo no podríamos.

Esto tiene que ver con el concepto de «capital sexual», que se origina en el campo de la sociología y la teoría feminista. Acompaña, o pretende profundizar, los conceptos de capital cultural que desarrolló el sociólogo Pierre Bourdieu. En primer lugar, hay que preguntarse qué cosas se necesitan para detentar ese «capital sexual» como empoderante. Seguramente se necesite de una serie de esfuerzos relacionados al uso del tiempo, el dinero y el consumo dentro de la industria de la belleza, que en principio tengan más de demanda que de libertad para decidir. En este sentido, Naomi Wolf, en su libro *El mito de la belleza*, analiza cómo los estándares que se nos imponen actúan sobre nuestra autoestima y percepción de nosotras mismas, funcionando como maniobras distractoras, en realidad, de las relaciones de poder que nos envuelven. Concentrar capital sexual lleva, en principio, tiempo, dinero y atención.

Esta discusión sobre si el sexo de las mujeres o su atractivo sexual es empoderante o no, tiene muchísimos años. Pero no se puede discutir esto sin preguntarse: ¿Este supuesto poder sexual es como el capital cultural o económico, que las personas lo concentran y lo van acumulando, o en algún momento se acaba? ¿Puede perjudicarme su uso? ¿El capital erótico me sirve para acumular otros capitales? ¿Cuántos y cuáles? ¿Me sirve para estar en posiciones de poder a las que no podría acceder de otro modo?

Probablemente las respuestas a estas preguntas sean ambiguas, pero pensar en ciertos casos que han sido populares nos puede ayudar a dilucidar si el «capital sexual» es un poder en sí mismo, o

no. Casos como el de Mata Hari y Madame Périchon, que veremos a continuación en el libro, son más que ilustrativos. Ellas detentaron un supuesto «capital erótico» que sin duda las puso en posiciones de poder, visibilidad, y concentración del capital económico y patrimonial que de otra forma no hubieran obtenido, pero ¿esto las volvió autónomas de por sí? ¿O quedaron en situaciones de dependencia, descrédito e incluso peligro?

El poder es una suma de concentración de capitales —económico, patrimonial, relaciones sociales, acceso a ámbitos de decisión, acceso a la información—. Quienes han sido los protagonistas del ámbito de las decisiones —económicas, culturales, financieras, sociales y políticas— han sido los varones, lo que nos da una idea de por qué para nosotras se tuvo que inventar un capital extraordinario, distinto, que no compartimos con ellos. No es casualidad que los varones no hayan necesitado del capital sexual para llegar a ninguna parte, y probablemente esto nos dé una buena pista de por qué no es un poder en sí mismo.

La principal característica es que estos capitales que detentan los varones se retroalimentan y reproducen entre sí. En cambio, el capital sexual muchas veces anula otros capitales como el relacionado a la reputación, imagen pública, o acceso a puestos de decisión. El capital sexual para nosotras no se ha constituido como una posibilidad de autonomía para trascender la dependencia, sino más bien para ser instrumentos que refuercen el capital de prestigio de los varones. Tener al lado a una *femme fatale* suma prestigio a un varón ante la mirada de otros varones, porque acumulan el capital erótico y sexual de las mujeres proyectando una imagen de hombres poderosos y jóvenes. El capital erótico sexual se erige, en realidad, como un capital que ellos terminan concentrando a través de la instrumentalización de nuestros cuerpos.

Pero, además, hay otra variable: este capital sexual en nosotras es perecedero, no solo por el tiempo —no se puede ser joven siempre—, sino porque incluso puede ser usado en nuestra contra, ya que es un espacio en donde no podemos ser otra cosa. Y conlleva otra trampa: solo podemos ejercerlo en función de la mirada del

otro y su aceptación. ¿Tendrá nuestra voz relevancia si ejecutamos nuestro capital erótico? Lamentablemente, no.

Que justamente se nos haya planteado como algo del orden del poder detentar este capital, incluso con la falsa ilusión de que eso nos permite posibilidades que de otro modo no podríamos obtener por el hecho de ser mujeres, es una trampa. Una especie de moneda de intercambio en donde entregamos nuestra voz por un poco de reconocimiento social, o una cuota mínima de poder. Pero, además, se consolida y legitima porque entre mujeres sentimos que la otra tiene un lugar de privilegio, y esto reproduce las cárceles simbólicas en el que otras mujeres ven sepultadas su voz y su presencia.

El «capital erótico» de las mujeres jamás logró, a lo largo de la historia y en ningún lugar del mundo, ser un verdadero poder.

El poder para sostenerse, necesita de una pieza clave: el reconocimiento de otros. Y no me refiero solamente al mundo profesional, sino al reconocimiento como una voz plausible de ser respetada, incluso dentro de nuestro hogar.

La sexualidad, y nuestras prácticas relacionadas a esta, han sido, contrariamente a un «capital erótico», un mecanismo utilizado para justificar la idea de nuestra falta de credibilidad, o de capacidad. Por ejemplo, si tenés un vínculo sexoafectivo con un superior en el espacio laboral, automáticamente cualquier cosa que logres será porque te acostaste con él, o porque buscaste acostarte con él como forma de ascenso social. La idea de que nuestra sexualidad —que lógicamente forma parte de nuestros vínculos afectivos— es un lugar en donde escalamos posiciones sociales, sigue sosteniendo la idea de que entre nuestras piernas tenemos un poder que es capaz de mover montañas, o peor, de llevar la discordia y el desorden para lograr todo lo que queramos. Si esto fuese así, los números de la desigualdad económica, social y política que se sostienen hace siglos serían otros.

También hay otra idea que refuerza este mito del «poder sexual»

de las mujeres, cuando se cita como si fueran datos que algunas mujeres han logrado estar en mejores situaciones por vincularse afectivamente con varones con poder. En este caso conviene preguntarse ¿Acaso no es eso lo que hacen tantos varones teniendo amigos en posiciones de poder, circulando el poder entre ellos? ¿Por qué eso está bien visto entre ellos, pero cuando hay una relación sexoafectiva que involucra a una mujer, automáticamente nos vemos desacreditadas? ¿Por qué esto funciona con algunas, y no con todas? ¿Por qué si ellos ponen a sus amigos en posiciones de decisión, lo hacen porque son varones de su confianza, pero si ponen a mujeres de su entorno, lo hacen porque esas mujeres escalaron vilmente y sin ética gracias al poder de sus piernas? No suena lógico.

La respuesta a estas preguntas es sencilla: porque no es un poder real. Aún se sigue percibiendo que a través del sexo las mujeres embriagan u obnubilan la razón de los varones, que de otro modo, claro, elegirían a un varón en ese lugar. Si la única forma —o la más efectiva— de ascender socialmente es utilizando nuestra seducción, ¿todas las mujeres que usan este tipo de capital no deberían estar en posiciones de liderazgo?

En el imaginario, aún somos esa serpiente que hipnotiza, el canto de esa sirena que embauca a los hombres distraídos. Esa creencia nos demuestra cuán normalizado está que un hombre tenga la posición de poder/decisión, y por eso la única forma de llegar ahí será a través de la seducción de ese hombre. Si el sexo fuera un poder real, el capital erótico también sería detentado por los varones, y salvo en la sociedad griega —donde la homoafectividad efectivamente generaba círculos sociales de transferencia de poder— al menos en la actualidad no podríamos aseverar que el capital erótico masculino es una condición fundamental para el ascenso social.

Si la sexualidad de las mujeres implicara un capital de «libertad», hay por lo menos dos cosas que no deberían suceder. La primera es la formación que recibimos para orquestar una coreografía sexual orientada al placer masculino. Aprendemos a

ejercer nuestra sexualidad en función del placer del otro, sin siquiera reconocer antes qué nos da placer a nosotras. Es decir, ni siquiera tenemos autonomía en cómo queremos vivir esa -sexualidad.

Nuestra sexualidad sigue condicionada a la mirada externa, y se juzga con una vara totalmente distinta a la de los hombres. El estigma de ser «la puta» sigue vigente, y aunque nos quieran hacer creer lo contrario, una mujer que busca experiencias meramente sexuales, es decir, escindidas de los mandatos románticos o afectivos, sigue siendo vista con sospecha. La idea de una sexualidad vivida de forma desenfrenada tiene solo un género: el masculino. Para ellos es lo esperado, y de hecho, aunque ellos mismos no quieran vivir su sexualidad así, deberán hacerlo para la tribuna, como rito de pasaje de la niñez a una masculinidad viril y heterosexual.

El hombre depredador se construye en la adolescencia como ese varón voraz de masturbación y coito, cuya naturaleza tiene solo control una vez que logró abordar a «su presa». El mandato de varón a varón es tan fuerte, que aún hoy muchos varones van en grupo a «debutar» con mujeres en situación de explotación y prostitución, reconfirmando su heterosexualidad ante los ojos de otros varones. Por el contrario, la mujer que goza de su sexualidad es una mujer pública, es decir cualquiera puede opinar de ella, cualquier persona puede cosificarla.

Ser puta para esta sociedad representa también el estereotipo social más usado en todo el mundo para hablar mal de una mujer: «calienta pijas», «roba maridos», «mujer sin escrúpulos», «pavita caliente», etc. Los hombres aún definen a la mujer ideal como «la puta puertas adentro y la dama para el afuera», o peor, definen a las mujeres según los roles funcionales en su vida: la novia o esposa y la amante.

Este señalamiento social sobre nuestra supuesta «libertad sexual» tiene un fin: que sintamos culpa, pero además que nuestras capacidades se vean opacadas, deslucidas. Nos dicen que *empoderemos* nuestra sexualidad, viviéndola libremente, pero

después nos condenan. Nos dicen que es un capital que podemos concentrar, pero en caso de hacerlo ¿nos lo quitan de un plumazo?, ¿nos borran la posibilidad de tener una voz con poder social?

Durante el 2020 la agencia UNFPA de las Naciones Unidas publicó un estudio sobre salud sexual y reproductiva. (1) El informe midió en 57 países las siguientes tres variables: atención de la salud reproductiva, uso de anticonceptivos y decisiones tomadas por las mujeres durante las relaciones sexuales. Los resultados distan mucho de un empoderamiento, ya que, en materia sexual, solo 1 de cada 2 mujeres casadas o en unión convivencial toman decisiones autónomas, entre las cuales se encuentra poder decir «no» cuando no quieren tener sexo con sus parejas sin sentir culpa.

Como dice la antropóloga mexicana Marcela Lagarde, en su libro *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*:

> Aun cuando las mujeres no quieren «ir a la cama» con alguien —porque son vírgenes, o porque no están excitadas, o porque tienen temor de quedar embarazadas, o porque sienten repulsión hacia su cónyuge, o por cualquier otra razón—, de todas maneras en muchas situaciones lo hacen.

Vale preguntarse, entonces: ¿poder, o uno de los pocos mecanismos que se nos han permitido para sobrevivir?

---

1. UNFPA-ONU, «Tracking women’s decision-making for sexual and reproductive health and reproductive rights», 2020. https://www.unfpa.org/sites/default/files/resource-pdf/20-033_SDG561-BrochureA4-v1.21.pdf

11

Madame Périchon, la libertina

(Florencia Canale)

Lo que se entiende hoy por «libertinaje» no tiene casi nada que ver con las artes amatorias que se practicaban en el siglo XVIII entre reyes, reinas, cortesanas y demás miembros de la corte. Libertinos y libertinas practicaban estas artes llevados por una negociación de poder. Nada de pulsión sexual o arrebato irracional. En las cortes francesas, se disputaban la sexualidad, no iban detrás del deseo por un cuerpo que les gustara o un intercambio romántico, sino por una búsqueda de ascenso, o una interlocución de mentes brillantes o una competencia de poder. Un ejemplo de estas practicantes de libertinaje es la famosa Madame de Pompadour. Introducida a la corte francesa por unos parientes, a mediados del siglo XVIII se convirtió en la favorita del rey Luis XV de Francia.

Del otro lado del océano, en el Río de la Plata, y a fines de ese siglo, desembarcó una alumna dilecta de esas lides: Madame Périchon.

***

Anne Marie Périchon de Vandeuil nació en una colonia francesa, la isla de Reunión en el océano Índico, y arribó a la Buenos Aires del siglo XVIII con toda su familia: padre comerciante y rico, madre, hermanos varones —era la única mujer—, marido y prole. Su esposo, también dedicado al comercio, era el irlandés Thomas O'Gorman. Sí, con los años el matrimonio se convertiría en los abuelos de Camila.

Ya desde su arribo, Annette —como la llamaban— inquietó a la sociedad porteña. Buenos Aires era la capital del Virreinato del Río de la Plata y sus costumbres, propias de una colonia hispana religiosa, inquisidora y pacata, eran la antítesis del estilo de vida que traía la francesa. Ella desembarcó con colores, escote y desfachatez, mientras que en el territorio del sur se vivía guardando las formas. Había que ser y parecer. La francesa batió su abanico y le importó nada.

Se convirtió en una *salonniére* hecha y derecha. Tal como se practicaba en Francia, proveía el salón de su casa para llevar adelante reuniones trascendentes para la vida social y cultural de la ciudad. Hasta que llegó julio de 1806 y, con esos fríos, la Primera Invasión Inglesa. El general William Carr Beresford y su flota desembarcaron en las costas de Quilmes y encontraron muy poca resistencia. En un tris se transformaron en el primer gobierno inglés en costas argentinas.

***

Para la mayoría de los habitantes de Buenos Aires la novedad fue bienvenida, para otros, no tanto. Annette era una francesa, casada con un irlandés, en una colonia española, su situación podía complicarse bastante. O'Gorman entraba y salía de la casa, buscaba alianzas donde pudiera. La ciudad se había convertido —desde hacía unos meses —en un campo minado dominado por espías y reos en busca de negocios y dinero fácil.

Madame Périchon, sin embargo, logró entrar en escena como dueña del salón más cotizado del momento. Su casa se convirtió en el punto de reunión de la más alta conspiración del Río de la Plata. A las 7 de la tarde, la sala exhibía una fachada cultural, pero detrás de las cortinas se llevaba adelante una intriga política de altísimo vuelo. Se convirtió en la amante de un espía inglés llamado —en ese momento porque luego cambió identidades— James Burke, y encontró en esta práctica una adrenalina nunca antes percibida. Después se acercó íntimamente al general Beresford. Annette devino

en espía, luego en doble agente trabajando también para los franceses, aunque siempre en pos de su supervivencia.

El artífice de la reconquista de Buenos Aires, el virrey Santiago de Liniers, francés como ella, también se convirtió en su amante. Liniers era viudo por partida doble y muy religioso. Su última esposa, la devota Martina de Sarratea —hija de un riquísimo comerciante y hermana de uno de los integrantes del Primer Triunvirato de 1811—había muerto en altamar a poco de dar a luz. Liniers había quedado triste y solo, con una infinidad de hijos por criar. Hasta que se cruzó con Annette.

La dama lo sedujo, él cayó en su red.

***

En 1807, con una nueva invasión inglesa y una reconquista, Thomas O'Gorman llegó a la conclusión de que ya no tenía nada que hacer en Buenos Aires. Se mezcló con los ingleses que emprendían la retirada y se hizo humo.

Annette se quedó sin marido pero con hijos, una madre, un padre muerto y unos hermanos. ¿Quién se haría cargo de los negocios de Périchon? Se daba por sentado que alguno de los varones tomaría las riendas del asunto. Pero nada más alejado. La única que había heredado los genes paternos en la competencia comercial era Annette. Tomó el toro por las astas y se sentó a negociar con los mercaderes del puerto de Buenos Aires de igual a igual. A nadie se le ocurrió atropellarla por ser mujer. Era brillante, más viva que el hambre.

El 30 de junio de 1807, una junta de guerra destituyó al marqués de Sobremonte en sus funciones y nombró a Santiago de Liniers como virrey interino, por ser el oficial de mayor cargo y por su espléndido desempeño en la reconquista de Buenos Aires. Al año siguiente, el rey lo confirmó en el cargo.

Annette, ya sin marido alrededor —aunque el estado civil jamás le impidió hacer y deshacer a su antojo —empezó a exhibirse, muy campante, del brazo de Liniers. El hombre era viudo, pero ella, a

pesar del abandono de su marido, casada. Y eso no estaba bien visto. Gustosa de provocar aún más, recorría la ciudad a caballo, cubierta con una réplica de la casaca del virrey. En las reuniones de las principales familias porteñas murmuraban con malicia, hablaban de ella como la «coronela», incluso la «virreina». Y empezaron a llamarla «Perichona» para denostarla. Liniers, en cambio, en la intimidad le decía «mi Petaquita».

***

Los asuntos en Europa no estaban bien. Fernando VII se había visto obligado a renunciar al trono tras la invasión napoleónica a España. Napoleón se había convertido en el hombre más poderoso del Viejo Continente y había colocado en el trono español a su hermano José I Bonaparte. Fernando había quedado confinado en el castillo de Valençay, en Francia, cerca del río Loira, pero era reconocido como el legítimo rey de España por algunas juntas de gobierno, como la Corte de Cádiz.

Sin embargo, Napoleón Bonaparte había puesto el ojo en las recónditas colonias del sur de América. El 30 de mayo de 1808, el marqués de Sassenay, el elegido de Napoleón, embarcó en el bergantín *Le Consolateur* con rumbo al puerto de Buenos Aires. Su misión era que el Virreinato reconociera a José I Bonaparte como el renovado rey de España. Aunque alguna operación comercial -también era bienvenida, escondía la intención de un ensayo de una invasión al menor costo posible. El verdadero encargo iba en carta lacrada que solo debía ser abierta en altamar. Al hacerlo, Sassenay se enteró de que debía anunciarle a Liniers la próxima expedición armada con el designio de conquista. Luego de leerla, el marqués rompió la carta en mil pedazos y la arrojó por la borda.

Liniers recibió a Sassenay en el Cabildo, en audiencia pública, y rechazó todos los pedidos realizados por Francia. Pero en un intercambio veloz y secreto lo convocó a una reunión privada. Para eso, el sitio elegido fue la casa de su amante, Madame Périchon.

A puertas cerradas, el virrey del Río de la Plata se reunió con el

enviado de Napoleón Bonaparte, todo auspiciado por Annette. El vínculo con el hombre más poderoso de Europa no era nuevo. Unos meses antes, tras la reconquista de Buenos Aires, Liniers le había escrito a Napoleón:

> *[…] No me aplaudo tanto de los servicios que en esta ocasión he podido hacer de mi soberano, como me ensorbebece de pertenecer a la nación que Vos gobernáis con una sabiduría y sucesos que solamente pueden igualar a vuestra gloria inmortal.*

Pero estos sucesos encendieron los rumores en su contra. Y Annette también cayó. Se los acusó de traidores, de franceses, de peligrosos. Quien aprovechó la situación fue el alcalde don Martín de Álzaga. El rico comerciante peninsular, importante hombre de la ciudad, había tragado bilis durante el ascenso de Liniers. Qué mejor momento que aquel para minar, y de una buena vez, la figura del virrey. Para ello, envió abundante correspondencia a la Corte de España. No solo hundió la imagen de Liniers, también denostó a Madame Périchon. Repitió como poseído:

> «Es traidor porque es un francés».
> «Se debe sustituir a Liniers para evitar la ruina total de estas Provincias».
> «Es evidente una ligereza propia de su carácter nacional».
> «Está entregado a escandalosos amores con doña Ana Périchon de O'Gorman».
> «Y ha pretendido que sean franceses los que manden nuestras tropas».

Enfurecido, acusó a la señora de ser la culpable de todos los males: que no salía sin escolta, que tenía guardia en su casa, que empleaba tropas del servicio en las labores de su hacienda de campo, que las caballadas y atalajes del tren volante, costeados a expensas del erario real, se mantenían con el único fin de usarlos para las caravanas y los paseos en aquella casa frecuentada por el virrey.

Madame Périchon y su amante continuaron con su vida como si nada. Sin querer asumir lo que se tramaba a su alrededor, organizaron la boda del hermano de Annette, Juan Bautista, con María del Carmen, la hija de Liniers. Tiraron la casa por la ventana, la dueña quería celebrar. El salón se llenó de invitados, pero la ausencia de los Sarratea —la familia de la madre de la novia—, en pleno, exponía la realidad. Algo olía mal en Buenos Aires.

***

Cuatro días después de la boda, el Cabildo envió otra carta a España. Acusaban a Liniers de corrupción y nepotismo. Álzaga y su entorno entendían que el virrey estaba tan ciego de pasión por la Perichona que había llegado al extremo de sacrificar a su propia hija en pos de un don nadie, notoriamente sospechado.

El 1º de enero de 1809, los adversarios de Liniers, con Martín de Álzaga a la cabeza, le exigieron la renuncia y la formación de una junta semejante a las constituidas en España. Pero Cornelio Saavedra, el Regimiento de Patricios y todos los regimientos aliados salieron a defender al virrey, al grito de «¡Viva Liniers!». El golpe de Álzaga fracasó.

La relación entre Madame y el virrey empezó a deteriorarse. Annette no había dejado de intrigar, a pesar de prometerle amor eterno a su amante. El rumor de que la dama mantenía reuniones secretas, y algo más, con otros caballeros, llegó a oídos de Liniers. Para quitarla del medio o indignado por sentirse traicionado, el alicaído virrey la echó de Buenos Aires. Annette reclamó, juró, suplicó, pero no hubo caso. Acompañada por dos de sus hermanos, embarcó a un exilio contrariado rumbo a Río de Janeiro.

***

Madame Périchon se instaló en la ciudad tomada por la corte lusitana. El príncipe de Portugal y su esposa, la infanta Carlota

Joaquina, hermana de Fernando VII, habían encontrado en Río de Janeiro el sitio ideal para armar su nueva casa, opulenta y ostentosa como pocas.

La francesa supo conectarse. Inmediatamente se armó una casa y organizó fiestas donde nunca faltaban algunos exiliados porteños. Rápida, se hizo amiga de Lord Strangford, el hombre fuerte de la corte lusitana. Carlota Joaquina no soportó la presencia de una contrincante, por demás bonita, tan cerca. La echó de Río de Janeiro.

Durante varios meses, Annette boyó en altamar, rechazada en Buenos Aires, expulsada del Janeiro. Agobiada, decidió enviarle una misiva a la Real Audiencia:

> *[…] el deshonor de verme arrojada de un Pueblo en que tuve siempre un distinguido rango que no he desmerecido; el interés de los crecidos bienes que tengo en esta Ciudad, y que deben desaparecer en manos intermediarias. Mi familia, emparentada con la del Virrey Liniers, a raíz del casamiento de un hermano, Juan Bautista, que ha sido edecán, con Carmen, hija de aquel, por lo que creo ser acreedora de ciertas consideraciones…*

Enardecida, reclamó que Liniers le devolviera todas sus pertenencias, todo lo que ella le había dado. Santiago, enterado, le respondió a través de su letrado, que le devolvería todo y más.

El 3 de noviembre de 1810, la Junta Grande autorizó el desembarco de Madame Périchon y sus hermanos en el puerto de Buenos Aires. Su salud estaba quebrantada. Pisó suelo porteño y le ordenaron que debía transferirse de inmediato a la chacra. No podía quedarse en la ciudad.

Allí se enteró de que Santiago de Liniers había sido fusilado tres meses antes, por traición a la Patria, cerca de la posta de Cabeza de Tigre, en el sudeste de Córdoba.

Con la frente en alto, Annette se dirigió a su casa de las afueras. Viva, a pesar de todo. La libertina del Río de la Plata murió allí muchos años después, en 1847, a poco de que su nieta adorada, Camila O'Gorman, emprendiera la fuga con el cura Ladislao

Gutiérrez.

12

Mata Hari, la fascinante
(Florencia Etcheves)

A través de los velos asoman unos brazos largos y unas manos pintadas con dibujos javaneses. El torso y las caderas siguen el ritmo extraño de una música sensual. Sobre el escenario del salón del Museo Guimet de París se luce una gran talla del Dios Shiva. Es dorada.

Cae un velo, cae el otro. El cuerpo bronceado queda cubierto solo con un corpiño metálico y un adorno de perlas sobre el pubis. El baile se vuelve feroz para tentar a ese Dios inmóvil. Contorsiones, risas, gemidos.

La bailarina se arrodilla ante el amante sobrenatural. Se quita el corpiño, las perlas caen y rebotan en el piso. Los candelabros se apagan. El impacto en el público se diluye y da lugar al aplauso.

Margaretta corre desnuda, da pequeño saltos y se esconde detrás de un cortinado de pana rojo, el corazón acelerado. La señora Kireyevski, la promotora del espectáculo, se acerca. Sonríe encantada.

—Desde hoy te llamaremos Mata Hari —sentencia—. «Luz del día» en malayalam, el idioma del sur de la india.

—Me gusta —responde la bailarina—. Yo solo soy feliz siendo alguien más que lo que soy.

***

Atrás habían quedado esos años de fines de 1800 en Holanda, cuando la pequeña Margaretta era hostigada por sus amigos. Una adolescente de un metro setenta y cinco de altura, brazos y piernas largas, cabello oscuro y ondulado no entraba en los cánones de belleza de la época. Tal vez por eso, el apodo Mata Hari le pareció

tantísimo más agradable que aquel que le gritaban en su pueblo natal: la giganta.

Sus hombros anchos, sus rasgos severos y carentes de gracia no amedrentaron al capitán del ejército holandés John MacLeod, que encontró en la jovencita un huracán de sensualidad. No dudó en pedir su mano. Se casaron, tuvieron tres hijos y vivieron en Holanda hasta que un ascenso en la carrera militar de John hizo que toda la familia se trasladara a lo que en ese momento eran las Indias Neerlandesas Orientales, hoy conocidas como Indonesia.

Con 22 años, Margaretta representó con solvencia, puertas afuera de su casa, el papel de mujer del comandante. Puertas adentro, su vida era un infierno. Vivía atenta a dos cuestiones vitales: barrer los pisos hasta el hartazgo para impedir que los escorpiones venenosos anidaran bajo los muebles y esquivar los ataques de furia de su marido que, casi siempre, terminaban en golpes.

Cuando escapaba de los escorpiones y de su marido, dedicaba el tiempo libre a aprender una disciplina que con los años la ayudaría a llevar el pan a la mesa: la danza javanesa.

Tras cinco años de vida isleña, Margaretta decidió separarse de su marido y mudarse sola a Paris. Sus biógrafos no coinciden en el motivo de este quiebre en la historia. Unos dicen que en un ataque de violencia John le mordió los pezones hasta arrancárselos; otra versión, menos cruenta, habla de la decisión de una muchacha que siempre supo que estaba para más que barrer y criar niños.

Llegó a Paris convencida de que la cuidad la estaba esperando, pero nada ni nadie la esperaba. Alojada en una pensión barata y con unos pocos francos en el bolsillo, no tuvo más opción que buscar trabajo en los salones y casas de baile, muy de moda a principios de 1900 en Europa. No le fue mal. La señora Kireyevski, cantante retirada y dueña de varias casas de baile, vio en Margaretta algo distinto, un halo de libertinaje que la escandalizó y la fascinó al mismo tiempo.

Y no se equivocó. Le llevó poco tiempo a la bailarina convertirse en un fenómeno que todos pagaban por ver. Sin saberlo, logró que

desnudarse fuera no solo un hecho artístico, sino también que fuera algo aceptable. Para acrecentar la figura de Mata Hari, Margaretta se inventó una vida y, sobre todo, un pasado. En definitiva, así empiezan las fiestas de disfraces, con la fantasía de ser otra. Sus bailes dejaron de ser solo para el ámbito público. En el ámbito privado su arte cotizaba mejor. Mata Hari, de a poco, dejó de ser una bailarina para convertirse en algo mucho más redituable: una cortesana que, a veces, baila.

***

Los mármoles del baño del hotel Grand reflejan las llamas de las velas que arden en los candelabros de plata. A pesar de que los buenos hoteles parisinos tienen electricidad, Mata Hari prefiere una iluminación atenuada.

Se para frente al espejo, está desnuda. Sigue siendo blanquísima, aunque su piel ya no tiene el brillo de la juventud; tampoco su abdomen es el mismo y su cintura se ensanchó. Respira hondo y cierra los ojos con la esperanza de que al abrirlos su cuerpo de bailarina vuelva a estar acomodado como en su memoria. Abre los ojos y la magia no sucede.

Sigue sin poder creer cómo a sus casi 40 años, un joven de menos de 30 está loco por ella. Frota cada centímetro de su cuerpo con un aceite de violetas y sonríe. Quiere darle a su joven y nuevo amor una buena impresión, a pesar de que muchas veces no encuentre atributos y se sienta vacía.

Un golpe en la puerta de la habitación interrumpe sus cavilaciones. Del otro lado de la puerta el conserje le extiende una tragedia en forma de carta: Vladimir, su joven amante, fue herido en combate. Gaseado por los alemanes, perdió un ojo y su garganta también está afectada. Quiere largarse a llorar a los gritos, pero no lo hace y le sonríe al conserje con coquetería. Sabe interpretar bien ese estado de misterio perpetuo.

***

Vladimir Masloff fue el gran amor de Mata Hari. El joven ruso pertenecía al Primer Regimiento Especial Imperial, un grupo de elite enviado por Rusia para servir al ejército francés durante la Primera Guerra Mundial. A pesar de su corta edad, Vladimir estaba curtido por la guerra y apenas hablaba el francés.

Por primera vez, Mata Hari dejó de depender económicamente de los hombres y fue ella la que ocupó el rol de protectora, convirtiendo al muchacho en una especie de gigoló con uniforme. Después de todo, él fue el único que se tomó el trabajo de mirarla con atención, el único que encontró dulzura en una sirena que parecía habitar los pantanos.

Mata Hari puso manos a la obra y movió a sus contactos en Francia para lograr el salvoconducto que le permitiera viajar a Vittel, el balneario francés en donde el muchacho se recuperaba de sus heridas de guerra. El 8 de agosto de 1916 logró una reunión con Georges Ladoux, un capitán del Ejército Francés que se terminaría convirtiendo en su salvación y su condena. «Aún me parece verla, como si fuera ayer, vestida, pese al calor, con un traje sastre oscuro y un sombrero de paja de ala ancha adornado con una pluma. Movía las caderas al andar como una bailarina», recordaría el hombre años después.

La reunión entre ambos fue breve. Ambos tenían claros sus objetivos. Ella, estar cerca de su enamorado herido; él, ganar la guerra.

***

Ladoux está impactado. Había escuchado muchas historias sobre esa mujer que está sentada a menos de un metro de distancia. A pesar de que la imaginaba más joven y atractiva, no puede evitar sentirse seducido. Hay algo profundamente sexual en cada uno de sus movimientos.

—Puesto que usted ama tanto a Francia ¿estaría dispuesta a utilizar su posición de mujer internacional para ayudar a los franceses prestándoles grandes servicios? —pregunta el capitán sin rodeos. Lo

hace casi sin respirar, el perfume de la mujer lo embriaga y lo pone más en peligro que una bala enemiga.

—¿Qué significa ser una mujer internacional? —pregunta ella para ganar tiempo. No solo sabe lo que significa, también sabe que Ladoux le está proponiendo espionaje.

—Su pasaporte holandés la pone en un lugar neutral, le diría que de privilegio para viajar sin problemas por Europa y le permitiría acercarse al príncipe heredero alemán sin sospechas. ¿Aceptaría usted?

Mata Hari larga el aire de a poco y rápidamente pide algo a cambio.

—Soy una mujer cara…

—¿Qué tan cara?

—Un millón de francos y el salvoconducto para viajar a Vittel.

—¿Para qué quiere tanto dinero?

—Para casarme con mi amante.

Ladoux prende un cigarro. El tabaco le sirve para aclarar ideas y tomar decisiones.

—Una pregunta, sin que se ofenda, ¿está usted en condiciones de seducir al príncipe heredero?

Ella frunce la nariz y revolea los ojos. Ambos gestos le sientan encantadores.

—Ya he sido la amante de ese príncipe y los métodos que uso para volver a serlo son cosa mía.

—Muy bien, touché *—responde Ladoux, satisfecho, e insiste—. ¿Entonces está segura de servir a Francia con sus métodos? Es un trabajo peligroso.*

—Por supuesto, por eso pido un millón de francos. Deseo ser lo suficientemente rica para no engañar a Vladimir con otro.

***

Ladoux le enseñó todo lo que tenía que ver con el espionaje de la época: el uso de la tinta invisible, los mapas secretos con los frentes de batalla activos y los programados, las vías de comunicación y los códigos secretos para que los contactos fueran efectivos; también le señaló quiénes eran los hombres clave con los que tenía que

interactuar y los lugares en donde era factible abordarlos.

La primera misión de espionaje de Mata Hari tuvo lugar en Bruselas. Su pasaporte holandés le facilitó entrar en Bélgica a través de Holanda. Instalada en su destino, se contactó con un examante banquero que le presentó al general Ferdinand von Bissing, hombre al mando de la ocupación alemana en ese país.

Apenas unos días le tomó llevarlo a su cama y sonsacarle infomación sobre movimientos de tropas y planes de nuevas ofensivas. Esos datos contentaron a los franceses, por primera vez estaban al tanto de lo que se cocinaba en las altas esferas alemanas. Sin embargo, tal vez por ser una cortesana, la consideraban una espía de menor rango; no le dieron número de identificación, ni claves cifradas, ni nombres de otros agentes en quien apoyarse en caso de peligro.

«Tengo un temperamento espontáneo. No voy a perder tiempo durante meses para obtener informes de escasa importancia. Conseguiré algo grande y desapareceré», le dijo a Ladoux con el objetivo puesto en el príncipe heredero.

Llegar a Alemania no fue tarea fácil, por eso viajó a Madrid a pedirle ayuda a un viejo amigo, el mayor Von Kalle, agregado militar alemán. No sabía que esta decisión le iba a costar la vida.

Los alemanes sospechaban de la cortesana y empezaron a intoxicarla con información falsa que ella difundió de manera errática a sus fuentes francesas. Fue Von Kalle quien envió cables a Berlín haciendo referencia a una agente apodada H-21 que, según sus palabras, resultaba muy útil a los intereses *alemanes.*

Los franceses lograron interceptar los mensajes cifrados y se lanzaron a la búsqueda de la misteriosa agente H-21. Ajena a las investigaciones y debates sobre su persona que ardían en boca de los aliados, Mata Hari decidió regresar a Francia motivada por su único interés: su amante. El soldado Vladimir había sido dado de alta y la esperaba en París.

***

La habitación del Hotel Elysée Palace está helada. Los techos altos y los ventanales de vidrio no ayudan a mantener el calor de los leños encendidos. Mata Hari calienta agua y llena la bañera. Perfuma el agua con aceites de rosas y se sumerge. Su cuerpo desnudo; el cabello, suelto. Escucha la puerta de la habitación abrirse a los golpes. Sabe que no son buenas noticias, sin embargo, no se inquieta.

—Madame, ¿está usted allí? Soy el capitán Bouchardon, nos tiene que acompañar.

Mata Hari sale del agua y se cubre con una túnica de gasa.

—Por supuesto, Capitán, pero antes necesito cambiarme —dice ella —. No es de señora distinguida salir a la calle en paños menores. Y, además, hace frío.

Sobre la cama hay un casco de guerra del ejército alemán. Dentro del casco, bombones de chocolate. Mata Hari ofrece chocolates a sus captores.

***

En enero de 1917, Mata Hari fue alojada en la cárcel de Saint-Lazare. Admitió, sin tapujos, haber recibido pagos de oficiales y jerarcas del ejército alemán, pero negó enfáticamente que esos pagos tuvieran que ver con tareas de espionaje: «Siempre brindé otro tipo de servicios con los que me mantuve sola toda mi vida», aseveró.

En algunas oficinas del ejército francés sospechaban que los mensajes alemanes interceptados que acusaban a Mata Hari de ser una doble agente al servicio de Alemania, estaban «intoxicados». Nadie podía explicar por qué los alemanes usaban un código cifrado viejo e inoperante. Sin embargo, nadie ahondó en la posibilidad de que se hubiera montado una farsa para quitar a Mata Hari del medio.

En julio del mismo año y a puertas cerradas empezaron a juzgar a Margaretta Zelle MacLeod, alias Mata Hari, alias agente H-21. La acusación era gravísima: espionaje e inteligencia con el enemigo. El consejo de guerra francés fue el encargado de recibir los testimonios

a favor y en contra.

Varios de sus amantes fueron leales a la mujer que tantas alegrías les había dado y juraron que Mata Hari era una persona proba, íntegra e incapaz de traicionar a un país que siempre amó y fue su hogar. El dolor más grande llegó el día en el que Vladimir Maslov, su joven amor, la trató en público de cortesana sin códigos y de mentirosa. Parecía haber olvidado los días de amor en Vittel, esos días causantes de la desgracia de Mata Hari.

Cuando llegó su turno de declarar, la mujer no logró mantener esa calma que siempre fue su aliada y a los gritos aseguró: «¿Ramera? Lo admito. Pero ¡espía jamás! Siempre viví para el amor y el placer».

De nada sirvió su furia. En menos de una hora el tribunal la declaró culpable y la condenó al fusilamiento. Allí mismo le puso fecha y lugar a la barbarie: 15 de octubre de 1917 en las barracas del regimiento de Vincennes, en las afueras de la capital francesa. Ese París que la vio brillar también la iba a ver morir.

***

Se levanta del catre de su celda de prisión con dolor de espalda. Su cuerpo no está acostumbrado a dormir en otro colchón que no sea de plumas. De todas maneras, Mata Hari sabe que esa noche no volverá a dormir en ese pedazo de lana húmeda y apelmazada. Esa noche estará muerta.

Escribe una carta con rapidez, la carta del final. El papel y la pluma no fueron los únicos pedidos que sus carceleros le concedieron, también le trajeron una maleta con algunas de sus prendas de lujo. Se pone las medias de seda color marrón debajo de la túnica del mismo tono. La capa larga forrada de piel con capucha se siente como un abrazo. En un costado, está su sombrero de fieltro negro, tan grande y elegante. Y los guantes. Decide que también los va a usar. Como toda mujer elegante.

—Estoy lista —dice.

Y la comitiva la acompaña hasta un automóvil.

El pelotón de fusilamiento está preparado. Los soldados miran al

frente, a un punto ciego e indefinido en el que buscan su conciencia. No la encuentran. Mata Hari se coloca frente a sus verdugos, a unos metros.

—No quiero que me venden los ojos —pide.

Le conceden el deseo. No reza, no se santigua, no llora, no ruega. Solo levanta una de sus manos, la besa y lanza el beso a los soldados que la apuntan. Como si todo fuera una escena, un espectáculo.

Los disparos suenan. Cuatro de ellos impactan en el cuerpo de Mata Hari. Su cuerpo cae en cámara lenta. Las rodillas se doblan. Las caderas y el torso impactan contra el piso. La cabeza, sin embargo, sigue erguida. El sargento de caballería Petey es el encargado del tiro de gracia. Lo hace de manera rápida y efectiva. Una extraña forma de piedad.

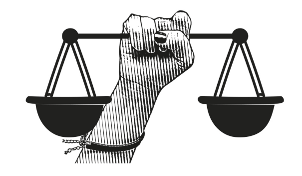
El abogado de Mata Hari quita la mirada del cadáver de la mujer que también supo ser su amante. Saca de su bolsillo un papel y repasa la letra redonda y prolija de la fascinante mujer. Entre susurros lee el texto:

> *Por mi parte, he sido sincera. Tanto mi vida como mi propio interés son garantía de ello. Hoy, todo se derrumba a mi alrededor, todos me vuelven la espalda, incluso aquel por quien yo hubiera sido capaz de cualquier cosa. Jamás imaginé que el ser humano fuera tan cobarde. En fin, que así sea. Estoy sola. Me defenderé y, si sucumbo, lo haré con una sonrisa de profundo desprecio.*

PARTE III

¿Qué es ser una mujer poderosa?

(Florencia Freijo)



Para preguntarnos qué es una mujer con poder, como vimos en el apartado sobre sexualidad femenina, primero debemos definir qué es el poder. En la actualidad, la frase «mujer empoderada» es algo popular, pero también un término que se utiliza en el ámbito corporativo o del derecho internacional para definir una especie de horizonte al que debemos llegar. Como si en principio fuera algo que una logra por sí misma, o como si en última instancia no fuera algo que convive en tensión con otras circunstancias, y que depende, en la mayoría de los casos, del contexto social.

Para decirlo desde el principio: no existe el llamado «poder femenino». Por una simple razón: el poder es uno solo, y pensar que hay un «poder que solo tienen las mujeres» es sacarnos de las negociaciones en los espacios colectivos, y encerrarnos en una especie de «cocina simbólica» donde se dirimen cosas que «solo nosotras sabemos».

Por eso, primero tenemos que preguntarnos qué pensamos cuando pensamos en alguien con poder. En este sentido, podemos encontrar algunas variables comunes: las personas que tienen poder tienen acceso a bienes materiales, patrimoniales y educativos. También cultivan relaciones sociales con otras personas en ámbitos de decisión.

Cuando abordo este tema en los diversos espacios de divulgación en que participo e invito a la reflexión sobre qué es ser una persona con poder, automáticamente aparece el tema del dinero o de la voz pública. Pero hay dos variables que no aparecen frecuentemente, y que son más difíciles de percibir: el tiempo y el reconocimiento.

El tiempo refiere a las posibilidades que tenemos de producir, concentrar y reproducir las variables que nos dan poder. Para hacer dinero se necesita tiempo, para educarse también, para tener relaciones sociales fructíferas se necesita no estar encerrado en un espacio. Por eso, para entender cómo el poder no sale de una persona, sino del contexto y sus posibilidades, entender cómo funciona el tiempo en relación a la variable sexo es clave.

¿Cómo es la distribución del tiempo entre hombres y mujeres?

Los datos nos hablan de una distribución desigual, dado que las mujeres mayormente tienen que trabajar en la falsa «compatibilidad» de las tareas del hogar, las de crianza y las profesionales. Me refiero a falsa compatibilidad dado que estas tareas, lejos de poder desarrollarse en equilibrio, producen un desgaste del cuerpo físico y la salud emocional y física que tienen un costo enorme: la pérdida de energía para, justamente, desarrollar recursos y situaciones que nos beneficien y enriquezcan las distintas variables que hacen al «poder».

El poder tiene que ver con la autonomía, con la posibilidad de tomar decisiones, hacer elecciones y tener opciones para poder decidir. Algunos ejemplos para pensar: ¿tiene una mujer poder sobre su cuerpo cuando el ámbito social le recorta contantemente los límites de lo que es y lo que no deseable a nivel físico, y corroe su comportamiento para que dependa de estas exigencias? ¿Tiene una mujer poder y autonomía profesional cuando sabe que en algún punto de su carrera caerá en una «escalera rota», es decir, en un bache en su ascenso profesional porque el mercado de trabajo no se adecua para que las mujeres en puestos jerárquicos tengan una demanda que les permita, además, criar y cuidar? ¿Tiene una mujer autonomía económica, o puede aspirar a ella, cuando en todo el mundo la percepción salarial femenina es más baja? ¿O cuando los trabajos históricamente feminizados están peores pagos? Entonces, ¿de qué poder hablamos, qué autonomía podemos enunciar si se nos sigue pidiendo que nosotras solas podamos contra la estructura de un mundo entero?

El arquetipo de la «mujer empoderada» es una maniobra distractora para cansarnos, enloquecernos y para que nos dirijamos una por una a un destino de inconformismo, que lejos de «empoderar» nuestra voz, nuestras narrativas y experiencias, nos terminará aislando entre tantas exigencias.

En esto hay otra trampa, y es que se nos pide como «poder» que podamos acercarnos hacia lo que se considera tradicionalmente como poderoso, que ¡oh casualidad! refiere a lo masculino… pero que además no abandonemos los lugares tradicionalmente

considerados como femeninos. Nadie piensa en un hombre con poder lavando los platos. En cambio, pareciera que, en el inconsciente colectivo, la mujer empoderada acaba de cerrar un contrato millonario para su empresa en tacos de 10 centímetros, mientras pone sobre la mesa del directorio un budín recién horneado para sus colegas y recuerda que por la tarde tiene que ir a comprar la verdura para las viandas escolares que deben contener «comida de calidad». Personalmente, mi representación de mujer empoderada es la que puede dejar de naturalizar estas cosas, porque tiene acceso al conocimiento, y porque puede instrumentalizar en palabras concretas, con datos y ejemplos, estas injusticias para tratar de desactivarlas en su vida y en la vida de las mujeres que conforman sus vínculos.

Ahora bien, si todo esto no es suficiente para representar por qué la mujer empoderada no existe por sí misma, tenemos que acercarnos a la otra variable fundamental para entender el poder como forma relacional dentro de la sociedad, y es el reconocimiento. Las personas, por más poderosas que se sientan, para efectivamente tener poder, es decir influenciar diferentes ámbitos con sus decisiones, deben ser reconocidas efectivamente como voz de autoridad. Pero nuestra voz como mujeres, como también vimos en el apartado sobre sexualidad, ha sido siempre puesta en tela de juicio, y no solo en ámbitos de trabajo, sino también en nuestros ámbitos vinculares: amigos, pareja, familia. Nuestros argumentos son menoscabados, nuestras experiencias son minimizadas.

De hecho, un estudio (1) del año 2007 producido por investigadores de la universidad de Yale y Northwestern, descubrió que, en el ámbito laboral, los enojos de las mujeres generaban un descreimiento automático en cómo eran percibidas sus facultades y logros profesionales, y sus argumentos sobre los distintos desafíos o tensiones eran minimizados. Por otro lado, cuando se enojaban, sus argumentos se disipaban y sus emociones eran explicadas a través de rasgos negativos de su personalidad. Es decir, no se consideraba su malestar como algo real, sino como ciertos «desequilibrios» en su

matriz emocional. Dato no menor: esta percepción no era solo de hombres hacia mujeres, sino también de mujeres hacia otras mujeres. Respecto a las variables que se utilizaban para medir, obtenían distintos valores cuando la percepción era hacia varones: los enojos eran percibidos como determinación; la seriedad, como un valor de liderazgo y autoridad, y los procesos en la toma de decisión, como algo necesario que justificaba su posición.

Esta investigación puede extrapolarse a las experiencias individuales de cada una de nosotras, que en algún momento hemos sentido ser juzgadas con esta vara, a través de comentarios como: «estás histérica, estás sensible ¿ves cómo sos?».

El reconocimiento es crucial y sin embargo no sucede. Pero, además, mientras estamos tratando de ser tenidas en cuenta, sufrimos violencia. Algo que desalienta constantemente los mecanismos de participación en espacios de tensión y decisiones públicas. Según un informe del Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA) (2) sobre violencia política en Argentina, el 64% de las dirigentes han sido amenazadas o intimidadas durante el ejercicio de sus funciones políticas. Al 58% le habían impedido que asistiera a reuniones importantes o en las que se toman decisiones relevantes.

Es muy difícil, además, sobreponerse a esta violencia y falta de reconocimiento cuando encima somos pocas las que estamos en esas posiciones. Se suele percibir que ahora las mujeres dominamos la esfera pública, un grave error si tenemos en cuenta que todavía la brecha de representación sigue siendo muy amplia entre hombres y mujeres, tanto en el ámbito público como en el privado. En el ámbito político (3), en Japón, por ejemplo, para el año 2018 las mujeres representaban solo un 20,7 % de participación en la cámara alta, y un 10,1% en la baja. Ese mismo año, en el parlamento turco, la representación de las mujeres fue del 17.1 %. Lo mismo encontramos en Rusia, con cifras que promedian el 16% entre ambas cámaras. Exceptuando Ruanda, Bolivia y Cuba, en ningún otro país del mundo hay más del 50% de mujeres gobernando en los parlamentos. Es claro que estamos

subrepresentadas.

Entonces, para hablar de poder, hay que olvidar las construcciones publicitarias de mujeres que pueden con todo, y empezar a reclamarle a la sociedad que transforme los espacios de disputa de ese poder, para que también podamos ser parte.

Por ejemplo, es imprescindible transformar la percepción social que tenemos sobre la credibilidad de las mujeres y su voz pública. Esto requiere un ejercicio cognitivo de esfuerzo y conciencia a nivel individual, donde vamos a tener que ser muy autocríticas/críticas para entender que también somos responsables de ejercer la falta de credibilidad hacia la otra. Hay que hacerse cargo de que la libertad, o el lugar de visibilidad y consideración que tiene una mujer, muchas veces nos molesta. Probablemente porque refleje nuestra falta de poder y nuestras limitaciones.

Tiempo y reconocimiento son entonces las dos variables olvidadas del poder y de las estructuras que lo hacen posible. A esto también debemos sumar la seguridad de que, cuando lleguemos ahí, no vamos a ser violentadas, desacreditadas, cansadas hasta el hartazgo y finalmente expulsadas.

Las historias que vamos a conocer en este apartado refieren a mujeres como Whitney Wolfe Heard, la creadora de la app Tinder; o las beguinas, que una vez que lograron cuotas de poder, fueron excluidas. Esta exclusión social hacia las mujeres con poder es una variable constante en la Historia. Muchas veces creemos que fue una «decisión individual» o que las mujeres no se bancan esos lugares de competencia porque son «emocionales y racionalmente más débiles» —algo que la historia de Encarnación Ezcurra se encarga de desmitificar, como veremos—. Estos arquetipos injustos siguen impregnando la mirada social sobre nosotras, y son la máscara perfecta para que no veamos que en realidad hubo mecanismos externos que nos corrieron de ahí. Terminamos de perder cuando nos convencemos de que fue nuestra decisión apagar nuestra voz, en un acto de protección o para descomprimir la enorme carga mental que produce la tensión de estar allí.

Si tuvimos que corrernos, no fue una decisión personal, sino un

mecanismo coercitivo colectivo e histórico. Es injusto que sigamos pagando con el costo de nuestras renuncias la búsqueda de mejores lugares para nosotras.

Otra variable para entender que el poder no funciona como algo individual, es la socialización del mismo y cómo esto genera pedagogía en nosotras. Es decir, cuando vemos a una mujer que tiene poder ¿cómo la vemos? ¿Qué ha tenido que hacer para estar ahí? ¿Cómo le ha ido? Nosotras todavía no tenemos modelos seguros. Todas las mujeres con poder que conocemos han recibido una violencia inusitada, pero, sobre todo, han sido señaladas como culpables de algo. A las tres mujeres que describiremos en esta tercera parte, podemos sumar muchas mujeres del mundo de la política más contemporánea, o mujeres del mundo del entretenimiento. Todas han pagado costos altos. ¿Estamos dispuestas a hacerlo nosotras también?

Sobre esta pregunta, por supuesto que pesa una decisión de determinación individual, pero no podemos definir esa determinación como algo del orden del poder o del empoderamiento. Esa determinación puede hacer que te muevas, que inicies, que rompas puertas, como tantas lo han hecho, pero cuando al final del día las flores de nuestro reconocimiento están marchitas, el camino parece muy injusto.

---

1. Brescoll, Victoria L. y Uhlmann, Eric L., «Can an Angry Woman Get Ahead? Status Conferral, Gender, and Expression of Emotion in the Workplace», *Psychological Science*, vol. 19, nº 3, marzo de 2008, pp. 268-275. doi: 10.1111/j.1467-9280.2008.02079.x. PMID: 18315800.

2. ELA - Equipo Latinoamericano de Justicia y Género, «Violencia política contra las mujeres en Argentina», 2018. https://ela.org.ar/publicaciones-documentos/violencia-politica-contra-las-mujeres-en-argentina-experiencias-en-primera-persona/

3. ONU Mujeres, «Hechos y cifras. Liderazgo y participación política de las mujeres». https://www.unwomen.org/es/what-we-do/leadership-and-political-participation/facts-and-ps

13

Whitney Wolfe Herd, la fundadora

(Florencia Etcheves)

A pesar de los techos altos, de las baldosas de barro cocido que siempre se mantienen frescas y de los ventanales enormes que airean la sala, el calor sofocante logra burlar la estructura.

Whitney está de pie con las manos en la cintura. Mira desafiante al aparato de aire acondicionado. No lo va a encender. Es decisión tomada, la primera de la mañana. Descalza, vestida con un solero liviano de color azul y con la mata de cabello rubio sostenido en una cola, toma la segunda decisión: abrir la caja de cartón que estuvo guardada en el sótano durante años. Esa caja en la que escondió los recuerdos más dolorosos.

Pero antes necesita contemplar la portada de una revista que una amiga enmarcó y le dio como regalo. Es el único cuadro en la pared central de su escritorio de home office. Lo primero que mira cuando empieza a trabajar y lo último antes de cerrar la puerta y dedicarse a su vida doméstica.

Es la portada de la revista Forbes*, la publicación especializada en negocios y finanzas más influyente del mundo. Una mínima mención en esas páginas es tocar el cielo con las manos. Y ella, Whitney Wolfe Herd, está en la tapa. Con foto y todo.*

Sonríe. En la mesa de mármol la caja cerrada a cal y canto la espera. Pone ambas manos sobre el cartón. Primero una; después, la otra. Respira hondo y quita la tapa.

***

La melena dorada, despeinada y al viento cae sobre los hombros de un vestido violeta. Mangas cortas de gasa, entallado y con unos volados en la pechera. Sexy y conservador al mismo tiempo. Con una mano se sostiene la cintura; con la otra, un teléfono celular. Casi nada de maquillaje, los labios apenas rosados. Si nos tomamos el trabajo de mirar con atención el gesto de su rostro, podemos encontrar una dulzura solapada.

La foto de Whitney en la histórica portada de revista *Forbes* es impactante por la sencillez de su protagonista. Una chica común y corriente de apenas 25 años con una cuenta bancaria exorbitante. Pero no fue elegida por su dinero. Uno de los motivos de esa portada es que cada dólar de sus millones fue generado por ella misma; el otro, es que es mujer. La mujer de las citas por internet, la reina del negocio del amor.

Nació en 1989 en un pueblo mormón de Salt Lake City en los Estados Unidos, sin embargo, supo absorber la cultura judía por parte de su padre y la católica por parte de su madre. Todo le llamaba la atención y observaba con detenimiento y curiosidad los comportamientos de las personas. Desde muy chica siempre supo que había mucho en el mundo para aprender.

A los 11 años se mudó con su familia a París y supo que era tiempo de hacer algo con todo lo aprendido. La palabra «emprender» la fascinó. Quería hacer cosas nuevas, algo que no existiera, algo que nadie hubiera hecho antes. Pero su colegio secundario no la estimuló lo suficiente. El arte y la fotografía eran las cuestiones que más le interesaban y llegó a obsesionarse con ambas disciplinas. Visitas a museos, muestras, lecturas; Whitney necesitaba que todo el acopio de información tomara forma en su cabeza. «Fui una emprendedora intuitiva», dijo hace un tiempo en una entrevista. Esa chica rubia, flaquita, de ojos grandes y andar desgarbado, no sabía en ese entonces lo lejos que la iba a llevar su intuición.

***

Como si fuera Alicia en el país de las maravillas, Whitney asoma la cabeza en el agujero en el que se convirtió esa caja de recuerdos dolorosos. Lo primero que ve le provoca una mezcla de nostalgia y alegría. ¿Cómo una simple remera de algodón puede causar un huracán semejante?

La saca con un cuidado maternal, cierra los ojos y se la calza. Se para frente al espejo gigante que cuelga de una de las paredes y abre los ojos. El amarillo le sienta bien, siempre le gustó ese color que contrasta con el celeste de sus ojos. Lee en voz alta la frase estampada en el pecho:

—No me pidas mi número, búscame en Tinder.

¿Cuántas veces repitió las mil variantes de esa frase antes de que la definitiva terminara impresa en remeras? ¿Cien? ¿Mil? No lo recuerda. Evoca los últimos días antes de graduarse, en la cafetería de la universidad. La mesa del fondo, en una esquina que le permitía ver a todos sin ser vista por nadie y las dos billeteras: en una los pocos dólares disponibles para tomar café y comer hasta fin del mes; en la otra, el ticket del banco con la cifra magra de dinero disponible para el marketing de su proyecto tecnológico: Tinder.

Se quita la remera y la dobla al detalle. Mete la mano en la caja, busca al tacto ambas billeteras con la certeza de que su memoria podría corporizarlas. No las encuentra. No tiene el don de materializar objetos imaginarios. Todavía.

***

Tinder —que en inglés significa «inflamable»— es una aplicación de citas y encuentros online. Posee una interfaz de usuario que despliega una cantidad de perfiles de otros usuarios, una especie de góndola digital donde se pueden elegir personas por fotos o características en común. De manera anónima y deslizando el dedo por la pantalla del celular, hacia la izquierda o la derecha, se puede aceptar o rechazar a un candidato o candidata. Con quinientos millones de descargas y más de setenta mil millones de contactos, en apenas una década Tinder impuso las reglas del amor digital.

La idea de un grupo de amigos universitarios tuvo un germen tan simple como sólido: la timidez de muchas personas a encarar un primer contacto amoroso. Los creadores tenían la certeza de que cientos de hombres y de mujeres habían perdido la oportunidad de conocer a su media naranja por temor a ser rechazados. Tinder vendría a facilitar un proceso que, para muchos, puede ser -traumático.

En muchas publicaciones, cuando se habla de la historia de Tinder la información es esta: Sean Rad, Justin Mateen y Jonathan Badeen, especialistas en desarrollo de aplicaciones, fueron quienes pensaron, idearon, crearon, potenciaron, difundieron y pusieron en valor esta nueva forma de relacionarse y de mantener relaciones amorosas o sexuales. Muchachos talentosos, creativos y emprendedores que se unieron como si el único destino posible fuera el éxito.

Pero en esas publicaciones no aparece una persona que cofundó con ellos la plataforma y que fue borrada de la historia oficial por haber cometido dos pecados: no callar y ser mujer. A cientos de miles de personas Tinder les acercó al amor de sus vidas, a Whitney Wolfe Herd le rompió el corazón.

Ella misma dijo en un reportaje: «Me rompió en mil pedazos y de muchas maneras. Tenía 24 años y había estado trabajando con mucha pasión, dedicación y convicción en ese proyecto».

***

Se sirve un vaso de agua helada. Siente el frescor pasar por la lengua, la garganta hasta llegar tibio al pecho. El agua arrastra las ganas de llorar. En el fondo de la caja, una foto le trae los recuerdos de la fiesta, de esa noche en la que todo empezó.

Levanta la foto con las puntas de los dedos como si el papel quemara. En realidad, quema. Esa llaga en el corazón parece no haber sanado todavía. En el costado de la foto se lo ve a Justin que abraza a Jonathan que abraza Sean que la abraza a ella. Entrelazados, unidos, con esa actitud que tienen los que saben que el mundo por delante les

corresponde.

Se concentra en Justin. Le sigue pareciendo guapo con ese aire un poco rudo y tierno al mismo tiempo y, además, esa remera roja le quedaba muy bien. Jonathan y Sean son los únicos que sonríen abiertamente, como esas personas habitadas por el deseo de ser siempre agradables.

Enfoca la mirada en la Whitney que fue hace casi diez años atrás. El cabello menos rubio y peinado hacia el costado, el vestido negro que la hacía parecer una persona confiable y esa sonrisa recatada que practicó infinidad de veces frente al espejo.

Abre uno de los cajones del escritorio y saca una tijera. Corta la foto en cuatro partes. En cada parte, uno de ellos. No hay un hilo más fuerte que el que une a alguien con quien le hizo daño. Guarda a Justin, Sean y Jonathan en la caja. A la Whitney de la foto la deja sobre el mármol de la mesa. Necesita mirarla un rato más.

***

La idea inicial de Tinder se gestó en 2010 en los Estados Unidos en un encuentro de programadores llamado Hackatón, cuyo objetivo era armar diferentes softwares de manera colaborativa.

Justin, Jonathan, Sean y Whitney llevaron un concepto: que encontrar una cita romántica fuera un juego. La inspiración la sacaron de los mazos de cartas para crear la mecánica del *match* (coincidencia); a esta idea la llamaron Matchbox.

Dos años después, la idea vería la luz de una manera original. Los cuatro no eran más que un grupo de universitarios que sabían que el ambiente de las universidades estaba a punto para poner en valor al producto y aprovecharon una fiesta en la Universidad del Sur de California. Sabían que quinientas personas habían confirmado su presencia en el evento, una base interesante para arrancar, pero no suficiente.

Con los ahorros de los cuatro decidieron invertir para que el festejo fuera más grande y en la puerta pusieron a un guardaespaldas destinado a chequear la única condición para entrar

en el evento: tener descargado Tinder en el teléfono.

Dos años después, la aplicación había logrado mil millones de encuentros digitales.

El negocio del amor parecía imparable, pero puertas adentro el desamor fue lo que ocasionó el cimbronazo. Whitney Wolfe denunció a su propia empresa por acoso sexual y discriminación. Aseguró que cuando decidió terminar una relación afectiva con Justin Mateen, por ese entonces director de marketing, él abusó verbalmente de ella y le arrebató el puesto de fundadora. El escándalo pasó a la esfera pública y el nombre de Whitney quedó en medio de la polémica. «Fue mucho antes del movimiento Times Up en donde se denuncian los malos tratos a las mujeres en la industria tecnológica, por lo que me sentía muy sola, asustada y abandonada. Fue aterrador», declaró en una entrevista años después. «Después de dejar Tinder, me juzgaban, me criticaban, me pasó eso que todos temen: el escarnio, el rechazo».

Whitney ofreció su renuncia a cambio de una indemnización, pero su examigo Sean Rad la despidió sin más. No le quedó otra opción; hizo la denuncia formal. Presentó los mensajes como prueba del acoso. La empresa manifestó que la denuncia de Whitney estaba plagada de inexactitudes y negó haberla discriminado por género.

Ella insistió y no se quedó callada: «Aunque es tentador describir la conducta de los principales ejecutivos de Tinder como la de jóvenes universitarios, de hecho es mucho peor: representa lo peor del estereotipo misoginista y de macho alfa usualmente asociado a compañías emergentes de tecnología».

***

Vuelve a meter la mano en la caja para rescatar su libreta de ideas. Es pequeña, de tapas color rojo y de hojas amarillentas. Sonríe al ver su letra desprolija de palabras sueltas que, a simple vista, parecen no tener conexión alguna.

Se la acerca a la nariz, necesita olerla. Recuerda que solía escribir con una lapicera de tinta con olor a ananá. Aspira y larga el aire,

frustrada. La tinta ya no huele a nada. Una frase le llama la atención, la claridad de ese concepto todavía la acompaña como inspiración: Internet fue diseñada pensando en los hombres.

Arranca la hoja y la acomoda junto al pedazo de foto con su imagen.

***

Finalmente, Tinder y Withney llegaron a un acuerdo legal sobre el que ambas partes tienen acordado no hablar.

La empresaria pasó mucho tiempo tratando de armar los pedazos de su vida y rechazando las llamadas insistentes de un hombre que confiaba en ella mucho más que ella misma. Andrey Andreev era por ese entonces un joven multimillonario nacido en Rusia que solía usar siempre pantalones de jean y remera blanca de algodón para no perder tiempo pensando en cómo vestir, pero, además, era dueño y fundador de Badoo, la aplicación de citas pionera y, para muchos, más amigable e inclusiva del mundo.

Withney finalmente aceptó el llamado y la propuesta la impactó: Andreev le ponía su mega empresa a disposición para que ella pudiera crear lo que le viniera en ganas y en mente. Y así fue.

Durante su duelo de Tinder había tenido tiempo para pensar en lo desprotegidas que están las mujeres y las niñas en el mundo virtual, una réplica del mundo real que ella estaba dispuesta a cambiar. «Tenemos que ser exitosas, independientes, pero al mismo tiempo se nos pide que seamos recatadas en nuestras relaciones amorosas. Esperar a que él te llame, te envíe un mensaje, que te invite a salir y esto tiene que ver con quién inicia la conversación, quién la impulsa. Me parecía injusto que estuviera mal visto que una mujer diera el primer paso cuando le gustaba alguien. Entonces me dije ¿por qué no?», aseguró en una entrevista televisiva.

Así nació Bumble, la aplicación de citas en donde las mujeres lideran la conversación, pero también tiene la particularidad de sobrecargar al algoritmo para modificar el destino. Si fuéramos a un bar a buscar a alguien afín, tendríamos que estar allí en el momento

exacto en el que la persona está en la barra pidiendo un trago. -Bumble permite conectar con personas que tal vez llegaron al bar cinco minutos después de que nos fuéramos.

«Bumble nació porque yo notaba un problema y a mí me gusta identificar los problemas y después solucionarlos. Muchas personas están inmersas en relaciones tóxicas y degradantes. Y las mujeres son las que más sufren los abusos y acosos porque además tienen que permanecer calladas», insiste Whitney.

El éxito no tardó en llegar. Bumble cuenta con más de cien millones de usuarios en todo el mundo y una valoración bursátil millonaria en la bolsa de Estados Unidos, porque ella fue la CEO mujer más joven en llevar una empresa a la bolsa. Además de fundadora y alma mater, Whitney es dueña de un porcentaje de la compañía.

También fue nombrada en la lista de la revista *Time* como una de las cien personas más influyentes del planeta y encabeza para la revista *InStyle* el grupo de mujeres que están cambiando el mundo y que, tal vez, como ella también guarden cajas simbólicas de recuerdos dolorosos.

A pesar de todo, con su simpleza sostiene que la única fórmula mágica que le sirvió en su vida fue una combinación de dos rasgos de su personalidad: curiosidad y convicción.

***

La caja está casi vacía. Solo queda por mirar el anuario del instituto. Whitney lo saca y sonríe. Su foto de niña le llama la atención. A pesar de los años sigue manteniendo la mirada limpia y clara. Una mirada que invita a la conversación amable, como Bumble.

Debajo de la foto está impresa la frase que tuvo que elegir. Una cita que la identificara era la consigna. Recuerda que no le costó nada hacerlo, Walt Disney siempre la fascinó: «Si puedes soñarlo, puedes hacerlo; recuerda que todo esto empezó con un sueño y un ratón».

Decide guardar en un cajón la remera, el pedazo de foto y el anuario. Los quiere tener cerca. Ya no duelen. Se sienta en el sillón de

cuero marrón. Es blando, confortable y el cuero sigue oliendo a nuevo. Un aroma que le inspira confianza.

Desde su teléfono celular chequea sus mails. La gente de marketing de Bumble le envió la gráfica para los carteles de publicidad para la vía pública, uno le llama la atención, le gusta tanto que decide guardar la imagen en su galería. Sabe que en unos meses la va a usar para un posteo de Instagram. En letras negras y blancas sobre un fondo amarillo dice: «Sé la CEO con el que tus padres siempre quisieron que te casaras. Y después encontrá a alguien que te guste».

14

Encarnación Ezcurra, la mandataria

(Florencia Canale)

En el siglo XIX, la identidad de una mujer era reconocida en base a su relación con un hombre. Hubo muy pocas —Mariquita Sánchez de Thompson y Juana Azurduy, por ejemplo— con nombre propio, y los hombres que las acompañaron son conocidos como «el marido de». Si alguien los nombrara, casi nadie sabría quiénes fueron.

También era inconcebible que las mujeres tuvieran un lugar en la política o se irguieran con poderío propio. La única que detentó el poder y ejerció la política en el espacio público en esa época fue Encarnación Ezcurra. No se puede dejar de enunciar que fue la esposa de Juan Manuel de Rosas, el hombre que dividió el siglo en dos, que despertó amores y odios como ninguno. Sin embargo, Encarnación tuvo peso propio y merece un lugar destacado dentro de la historia argentina.

María de la Encarnación Ezcurra y Arguibel nació en Buenos Aires, el 25 de marzo de 1795. Desde pequeña mostró aptitudes originales para una niña, por la época en la que vivía. La educación la había recibido puertas adentro. En ese entonces aún no existía la enseñanza pública para señoritas, solo los varones podían ir a la escuela. Las niñas aprendían a leer y a escribir —las de las clases acomodadas— con una madre solícita o, en su defecto, con una institutriz.

La menor de las Ezcurra leía y escribía, pero esos conocimientos no le fueron suficientes. La niña tenía facilidad con los números. Cuando su padre se encerraba en el despacho a hacer los libros —la práctica contable que llevan adelante los contadores en la actualidad—, Encarnación pedía permiso para observar. Tan

despierta era que don Juan Ignacio se ocupó de enseñarle.

Con el tiempo, se convertiría en una avezada ecónoma, dedicándose a manejar los números de su casa, los de sus padres y, más adelante, los de Facundo Quiroga, amigo y camarada de su esposo, que era un despilfarrador eximio, además de jugador, y en varias ocasiones, presto a perder la fortuna de la familia. El caudillo riojano le imploró que lo ayudara, y ella ordenó sus finanzas como más tarde pondría su propio orden en la política de esos años.

***

Al llegar a la adultez, Encarnación conoció a quien luego sería el hombre de su vida. Juan Manuel de Rosas —aún usaba su verdadero apellido: Ortiz de Rozas— había vuelto a Buenos Aires, tras una larga temporada en el campo. Le gustaba la vida de tierra adentro, se había criado en Rincón de López, el inmenso campo de su madre, doña Agustina López de Osornio, en el sur de la provincia.

Los jóvenes se conocieron por relaciones en común. Y rápidamente sintieron la atracción. Juan Manuel se había convertido en el soltero más codiciado de Buenos Aires: guapo y rico, no hacía falta nada más. Encarnación, en cambio, no mostraba demasiado interés por la oferta y demanda de posibles apareamientos.

En su casa se habían vivido cuestiones de altísima preocupación. Su hermana mayor, María Josefa, «Pepa», se había fugado tras los pasos de Manuel Belgrano, con quien había vivido un romance trunco. La mayor de las Ezcurra había querido casarse con el creador de la bandera, pero sus padres lo habían rechazado por no reunir las condiciones necesarias para la familia. Para paliar la intentona, le habían traído de España, a un primo: a la velocidad de la luz la casaron con Juan Esteban Ezcurra y asunto terminado.

Pero el amor entre Pepa y Manuel había sido más fuerte. La señora había tomado un carruaje para ir detrás de Belgrano, que se encontraba en el norte del país liderando el Ejército del Norte. El

marido había regresado a España, corrían los meses posteriores a mayo de 1810, los españoles eran mal vistos en Buenos Aires y la persecución había crecido. De cualquier manera, Pepa mantenía el estatus de mujer casada. Su padre, tras la fuga, la despreció y mató simbólicamente. Encarnación rechazó el accionar de su hermana. No estaba bien visto que una señora mantuviera una doble vida, y tanto más si era una fugitiva de la moral y las buenas costumbres.

***

Encarnación y Juan Manuel se enamoraron. Poco le importó, a él, la vida social y la presentación de señoritas. Supo que ella era la indicada. Cuando cada uno fue a anunciar a sus padres que tenían intenciones serias, las respuestas fueron diametralmente opuestas. Los Ezcurra vivaron de alegría: los Ortiz de Rozas eran una de las familias más importantes de Buenos Aires. Juan Manuel ya se había deshecho del apellido para renombrarse como Rosas. Había tenido una pelea con sus padres, había decidido independizarse. Armó un negocio próspero, un saladero junto con Mariano Dorrego y Juan Terrero, que lo convirtió en uno de los hombres más ricos de la región. Rosas, además de portar apellidos ilustres por parte de madre y padre, era dueño de una fortuna en creces. Es decir, era un candidato sublime.

Pero esto no fue lo mismo para doña Agustina López de Osornio. Cuando su hijo le contó que quería casarse con Encarnación Ezcurra, la señora puso el grito en el cielo. Le dijo que era fea, grande —se llevaban apenas dos años de diferencia, pero cualquier excusa era pertinente para la dama—, poca cosa para él, que no - estaba a su altura, que era aún demasiado joven para casarse y una sarta de improperios que retumbaron en la sala.

Sin embargo, Encarnación no iba a dar el brazo a torcer. Este hecho marcaría la inmensa personalidad que la dominará hasta el fin de sus días. Decidió inventar un embarazo provocado por Juan Manuel, y que la noticia llegara a oídos de doña Agustina.

Cómplices, los jóvenes armaron un plan.

Ella escribió una carta destinada al muchacho, en donde le confiaba el estado en el que se encontraba y la preocupación del devenir. Juan Manuel depositó el embuste sobre su cama, sabiendo que su madre, atenta y controladora, encontraría el objeto del delito.

Dicho y hecho, doña Agustina espió y aulló contra los mil demonios. Su hijo había embarazado a la tonta de las Ezcurra, no podían cargar con semejante deshonra, debían casarse. La estratagema salió de maravillas y los jóvenes se casaron el 16 de marzo de 1813. Pero había que demostrar la redondez de la panza y, a los 9 meses, un parto. Sobre todo, frente a una suegra que observaba con insistencia.

La flamante señora de Rosas no se iba a dejar amedrentar por doña Agustina. A casa de los Ezcurra llegó la noticia de que Pepa regresaba a Buenos Aires y con un embarazo de Manuel Belgrano a punto de parir. Nunca una noticia de esa índole fue tan celebrada en una casa de esa alcurnia. La mayor de las Ezcurra bajó de su coche con un bebé recién nacido, en brazos. Y así lo cambió de manos. Encarnación y Juan Manuel se transformaron en los padres de Pedro Pablo. La tía interpretó el rol de madre, y la madre fue la amorosa tía del niño.

Encarnación tuvo otros dos hijos: Juan Bautista y Manuelita. Fue madre porque en aquellos tiempos no había mujer que dudara en exhibir el instinto materno. Era imposible elegir no serlo. Sin embargo, poco le interesó ejercer la maternidad. El interés de Encarnación, hembra antes que madre, era su marido. Esos quehaceres se los dejó a la infinidad de mujeres de la familia, siempre dispuestas a la crianza y al cuidado de los niños. A Encarnación la tenía sin cuidado.

Rápidamente se ocupó de la economía del hogar y, a partir de 1820, cuando Juan Manuel empezó a meterse en política, se dedicó a apoyarlo. La familia de Rosas no quería que él entrara en esos menesteres, Encarnación, en cambio, lo aplaudió. El 8 de diciembre de 1829, asumió funciones como gobernador de la provincia de

Buenos Aires, y ella estuvo firme a su lado.

***

Rosas tuvo asesores, ministros, secretarios y escribas. Pero su principal confidente, la única persona en la que confió ciegamente fue en Encarnación Ezcurra. Ella aprobaba o contrariaba a todo aquel que se acercara a su marido. Pocas veces se equivocaba. Cuando sospechó de algún acercamiento dudoso de Juan Manuel a otra mujer, tragó furia y se hizo a silencio. Nunca le recriminó nada.

Cuando terminó el primer mandato en diciembre de 1832, Rosas especuló con una reelección que no pudo ser. Reclamó poderes extraordinarios para hacerlo, pero la Sala de Representantes se los negó, y en su lugar asumió Juan Ramón Balcarce.

A los meses, cuando Rosas inició la Campaña al Desierto, abandonó Buenos Aires, pero dejó a su esposa a cargo de todo. Como nadie, Encarnación defendió el territorio y se puso al hombro a la Sociedad Popular Restauradora —identificada como La Mazorca—, una suerte de brazo armado parapolicial conformado por defensores acérrimos de Rosas.

Algunas cartas la muestran de cuerpo entero. Le escribía a su marido con asiduidad, pasándole el parte cotidiano. Poco y nada de la rutina del hogar, aunque le enviaba dinero para costear los uniformes de su tropa. Encarnación controlaba todo:

Señor don Juan Manuel de Rosas,
Buenos Aires, septiembre 6 de 1833

Mi compañero querido:
Un mulato sastre Carranza, muy unitario, ha ido para el ejército, creo que con negocio, me dicen que te lleva un barril de aceitunas de regalo, no las comas hasta que otro coma primero, no sea gancho.
Sé de positivo que ha dicho don Enrique, que cuentan con un

general y dos coroneles de los que están a tu lado; del primero no lo creo, de los segundos cuidado porque para todo hay hombres…
Por todas partes tienen bomberos, uno de los que espían esta casa es el pícaro de Castañón, el Edecán, pero el día que yo lo pille lo he de meter adentro y le he de pegar una buena soba…

No era lo único que le recomendaba. Él cumplía a rajatabla cuando Encarnación hablaba:

Juan Manuel mío, a mi ver nunca mejor que ahora te debes retraer cuanto sea posible de los magnates que no hacen otra cosa que explotarte para vivir ellos con más comodidad, y solo te muestran amistad, porque te creen como en realidad eres un don preciso, déjalos que marchen solos hasta que palpen la nulidad que no tardará muchos días…

Cuando Rosas regresó de la campaña, sus leales le imploraron que volviera a ocupar el poder. También le pidieron que sacara a su esposa del medio. Ya con él de vuelta, Encarnación no hacía falta.

***

Juan Manuel sostuvo a su esposa en el poder todo lo que pudo, pero la salud de su querida Encarna no era buena.

Ella ocupó un lugar preponderante hasta que el físico no le dio más. Murió el 20 de octubre de 1838, a los 43 años. Le había dedicado su vida a Juan Manuel de Rosas. Él, desesperado y dominado por una tristeza infinita, echó a todos de la casa, cerró postigos y puertas, se acostó al lado del cuerpo helado de su amada Encarnación y la lloró hasta que no le quedaron lágrimas. La pérdida de su amor, su cómplice y todo fue una herida imposible de curar.

El 13 de diciembre, a meses de su muerte, la *Gazeta* publicó un

recordatorio que decía:

> Distante de su querido esposo el gran ciudadano, vedla rodeada de los valientes federales, del pueblo todo, dispuesta a escarmentar a unos perjuros, aliados escandalosamente con el impío feroz bando unitario, vedla al frente de un pueblo libre y belicoso cómo difunde el ardoroso entusiasmo federal en todos los pechos argentinos. Ella triunfó, hizo triunfar otra vez el victorioso estandarte de la Federación. Este triunfo reanimó los pueblos todos amenazados terriblemente por la traición y el despotismo unitario. La Confederación Argentina restauró de nuevo las leyes y libertades de que hoy goza, bajo auspicios de la Providencia protectora de la justicia y de la libertad.

15

Las beguinas, sororas de la Edad Media

(Florencia Freijo)

No es un dato menor que la historia de las beguinas no sea conocida de forma popular. Un agujero negro en la historia, un recorte de precisión quirúrgica que hace desaparecer hechos trascendentales que contribuirían a explicar, entre otras cosas, la enorme desigualdad de las mujeres y hombres en espacios de poder. La de las beguinas fue, a lo largo de la historia, probablemente la organización más grande de mujeres de todas las clases sociales para sortear los lugares a los que forzosamente estábamos destinadas. También la caída de los beguinatos en los que se organizaban nos revela a quiénes siempre les ha molestado la libertad de las mujeres y les ha servido ese lugar de domesticación que se nos impuso.

Las beguinas —concepto que se deriva de *beggen*, en alemán antiguo «rezar» o «pedir»— fueron mujeres solteras que durante los siglos XII al XIV se organizaron en pequeñas comunidades en diferentes zonas de Europa: Flandes, Francia, Suiza y Alemania, entre otros sitios. Tenían como principal característica vivir de manera independiente, lo que en esa época significaba no estar bajo la tutela de un padre, un marido o un *hombre de Dios.* Para que pudieran funcionar, las beguinas buscaban tener un perfil muy bajo y cultivar el servicio a la comunidad. Es decir, intercambiaban trabajos sociales y devoción religiosa que se manifestaba practicando votos relacionados a la austeridad, la oración y la caridad, pero a cambio, tenían la protección de quienes estaban a cargo de las comunas, incluso de los mismísimos reyes o el Papa. Las beguinas no tomaban votos religiosos formales y tenían la

libertad de abandonar la comunidad en cualquier momento.

Los beguinatos surgen así como una alternativa segura, promovida por mujeres hacia mujeres, para aquellas que ante las olas de pobreza, inseguridad y tensiones políticas y religiosas buscaban un espacio donde poder subsistir. Quienes no podían acceder a un matrimonio, o eran abandonadas con sus hijos, se resistían a los acuerdos maritales familiares, o incluso quedaban viudas, tenían este espacio repleto de «vacíos legales», en el sentido de que carecía de muchos de los mandatos generalizados sobre las mujeres.

Ser beguina posibilitaba tener, además, acceso a la educación, al manejo del dinero, e incluso a la inserción laboral. Las beguinas cosían y bordaban, pintaban, cocinaban, y sobre todo tenían un manejo de la herboristería fascinante, que brindaban a la comunidad para acompañar enfermedades. Incluso tenían habitaciones específicas para el reposo y recuperación de los enfermos.

Quienes han estudiado este movimiento lo describen como una búsqueda de aquellas que, queriendo tener una vida de devoción y servicio, no querían ingresar a un convento formal. Si bien el nivel de religiosidad de la época era alto, pensar que los beguinatos se sostuvieron a través del tiempo por el solo hecho de buscar formar parte de la vida religiosa pero no monástica, sería subestimar la enorme libertad —para los estándares de la época— que las mujeres encontraban allí. Y que seguramente, ha sido lo que provocó su proliferación en distintas regiones, así como también una mirada recelosa de sospecha, que tarde o temprano señalaría como herético al movimiento.

***

¿Por qué las beguinas eran mujeres con poder? La respuesta es simple: porque en caso de no serlo, no las hubieran perseguido. Primero tenemos que entender que los tres siglos en los que existieron son la antesala a la persecución y caza de brujas que se

desarrolla con fuerza en el siglo XV.

En principio, el beguinato es uno de los primeros espacios de educación cuasi formal para aquellas mujeres que no pertenecían a la nobleza. Allí podían aprender de medicina, leer textos religiosos, interpretarlos y hasta escribir sobre ellos. Pero además convivían mujeres que efectivamente pertenecían a una elite noble junto a campesinas. Es decir, se retroalimentaban las unas con las otras, más allá de la clase social, lo que convergía en un enriquecimiento educativo exponencial.

Mientras el movimiento surge, y prolifera rápidamente por toda Europa, intuyo que tomó desprevenido a los hombres de la nobleza y el clero y de sus propias familias, que no pensaron jamás la autonomía que los beguinatos iban a proporcionarles a estas mujeres. Es importante entender que, en simultáneo, crecía la crítica a la iglesia católica, a sus claustros y a la verticalidad de su poder, al mismo tiempo que las hambrunas y pestes azotaban con fuerza. Así las beguinas surgen, y se mantienen, porque eran fundamentales para sostener un tejido social que ya no se sostenía meramente con la espiritualidad.

En estas épocas, la Iglesia medieval concentraba el monopolio de la vida espiritual, y funcionaba con un código de conducta estricto que regía con más fuerza sobre las mujeres: para sostener ese monopolio era fundamental que las mujeres encarnaran los preceptos de sumisión y entrega, que permitía que la estructura comunal se mantuviera cerrada, estricta y sin cuestionamientos, es decir, sin desorden.

Pero al mismo tiempo, con la reforma protestante habían surgido tensiones. El campesinado seguía un estricto orden religioso, pagaba impuestos que los sumían en la miseria, recibía violencia, y todo para ni siquiera comprender qué decían las sagradas escrituras. Y es que, desde los comienzos del cristianismo, tenemos más de quince siglos en el que las personas no van a poder acceder a una interpretación personal de la Biblia. El campesino aprendía el latín para orar de memoria, pero no comprendía en profundidad la palabra sagrada. Por esta razón, comenzaron ciertos

movimientos de críticas a este orden impuesto, que dio lugar a las llamadas —y perseguidas— sectas heréticas, que condenaban la riqueza y corrupción de una iglesia legitimada por el papado, pero no por el pueblo.

De alguna forma el concepto de beguinaje era desde su concepción problemático para el clero, porque representaba una vida espiritual pero no religiosa. ¿Era acaso eso posible en una ortodoxia católica? ¿Tenían las mujeres ese derecho? Para la Iglesia, las mujeres estaban hechas para el servicio y no para el pensamiento. Que osaran siquiera hablar del espíritu de los textos religiosos, era una falta gravísima que ensuciaba y cometía blasfemia en el nombre de Dios. Pero otro pecado fue resquebrajando la libertad de la que gozaban: muchas beguinas, aprovechando la enorme formación que adquirían unas de otras, comenzaron a escribir en lo que se llamaba «lenguas vulgares», haciendo accesibles las escrituras de sus textos —aún no llegaba la imprenta— a otras mujeres, teólogos y personas en distintos espacios de poder.

¿Era digno que las mujeres tuvieran el derecho de decir lo que pensaban, escribirlo y publicarlo?, se preguntaban algunos con sospecha, entre ellos muchos familiares de las propias beguinas. Dada la decisión de no seguir una vida matrimonial, terminaban siendo señaladas como culpables de la caída en desgracia y pobreza de sus familias. Culpables por no elegir que sus vidas y sus cuerpos fueran utilizados por encima de sus deseos para contratos maritales con otras familias de mayor poder. Por supuesto que muchas sentían culpa, y por esto pasaban un tiempo en los distintos espacios del beguinaje, y luego volvían a su hogar: cumplir el deber era lo que te aseguraba un espacio en los confines de los cielos, incluso aunque en el presente te tocara vivir el infierno.

***

El siglo XIII traerá ciertos tintes de renovación: vuelven a florecer las ciudades, se reanuda el comercio a gran escala, y las Cruzadas

intentaban sostener por la fuerza el orden religioso. La situación de pobreza y crisis inauguró una nueva forma de entender la religión y sus prácticas —difundidas por teólogos y hombres como Francisco de Asís— y el carácter sagrado de la pobreza y la humildad ahora se ve como el verdadero camino para alcanzar la fe y a Dios. Es decir, una crítica directa a la política religiosa que ostentaba el Papa.

¿Quiénes encarnaban el ideal de humildad y servicio? Por supuesto, las mujeres. Y es por esta razón que la figura de la Virgen María comienza a tomar un protagonismo sin igual.

Con el resurgimiento de la figura de la Virgen, que encarnaba arquetípicamente los valores de los franciscanos y dominicos, las beguinas retomaron las ideas de un cristianismo primario y accesible a todos. Este fue sin duda el punto de quiebre entre los beguinatos que no molestaban al poder, y el protagonismo de las llamadas «místicas»: mujeres de alto valor intelectual y educativo que decidieron escribir sobre la naturaleza del alma, el espíritu y su relación con Dios.

Las «místicas» sometían sus cuerpos a prácticas relacionadas con el trance, las visiones, la hambruna extrema para —decían— liberar la materialidad del cuerpo y someter así al espíritu, despojado como tal de clases sociales y bienes materiales, a un contacto directo con los mensajes que provenían del cielo. Sin duda, representaban un gran problema para el poder religioso, porque dejaban al descubierto que cualquier persona podía acceder, interpretar y tratar de acercar su espíritu a Dios sin necesidad de intermediarios, es decir, del Papa. Pero —más peligroso aún—, esto dejaba al descubierto que las mujeres también tenían un alma y un espíritu. Algo que hasta esa época era cuestionado.

Luego de un siglo de creados los primeros beguinatos, las beguinas también lograban negocios prósperos, dado que a las mujeres se les pagaba menos, lo que las hacía más competitivas. Desarrollaban actividades que solo las mujeres hacían, lo que provocaba que concentraran la demanda, por ejemplo, del trabajo con telas y tejidos. Escribían, leían, traducían textos del latín, enseñaban latín. Durante los festivales en las ciudades, salían en

grupo, pero sin la compañía de otros hombres. Hacían las compras en el mercado, con enormes capas que cubrían sus cuerpos y cabeza, con total autonomía. Mujeres con poder de decisión sobre sus vidas, no tardaría en llegar el fuego que buscaría quemar su protagonismo.

***

Una gran confusión histórica es ubicar la denominada «caza de brujas», como proceso histórico, en la Edad Media. Durante la Edad Media lo que existió es el comienzo de la persecución de los distintos movimientos religiosos que desafiaron a la Iglesia.

Marguerite Porette fue de las primeras beguinas perseguidas, condenadas, llevadas a prisión un largo tiempo y finalmente quemada en la hoguera. Su pecado fue haber escrito, en principio; haber tenido trascendencia, luego, y por último, haberlo hecho sobre un tema peligroso: escindir la vida espiritual de la iglesia. Hubo muchos teólogos de distintas regiones que apoyaron su texto *El espejo de las almas simples.* Cuando este llegó a oídos del Papa, las molestias crecieron. ¿Cómo una beguina, que ni siquiera pertenecía a la vida monástica, al claustro, al silencio de los votos de castidad y entrega, escribía un texto semejante? Sin embargo, su juicio fue inusual. De hecho, había otras místicas como Hildegarda de Bingen o Catalina de Siena que habían podido hacerlo sin ser consideradas como sospechosas. ¿Por qué Marguerite no tuvo la misma suerte? Una de las principales razones fue que su texto había recibido el reconocimiento de clérigos superiores de la doctrina teológica. Ese reconocimiento enardeció a otros varones que no contaban con su fama y trascendencia, por lo que pidieron una observación mayor del gran inquisidor de Francia: Guillermo de Paris.

Clérigos universitarios, juristas y teólogos le advirtieron a Porette que diera un paso atrás, guardara su libro y dejara de difundir sus ideas. Pero Marguerite se negó enfáticamente. Su vehemencia y rebeldía, fue, sin duda, lo que más enardeció a estos

hombres que ansiaban sentir cómo su poder empequeñecía a una mujer de espíritu bravío. Otra de las razones fue que, en su tratado, de 139 capítulos y escrito en clave alegórica, mostraba de forma didáctica el viaje místico que en siete etapas realiza el alma hasta lograr su fusión con Dios y menciona que así se alcanza el denominado «país de la libertad», como ella misma lo denomina.

¿Un mundo sin fronteras, definido solo por la fe y la búsqueda de la libertad y trascendencia del espíritu? Definitivamente Marguerite estaba sentando las bases de la teoría teológica moderna, y sus palabras llegaban a destiempo, no porque llegaran tarde, sino demasiado temprano:

> Esta Alma —dice Amor— es libre, más libre, muy libre, encumbradamente libre, en su raíz, en su tronco, en todas sus ramas y en todos los frutos de sus ramas. Tiene llena por completo su medida de libertad, cada costado tiene su jarra llena. Si no quiere, no responde a nadie que no sea de su linaje; pues un gentilhombre no se dignaría a responder a un villano si lo retara o requiriera batalla; y por ello quien reta a un Alma así no la encuentra: sus enemigos no obtienen de ella respuesta.

¿Acaso era esta parte del texto una confesión de una Marguerite como mujer, que le decía a los hombres que no recibirían de ella respuesta? En la práctica fue así, y Marguerite no se justificó, no pidió perdón, y no se arrepintió jamás.

Su condena a la hoguera y ejecución también fueron una clase de dignidad y libertad. Alguien que había escrito un texto donde el alma era libre, y el cuerpo y el dolor no importaban ¿podía tenerle miedo al castigo? ¿Podía tenerle miedo a la muerte? Marguerite, insumisa, con su rostro inocuo ante las primeras llamaradas que se desplegaban a sus pies, con su mirada pacífica y orando, le enseñaba a las personas a no tener miedo. La muerte física era solo un paso más al acercamiento divino.

Su condena no le pertenecía, era la semilla de sospecha hacia la Iglesia que plantaba para que las personas no tuvieran miedo a los

castigos. Su rebeldía enseñaba a otras mujeres a que ellas también podían interpretar y vivir en sus propios cuerpos, sin intermediarios, el mandato divino. En ellas no había pecado, no tenían que pedir disculpas por existir. Su alma no reconocía sexo y tenía derecho a buscar el camino de Dios.

La ejecución de la beguina trascendió rápidamente los distintos muros de Europa. La primera mujer quemada en la hoguera por una obra trascendental: si había despertado tanto enojo, seguramente tenía algo importante para decir. Quienes decidieron su muerte no tenían idea de que en realidad se estaban encadenando a sí mismos. El texto de Marguerite trascendió como anónimo en Italia, Alemania, Francia y Países Bajos. Al día de hoy, se sostiene que fue precursor en los distintos cuestionamientos que se le hicieron a la Iglesia Católica y que tuvo como consecuencia la disminución de su poder en varias regiones a partir del siglo XV.

Lo que queda claro es que el reconocimiento que tuvo —para algunos, teóloga brillante, para otros hereje— mostró cuánto poder podía tener una mujer instruida y con acceso a la palabra, con influencias y relaciones sociales. Esta idea de que las mujeres que vivían en comunidad conspiraban contra el orden establecido se asienta con la caza de brujas.

Una de las principales razones para ser acusada de brujería era reunirse entre dos o más mujeres. Otro era tener acceso a la educación, discutir y cuestionar. Tener conocimiento sobre herboristería, cuidados médicos y prácticas anticonceptivas u abortivas era considerado también un signo de brujería, lo mismo que desarrollar trabajos pagos. No fueron pocas las quejas elevadas durante la Edad Media por artesanos varones —incluidas algunas huelgas que hicieron— cuestionando la competencia ya que las mujeres tenían una paga menor. Pero lo que más molestaba, es que, además, fueran reconocidas. El reconocimiento, la trascendencia, se pagaba con la muerte.

Conocer estos hechos históricos para entender los sucesos claves en la Edad Media y moderna, es una punta de ovillo fundamental para adentrarnos en los estudios sobre la pérdida de poder de las

mujeres. Historiadoras e historiadores siguen sosteniendo que las mujeres «han ido conquistando poder progresivamente». Lo cual es un grave error, porque siempre hemos tenido poder, si entendemos a este como cuotas de autonomía, y porque, además, esa creencia borra la importancia de observar y dilucidar cómo se nos ha quitado el mismo y aún hoy se nos corre de espacios de autonomía económica, legal, política, material, de circulación, de decisión, de protagonismo.

No podemos entender la falta de reconocimiento de las mujeres si no entendemos que los hubo, pero fueron borrados. Libros quemados, logros en el anonimato, libros firmados con iniciales, renuncias recurrentes para sostener los trabajos de cuidados, mujeres silenciadas en hogueras reales o simbólicas. La incomodidad que produce nuestra voz sigue vigente al día de hoy. Tal vez, el país de la libertad del que hablaba Pourette no era más que la búsqueda de un país donde las mujeres también existieran.

Epílogo

Encontrar las piezas que faltan
(Florencia Etcheves)

Las mejores historias siempre se cuentan a partir de lo que falta. Por eso, a la hora de contar, tenemos que tener en cuenta cuatro elementos que son clave: el argumento, la trama, la estructura y los personajes. Todos están relacionados entre sí y, muchas veces, dependen unos de otros.

Pero esa «falta» podemos pensarla como algo más que la suma de esos elementos. En 1965, la historiadora Lily Sosa de Newton publicó su libro *Las argentinas de ayer a hoy*, en donde logra reconstruir el recorrido de las mujeres que forjaron nuestra historia; muchas de ellas son desconocidas que cargan con la consecuencia lógica del olvido. En la introducción, la historiadora cuenta que se encontró con escaso material documental para seguir de manera completa el recorrido de la trayectoria femenina en siglos pasados, y cita un escrito de Bernardo de Monteagudo en *La Gaceta*:

> […] humilladas desde tiempo inmemorial al capricho de un sexo que se funda en la mayor fuerza sus derechos, [las mujeres] solo participan en calidad precaria de los honores, de la libertad y de las glorias.

Esta cita devela tres cuestiones: la brillantez de Monteagudo para leer un clima de época, la astucia de Sosa de Newton al elegir la palabra de un hombre para sostener la premisa de su libro y que, aún hoy, para contar el pasado de manera completa es necesario cavar en los huecos de las narrativas para encontrar las piezas que faltan.

Recuperar a esas mujeres sin nombre, sacarlas de las notas al pie de los archivos para llevarlas al cuerpo principal de los textos; abrazarlas en su totalidad, con sus claros y sus oscuros o bajarlas de pedestales de bronce solo convenientes para quienes las erigieron, no es solo una tarea motivada por la curiosidad o por la necesidad de algún tipo de justicia tardía, tiene que ver con recuperar un linaje y saber quiénes somos, quiénes fuimos y, sobre todo, qué vamos a dejar para que sea contado.

En las palabras preliminares del ejemplar número 329 de la revista *Sur* (1971), Victoria Ocampo reflexiona sobre los totalitarismos de la izquierda y de la derecha de la época, y se manifiesta en contra de ambos. Sin embargo, destaca un elemento de la izquierda con el que dice simpatizar plenamente:

> Son feministas, mientras que los de la derecha son antifeministas y glorifican a la mujer únicamente por sus funciones de reproductoras de hombres. El proletariado de la mujer, que se extiende a todas las clases, es el que me interesa. Los hombres no son mancos para apoderarse de lo que codician. Que se las arreglen. Terminada esta digresión que para mí siempre viene al caso, porque urge remachar el clavo.

Eso es lo que queremos con *De fuegos y flores*: remachar el clavo.

Mujeres de armas tomar
(Florencia Canale)

¿Por qué este libro? Tal vez la pregunta no sea pertinente y convenga la afirmación: porque sí, porque las vidas de algunas mujeres han sido parcialmente contadas, con trazo grueso, en blanco y negro y, quizá peor, en cuatro líneas.

Esta compilación reúne, sobre todo, las circunstancias, características, análisis e interpretaciones de algunas vidas femeninas. Con más o menos obstáculos, con más o menos tragedia a cuestas, aunque prefiriendo la rebelión antes que la resignación. Algunas veces salió bien, otras mal. Sin embargo, todas las mujeres que traemos a este libro decidieron tomar sus vidas por asalto y asumir la resistencia al *statu quo*.

Que Remedios de Escalada saltara a la fama por ser la esposa de San Martín, es cuento más que conocido. Pero ¿hace falta más? Claro que sí. Lo mismo con Encarnación Ezcurra y tantas otras, que fueron reconocidas por su vínculo, jamás por su identidad. Quitemos velos, iluminemos sus acciones, que fueron tantas y fundamentales para la historia argentina y universal de todos los tiempos. Como dijo la filósofa, poeta y científica inglesa Margaret Cavendish (1623-1673) en su correspondencia: «El rumbo de mi vida es mi propia elección voluntaria, pues tengo la libertad de hacer cualquier cosa, o de ir a cualquier lugar, o de estar en compañía de quien desee, conforme a la discreción y el honor».

Revelar lo que no ha sido dicho, aquello oculto tras elecciones antojadizas, hace que las mentes y pensamientos colectivos convivan con aquellas vidas veladas. Siempre es superador conocer la historia completa. Es imposible entender el presente conociendo solo fragmentos —seleccionados bajo extrema operación política— del itinerario histórico. Y durante muchos años, esta selección imperfecta es la que llegó hasta nuestros días con pretensión de totalidad.

Claro que las mujeres hemos ocupado otros sitios, hemos protagonizado las rutinas domésticas, dominado el espacio privado,

hemos sido las líderes de la política del hogar. Pero eso no nos encorsetó el deseo, no encarceló la urgencia de nuestras pasiones, que no se ciñeron solamente al encuentro sexual de los cuerpos. Muchas pudieron llevar adelante sus ideales, otras debieron pelear contra viento y marea, pero siempre fueron poco contadas. Han marcado el rumbo, las batallas que dieron merecen ser evidenciadas.

Este libro pretende ampliar la mirada. No solo los hombres hicieron historia. Las mujeres también. La acción nos tuvo de protagonistas, el mundo de las ideas también nos convocó.

Y para concluir, o descifrar nuevas discusiones, otra estocada de Mad Madge, el sobrenombre de Lady Cavendish:

> […] si los hombres pensaran más y hablaran menos, la humanidad sería más honesta y sabia de lo que es, dado que los pensamientos generan reflexión, la reflexión genera cordura, la cordura genera discreción, la discreción genera templanza y la templanza genera paz en la mente y salud en el cuerpo…

Las flores que nos merecemos,
los fuegos que nos forjaron
(Florencia Freijo)

Este libro surgió de la enorme responsabilidad que sentimos como autoras para hablar de las «intrascendentes» o las «mal contadas». Tal vez la búsqueda caiga en el mismo pecado que deseamos evitar: el de contar historias de mujeres para mujeres. Pero tengo claro que no es nuestra responsabilidad que, lamentablemente, las producciones de las mujeres aún sean vistas como solo para mujeres.

Estas páginas surgieron del trabajo de tres mujeres que quisimos contar algo pero no de forma caprichosa, sino con una finalidad: entender que la trascendencia y el reconocimiento son claves para que la Historia se unifique en un acto de justicia restaurativa hacia las olvidadas. Tal vez haya algo del «deber» que sentimos, porque esas olvidadas nos abrieron la puerta a nosotras para que hoy podamos ejercer la profesión de escritoras.

Pero ¿alcanza solo con recordar sus biografías? No, por supuesto. Por esta razón, cuando creamos *De fuegos y flores*, circunscribimos sus historias a los mecanismos que estas mujeres atravesaron en los diferentes momentos históricos que les tocaron vivir —algunos que incluso persisten al día de hoy—, y quisimos contarlas dentro de algo más grande que las limitadas narrativas que pretenden hacernos creer que fueron sus vidas.

Qué irónico pensar que las mujeres no hemos participado de las grandes proezas históricas, cuando no solo lo hemos hecho, sino que además nos ha costado el doble por las múltiples barreras que existieron y, en muchos casos, aún existen. Muchas han tenido que elegir ser valientes antes que libres, pese a que buscaban lo segundo.

Las historias que hemos elegido contar son las de aquellas mujeres que estarían satisfechas con lo que logramos ser hoy. A veces, cuando nos atraviesan los embates y retracción de nuestros derechos en alguna parte del mundo, me embarga un profundo

desasosiego. Sin embargo, reflexiono que, si tuviera la oportunidad de mirar doscientos años adelante, tal vez vería los frutos de los esfuerzos actuales. Esa es la fe que me mueve.

No deja de ser desmoralizante que por siglos todas nuestras renuncias hayan quedado diluidas en discursos —reproducidos también por muchas mujeres— acerca de que la desigualdad *«no es para tanto, el mundo ya es un lugar igualitario»,* o peor: *«eso pasaba antes».* El desconocimiento es total, porque al seguir siendo las mujeres minoría en los espacios de poder, las narrativas siguen sosteniendo los hilos del pasado.

Pero guardo esperanza, porque cuando tenemos la oportunidad de escribir un libro como este, hay ahí una pista de que aún es importante seguir peleando el espacio de la discusión pública. Cada mensaje de lectoras que recibimos en redes sociales, cada reflexión que nos acercan cuando firmamos libros, nos hace sentir que todo esto forma parte de un entramado más grande del que también somos parte.

Por estas razones, considero que *De fuegos y flores* se transforma en un libro para toda la vida, porque no escribimos estas páginas con el objetivo de que funcionen como un entretenimiento que se esfume al cerrar la contratapa, sino como un libro que busca la realización de preguntas que nos acompañarán en el entendimiento del contexto en el que estas mujeres vivían, y que su comprensión nos lleve a cuestionar la Historia tal como nos la han contado.

Como lectora he aprendido que los libros nunca llegan por casualidad. De hecho, el libro que llega y no nos conecta con algo, rápidamente sale de nuestra atención. Pero los libros que nos atraviesan funcionan como un imán imposible de soltar, algo dentro se quiebra y se transforma. Estoy convencida que cada una de las palabras que hemos escrito acá buscaron que el fuego de sus protagonistas, aquello que las movió para trascender tiempos, épocas y miedos, sea una llama que se encienda en quienes han leído con atención.

Al final de estas páginas se encuentran las flores del reconocimiento que nos merecimos, porque fuego tuvimos siempre.

Como dijo Rosa de Luxemburgo: «Quienes no se mueven, no notan sus cadenas». Sigamos leyendo, sigamos escribiendo, sigamos adelante.



¡Seguinos!

